

BARRIO

NOVELA
Montiel Ballesteros



TIP. LA INDUSTRIAL, RECONQUISTA 040
CARATULA DE ENRIQUE LAZARO

U863.4
Mon b
Bal

A

Emilio Frugoni,
al amigo, al poeta,
al maestro de las
más nobles y altas
disciplinas.

El campito

Una calle vieja, que ha salido de la ciudad a correr mundo, se enamora de aquel rinconcito verde y solitario y allí se queda, disolviéndose, desparramándose en el ancho descampado baldío.

Cinco, seis hectáreas de terreno irregular ondulan suaves, cubiertas de yuyos y de gramillas, cortadas por un arroyito limpio, de vida precaria, al cual en estío, a menudo lo beben los ávidos lengüetazos de fuego de unas semanas de seca.

Unica decoración —sobre el horizonte cambiante— empínase un ombú, agobiado de cansancio y de años, protegiendo unas taperas informes y pardas.

Unos caminos zurdos, de curvas dóciles, se cruzan al azar de pasos vagabundos.

Un rectángulo plano, con unas desvahidas rayas de cal y los dos manchones violeta —pelada en el vello verde del campo— de la cercanía de los goles, designa una cancha de football, dinamizada los sábados y domingos por los pibes de los barrios cercanos.

Entre algunas matas, junto a los malvaviscos de raíz tenaz, a la cepacaballo, a los cardos plateados, a las carquejas —rígidos festones de claro verdor— anida algún chingolo rastrero y gaucho, vecino de las ranas escandalosas que croan, gimientes, entre los be-

rros florecidos, junto a la húmeda frescura de la corriente.

Algún atardecer, unos gandules, mal enfachados, vienen a echarse a fumar sobre el pasto, a hablar de hembras o a combinar alguna ratería.

Un transeunte receloso, perdido, pasa silbando, abanicando ojeadas de desconfianza.

Una barra de muchachones, medio borrachos, llora el dolor de un tango.

Y contada pareja, hambrienta de soledad y de misterio, el brazo por el talle, la boca en la boca, beodos de amor, entran en ese paraíso desolado y trágico, donde, sin embargo, existe algún suave declive de arena dorada, en estío, tibia y muelle como un lecho.

Por allí viene el carro que no sabe donde arrojar una carrada de escombros, un montón de oxidadas latas inservibles; por allí hurga, encorvado, en búsqueda inútil e ilusa, esa figura de aguafuerte, el prójimo roto y barbudo, el bichicome, que lleva al hombro una bolsa llena de nada, igualito al espantajo con el cual, haciendo bronca la voz, se asusta a los chiquilines: "¡ese es el hombre que se roba a los niños!"

Que sé yo!... Allí —como arrojándole pasto a la crónica policial— amanece un desconocido acribillado a puñaladas; perros vagabundos desentierran un recién nacido, que oculta un drama de amor; allí rueda algún borracho que, al despertar, ignora para dónde iba.

Allí mueren en un estertor desmayado los silbatos agudos de las fábricas, ecos —al parecer— de submarinos klaxones lejanos; el chirriar áspero del tranvía que, huyendo del Cementerio del Buceo, gira en la calle Comercio; el clamor de la ciudad, que despierta con los gallos de arrabal y se duerme bajo el manto helado

de la medianoche, entre la indiferencia de las estrellas y los fríos ojos de vidrio de la luz eléctrica.

Por allí continúa rodando el tiempo, la luz, la sombra, las estaciones, el sol, la luna, los astros...

El viento del invierno —mojado del agua salada del mar— llega del sur, mordiendo y quemando las hierbas. Luego de las lluvias que lavan los cielos, ya llenos de gracia con el plácido vuelo de las gaviotas o encogidos ante los flechazos negros de los maragullones rápidos como una saeta, irrumpe la primavera con su renacida coquetería femenina, reverdeciendo la tierra, prendiendo florecillas en la solapa de todos los yuyos, nevando de diminutas corolas al berro y amontonando en las barranquitas del arroyuelo las lindas espumas rosadas de los huevos de los caracoles.

Los elementos, las fuerzas naturales, parece reconquistarán aquel rincón un poco salvaje —limitado por el gran mordisco de una cantera abandonada— en cuyo lindero, como si no se atrevieran a hollarlo, se alzan, áridos, los muros huérfanos de reboque de las últimas casas de la ciudad.

Pero es una ilusión.

Por allá, entre el maremagnum gris, amasacotado y mohoso de los edificios, entre ese organismo sórdido, áspero y tumultuoso, que forma la urbe, unos hombres amarillos y calvos, unos seres graves como monos enfermos, tristes y anteojudos, manipulan fúnebres actas de defunción, apolillados papeles sellados, trenzado galope de letrerío negro, que terminan por descifrar y cuya jerigonza reza que nuestro campito tiene un dueño, quien termina por solicitar al Municipio su delimitación, su amanzanamiento y nomenclatura.

A los naturales y escasos frecuentadores del baldío

se suman ahora empleados que vienen y se van, cual si temieran ser víctimas de una intoxicación de salud, de silencio, de poesía...; un sujeto con polainas, sombrero colonial y un teodolito, que, por el ojo de cíclope de su aparato, mira una gran regla graduada que unos peones sostienen a distancia, mientras él negrea de guarismos una libreta.

Clavan y desclavan picas con banderolas rojas y blancas, jugando en grande a los mariscaleos de los que siguen las guerras sobre los mapas pasivos y, tras unos días, tres o cuatro nuevos personajes, descargan de un carro unos tirantillos, los afirman en tierra, y sobre ellos fijan un gran letrero de lienzo, que impone el escándalo de sus letras llamativas.

El remate

Ahí andan, en las planas de avisos de los diarios, en profusos volantes, que gritan en los zaguanes —negros y húmedos túneles de los conventillos— una esperanzada ilusión de “casita propia”.

Ahí andan las noticias del fraccionamiento del campo, de su venta en remate, a largos plazos, con grandes facilidades de pago.

Unos cuantos ilusos, quizás de los que menos irán a comprar, se vienen una tardecita, un domingo y con la imaginación —lámpara de Aladino de los desheredados— levantan bonitos hogares, hacen surgir árboles frondosos y sonreír alegres, coloridos jardines.

El baldío continúa impasible, aguardando su inédito avatar, mientras en el descanso de una banquetta de zapatero, cuando se detiene una garlopa, que alisa maderas, en tanto canta sobre un yunque un martillo, en la penumbra de una pieza de inquilinato, el obrero, el matrimonio proletario, hace cálculos, resuelve problemas, baraja números, resta vintenes del magro presupuesto cotidiano, resuelve suprimir unos trapos, unas copas, unos paseos... en tranvía, (el puchero ya no admite que le mermen más nada), para ir a enterrar las limitadas economías en alguno de aquellos retazos de gleba, que se dibujan tentadores en el gran plano,

entre las calles flamantes y la futura placita redonda, que ya ostenta el nombre vacío y desteñido del excelentísimo señor presidente de la república.

El sistemático énfasis del martillero, predice el más estupendo y brillante de los porvenires del barrio, hábilmente bautizado con el nombre de un prócer...:

“ Se regalan estos soberbios solares... A unos metros del tranvía. Con vías de comunicación —ya planeadas— que lo unirán con la magnífica Playa de Malvín. Sitio por donde pasará el tercer caño de bombeo de las Aguas Corrientes y a donde, se extenderá, dentro de breve, la red de iluminación eléctrica.”

El precio módico, la cuota baja y a dilatado término, convence a los pobres que, por lo menos, se hacen idea de una libertad de cielo y de aire, de los cuales no disponen en la ciudad tentacular y atormentada.

Ese criollo, que tras un miraje deslumbrador de mundo pródigo de satisfacciones y goces, arrastró su china y su cría, confiado en el empleito —ofrecido a la marchanta en las giras del candidato político... el ingenuo, que a duras penas, luego de vueltas y revueltas, pasando hambre, amenazado de desalojo del cuchitril de malamuerte que ocupaba, se ha conseguido un puesto de jornalero entre los descargadores del puerto, es de los que doblan prolijamente el aviso del remate y comenta con su mujer:

—Mirá, ahí no-más, en euantito se sale del pueblo. ¡Qué lindo p'hacerse un rancho! Vamos a tener que dir a bombar el terreno...

Y allá se van, a acariciar con la mirada el campito verde, el muñón del ombú, el derruido muro de adobe de la tapera, que vuela una vieja sombra gaucha sobre

la tierra, otrora pisoteada por los trajines de remotas vidas.

Sobre sus mismos pasos se amoldan los del italiano sillero, que manipula sillas de madera con asientos tejidos de totora y que, en sus incansables incursiones, ya cruzara otras veces por allí, pero que ahora, con su mujer y sus muchachos grandes pretende recortar —con cuchillo de sueño— una tajada grande de negra tierra fecunda, en la cual sudar unos hondos surcos laboriosos.

Y el empleado de traje pretenciosamente a la moda, refulgente de lustre parejo y bien conquistado en sus dilatados años de uso consecutivo... Y la lavandera, que calcula que un solar, cerca del arroyito de agua límpida será una fortuna... Y la negrita sirvienta, que guarda mil pesitos ahorrados, sumados al tesoro de una promesa de casamiento del más compadre y requintado de los guardia civiles... Y un gringo verdulero, que necesita un refugio para su carrito, su caballo y su firuleteada locomotora de fantasía, que bufa humo y silba sobre sus dos ruedas, mientras —en las tardes y las noches de invierno— su amo se desgañita, pregonando:
—¡Maní! ¡maní! Grande e calentito el maní!

... Y los que en escala ínfima pretenden especular, comprando a dos reales y vendiendo a dos pesos, cuando las celestinas, lisonjeras mentiras, valoricen los predios... Carniceros, bolicheros, puesteros con plata, que proyectan levantar una piecita de material y alquilarla; alzar una de esas construcciones de morondangá, con el rédito de las cuales se pagan las cuotas mensuales y todavía —con menos empezó Rockefeller, subraya el moralista— se ganan tres o cuatro pesos todos los meses.

Insisten los avisos, claman los volantes y con el

precoz e inestable comenzar de una primavera —el bien se puede ocupar en propiedad con sólo pagar la primera cuota— un domingo de alto cielo azul sin nubes, el baldío se viste de fiesta con banderitas de todos colores y alrededor del rematador y de un amanuense, que lo sigue con una mesita, se amontonan doscientos cincuenta, quizá trescientos interesados que pujan, levantando los precios, cual si se propusieran no pagarlos.

Pintoresca, la verba del martillero teje el ditirambo de aquel Eldorado, escondido a las puertas de Montevideo, “con tierras laborables; con aguas vertientes; con piedra de obra en la superficie, como lo prueba la cantera; con arena dulce, excelente para construcción y con un aire que prescriben todos los médicos de la capital”.

Posiblemente se convencen los clientes, pues cuando el rematador, cerrando su perorata, “señores, no es propietario el que no quiere”, pregunta:

—¿Cuánto vale este estupendo solarcito?...

... Una voz emocionada ha de responderle:

—Doj riale... Tres reales... Trentachinqü ebentésimi!

Y a la insistencia del comerciante:

—¿Quién da más? Lo quemo! No se dejen arrebatar la fortuna!...

... Se alzan dedos mochos, deformes, ennegrecidos por el trabajo; resuenan voces, se insinúan gestos, se agitan cabezas...

—Treinta y seis... Treinta y siete...

—Cuarenta por aquí... Cuarenta y cinco por allá...

—Una pichincha, caballeros! Donde nadie vende! ¡Tirado! A este paso voy a renunciar a la profesión!

El dueño me lincha! Déjenme defender respetables intereses!

El hombre, desde su tribuna improvisada, acompañando sus frases con ademanes solemnes, ejerce un poder de persuasión eficaz.

Se trata de “respetables intereses”.

Aquello impone, subyuga, incita al negocio leonino. La gente se convence.

Eleva los precios, como embriagada, con la misma fruición con la cual se sueña cuando se adquiere un engañoso billete de lotería.

.....

Como un mosquerío sobre una carroña, hierve la aglomeración de público. Zumban las conversaciones. Algunos concurrentes se apartan, preocupados por cálculos engorrosos. Otros, satisfechos del brillante negocio, se frotan las manos, hasta que el último retazo del baldío anda de aquí para allá —zoquete entre dientes de canes hambrientos— arrebatados encarnizadamente entre una reñida insistencia de ofertas, quedando entre las uñas equívocas de un gurupí.

Se desangra la luz amarilla de la tarde. Un vientito helado empuja una neblina impalpable, que se cuelga de las banderitas de colores, dejándolas flácidas como senos exhaustos.

La muchedumbre, en general vestida con oscuras ropas domingueras, se arremolina igual a una majada de ovejas que hubiera olvidado la portera y luego se bifureca, cual fragmentos de algo que se disgrega y desaparece rápido, casi de improviso, como después de un entierro, cuando se entrega a la fauce blanda de una fosa del camposanto a un prójimo, que ya no va a dar... ni a pedir más nada...

El terreno se queda mudo, solo y triste.

Pero como un huerto sembrado.

Más que del palabrerío, que ha zumbado nervioso y fugaz sobre el campito, de lo que se ha pensado y cavilado interior y vertiginosamente, ha perdurado algo.

Semillas de sueño, gérmenes de esperanza, raíces de porvenir han prendido, se han hundido en la matriz de la gleba dormida.

El destemplado relente de la noche está incubando la vida, el mañana, la perpetuidad, que explica esta ahincada existencia del hombre, que no se convence, que no admite, que no cree ni puede creer en la muerte!

Una casa de hombre

Corre una semana, dos..

Las hierbas holladas por el ajetreo del remate readquieren su natural posición e insisten en afirmarse, en abundar sus raicillas tenaces, desde las cuales van a subir, como un canto, flores y frutos y semillas.

¿Inútiles decís?... ¿Lo serán, la espina de carnero, con su pompocito lila; el abrojo, tan seguro de sí, con sus hojas ásperas de olor ácido y excitante, con sus múltiples pinchos y su pasión invasora; el enhieste cardo decorativo, con su flor magnífica; los huevos de gallo y las tutías, cuyas dulces esferitas rojas persiguen los chiquilines; la hierba de la perdiz y algún macachín, acompañando a la marcela tónica y a la prolífica manzanilla que, con su flor de oráculo, está alargando hacia los dedos de las doncellas sus pétalos aibos que guardan el misterio... La manzanilla humilde, que nieva y dora los baldíos y ayuda a confiar en el destino, mientras la esperanza teje todas las quimeras y las músicas del cielo y de la tierra traducen sueños y lisonjas de amor!

¿No servirán para nada esos bichitos modestos? ¿Y todas las otras vidas ínfimas que medran milagrosamente? Toritos, guitarreros, grillos, sapos, perritos de la tierra, orugas, mariposas?

¿Y ese otro mundo alado, inquieto de vuelos y de píos? Ratoneras, pámulas, mistos, chingolos, gargantillas, los parias, sobre los cuales se perfilan, irradian su poesía, su júbilo, su elegancia, la voladora flor del encendido churrinche, el incansable hornero, la gracia inimitable del colibrí, la línea armoniosa de la tijereta bandolera, y todos esos pajaritos sin nombre, sin color, sin trinos, pero con ese algo de ágil, leve, aéreo, de lo que, por elevarse a voluntad de la pesadez de la materia, nos da idea de una esencia superior a la de nosotros los hombres.

A esas criaturas habría que preguntarles quién se equivoca al estimar inútiles tales existencias que, como la de los árboles, son las elegidas, las predilectas de la Naturaleza, por ser dueños de una pureza inalcanzable y una envidiable virtud, la de bastarse a sí mismos, la de no necesitar someter a los semejantes a infames torturas para arrancarles y usurparles el fruto de su esfuerzo.

Esos, que no compran ni venden, tendrían que ser nuestros maestros.

¿Cuándo estaremos a su altura para juzgarlos?

A esos que, como el espinero, amontona ramas secas y construye su erizada residencia; como el hornero, que amasa con pajitas y barro su construcción maravillosa; esos que tras el endeble reparo de una mata de carqueja construyen un refugio muelle y allí cobijan, cuidan, alimentan a sus pichones y los defienden con una dedicación y un esfuerzo heroico, inaudito, ejemplarizador.

Nos hemos puesto a meditar sobre las casas de los pájaros, sobre el reparo de los insectos y las cuevas de los bichitos, porque el baldío se empieza a poblar,

porque el campito, que creyó reconquistar su libertad, va a ver al hombre, al hermano mayor de esas otras divinas existencias, haciéndose un refugio, construyendo un nido para su vida, para su ternura, para su hogar, quizá para su dolor!

.....

Un carro grande y destartalado, ha venido al paso de sus mancarrones macetas y se ha detenido junto al ombú tronchado y añoso.

Con él ha llegado una familia: un matrimonio de paisanos viejos, una chinita avispada y fresca, de ojos vivarachos y turgencias precoces y dos chiquilines más, flacos y despiltrajados, como los cuzcos peludos y pulgientos que los escoltan.

Todos, ayudando al carrero, contribuyen a descargar la inverosímil montaña de cachivaches y heterogéneos materiales, que, con su peso, hacen besarse a los elásticos del vehículo.

Troncos de árboles apenas desbastados; doce o quince chapas de cinc, ya corroídas de herrumbre; cajones, tablas podridas y montones de latas de kerosén, abiertas, despanzurradas, como los cueros de las nutrias cuando se estaquean para secar.

Junto a eso el muestrario más desparejo de los escasos enseres del gaucho proletario, del agrégado de una anticuada estancia que cambia de dueño y, para modernizarse, espanta — como a sabandija — a la criollada vieja, explotada y ya inútil.

No le sirven — huesos sin caracú — las chinas rutinarias e ignorantes, el peón antiguo, trenzador y “compositor” de los parejeros, que ahora se echarán al campo como padrillos; el indiecito, que está como lisiado por un accidente en el trabajo, una rodada fiera

en un rodeo, que le acarreó la consecuencia de una hemorragia y "un dir p'atrás", que obligó a que se le mandara a Montevideo, al hospital para tuberculosos...

Y ahora, ese hijo, ha terminado por arrastrar a la familia: al padre, que no encuentra conchavo ni quehacer en el pago; a la madre, siempre suspirando por el enfermo ausente; a la prole, que tiene que seguirlos como sus sombras.

Aquella era una de las jornadas naturales del drama.

La otra, con ribetes de tragedia, fué la del muchacho en el hospital y la familia en el callejón.

Menos mal que entre el pobrerío hay una tocante solidaridad que suaviza los golpes de la adversidad. Primero no faltaron ranchos de paisanos más pobres que ellos que los acogieron generosamente y luego se presentó la combinación de aquel solarcito que les cedía un lejano pariente...

—De balde, por ahura, que después habrá que pagarle alguna cosita.

Aceptaba, dándose por muy bien servido, el gaucho:

—Y de nó? Antes di andar galguiando de hambre por los callejones... En la suidá es más fácil rebuscarse, agenciar alguna changuita... Tanto pa ir pasando, que ya repecharemos, cuanto se alivi'el gurí, q'es buscavida el pobre comu-él solo.

Y aceptando, fatalista, hasta la probabilidad de que la vida le gruñese en vez de sonreírle:

—Y si Dios nos deja de su mano, venderé mis animalitos... Son una bicoca, pero pior es nada: los matungos —que no sé pa qué me van a servir ahura?— y los dos terneros de las lecheras... Son di año, de güena cría... Con eso vamos a dirnos remedeando.

Trajimaban aún, abriendo pozos para los postes,

asegurando algunos tirantillos para improvisar el techo de la choza, clavando tablas y latas, cuando el viento sur, que les respiraba su hálito frío, helándoles los cuerpos cansados, les apretó en torno una noche gris y opaca

Los chiquilines arrastraban el material; la patrona amañábase, masculina, lidiando como una reyuna, forcejeando en cualquiera de las rudas tareas que exigían las circunstancias; el viejo, filósofo y calmo, aunque aquél no era su oficio, meneaba martillo, barreta o serrucho y se daba yeito:

—Pa que la cosa tenga su juerte y su lindo!

□

Una parrilla sostenida por dos piedras, que hacían guardia al fuego vivo, de brasas fuertes, asaba un trozo de carne. Unas galletas acompañaron la sobria comida, asentada con el mismo cimarrón que le sirviera de aperitivo y que acarreó —diligente e incansable— la cebadora, hasta que cayeron rendidos del ajetreo, del trabajo, de las sacudidas emociones de la partida, del viaje, del ambiente nuevo... Cayeron en sumarios lechos improvisados, "medio amontonaus pa sacarse el frío", que se colaba muy campante por las rendijas, que la falta de justeza del material empleado no pudo evitar.

Antes de dormirse, el dueño de casa conformó a sus familiares:

—Menos mal que la noche v'a ser cõrtona y al poncho 'e los pobres l'están arreglando los flecos para trainosló.

.....

La mañana alta, diáfana, les abre de pronto los ojos, enfrentándolos a su obra.

El gaucho, entre grave y socarrón, cual dando a entender que comprende la medida de su esfuerzo, que

no llega a envalentonarlo, contemplando lo realizado sentencia:

—Y güeno, la cosa nos ha salido medio como gallinero... pero suple cuando no se tiene otra cosa.

Y, con sincera y honda convicción, agrega:

—Mucho mejor hubiera sido un rancho de adobe y un güen quineche 'e paja. Pero aquí, que-íbamos a hacer?... Dispacio y si Dios no dispone otra cosa, si el palito no se quiebra, todo se arreglará.

La patrona, derrotado el cuerpo, vencidas sus resistencias físicas por los complejos esfuerzos, mantenía latente en el alma —como una luz de ternura— el punzante recuerdo del enfermo.

—Hay que dir a ver al hijo! Mañana v-i-a campiar el hospital.

Los informaron que tomando esa misma calle, derecho, y preguntando no iba a faltar un buen cristiano que le diera las señas del "Fermín Ferreira".

Unos árboles

El italiano silletero hubo de improvisar un alambradito.

Había conseguido que un compatriota le facilitara algunos frutales y era necesario plantarlos antes que transecurriera la estación propicia.

Limoneros, naranjos, grafiones, ciruelos, durazneros, se pusieron en ordenada fila de jardín de juguete, encrespando los frescos follajes nuevos, promisoros de los frutos generosos.

Con cuánto amor, con cuánta pasión, el hombre abre los hoyos para sus plantas, arrima con sus mismas manos la tierra negra y el abono, el estiércol, que aprieta maternalmente junto a los tallos jóvenes.

Sin embargo, esto, —como el agregar unas parras y cañas de Castilla y estacas de membrillo, cerrando el fondo reducido, —carece de importancia; lo realmente heroico lo ven los atardeceres y las madrugadas en que arquean al gringo viejo dos latas de kerosene, que rebosa de agua en el arroyo y acarrea, afanoso y tenaz, hasta que ha dado de beber a toda aquella su múltiple prole vegetal.

El gringo es un ser tosco e inculto, es hasta casi un bruto con su ordinariez y groserías familiares, con su despótica prepotencia de rudo "pater familias" y

con su indomeñable inclinación al vino, que se acentúa con los años.

No razona su cariño hacia la tierra, que está dando vuelta a punta de pala, librando de yuyos, de piedras y de cascotes, limpiándola y acicalándola cual si se propusiese preparar un muelle colchón nupcial para que las semillas se sientan amorosamente inclinadas a ser fecundas y a ser pródigas.

Su lado flaco, su punto criticable, en realidad, es la inveterada costumbre de venir con unas copas de más al "terrenito".

Por eso se confunden sus sentimientos y no se sabe —como se ignora en los poetas— hasta donde llega el puro y espontáneo entusiasmo y donde hace su aparición lo postizo, lo artificial... los zumos del alcohol.

El conversa con los arbolitos, los elogia y los reta; los saluda y los acaricia, les peina las hojas con las manos callosas, les palmea el tronco con amistosa efusión.

Y, con convicción profunda, sin saber —por cierto— que quizá atreve una honda verdad filosófica, les repite siempre:

—Eh, cari, cari, siete l'única roba buona che Dio ha messo sulla terra!

Y en las tardes templadas, mientras reposa sobre la tierra tibia, siente que los árboles le contestan, que cantan, que ríen; que la brisa, al jugar con las hojas las mueve en cambiantes armonías, en músicas, que encuentran concordes resonancias en su alma.

A veces se detiene extático bajo el cielo, que se bebe toda la luz del día y la devuelve en estrellas!

Y allí se queda, se queda en una inmovilidad alucinada, alargando el oído hacia las voces y las canciones conocidas.

El siente, interpreta, comprende el divino misterio. No lo sabría traducir, pero lo intuye.

Quizá porque está un poco ebrio, como pedía el Poeta.

.....

El gaucho vecino, que vigila sus pasos mientras chupetea su eterno mate amargo, comenta socarrón:

—Ya-nda áhi el gringo loco, riéndose solo! Hoy ta más mamau que nunca. Vea las viarazas: se queda duro com-una estatua! O parece que dirige una música... Pero, pucha, me gusta porq 'es un burro pa la lidia!

Y con ese remate respetuoso de su comentario, con ese homenaje merecido al hombre laborioso, que, a pesar de su insignificancia y su ridículo se transforma en un arquetipo, elogia:

—Parece un bordau la quintita! ; Y lindo los jãrbole! Güena mano la del extranjis! Y yo creo que le rinden más porque deben tenerle ley las cosas!

Y qué diablos!, por emulación, si no realiza un esfuerzo equivalente, él va a plantar alguna higuera —árbol gaucho por su aclimatación hasta en los rincones más áridos de nuestros campos— y va a sembrar unos zapallos, unas papas y un "maicito", "p'acompañar la tumba 'el puchero".

□

Los pájaros ya deben haber tenido noticia de aquella fresca floración, que pone una gracia pristina en el baldío, que va a sonreír en las cándidas flores de los grafiones y en la nieve rosada de los durazneros.

Ya tiene compañeros el añoso ombú, que reverdece; cuenta con más hermanos, que, por allá, por el extremo, otro de los pequeños propietarios ha ordenado geométricamente unas docenas de eucaliptos y unas hileras de

álamos, que pagan el sacrificio de su riego difícil, em-
pinándose sin descanso hacia el cielo.

Ahora, cuando aparece el sol, cuando se condensa
el rocío, cuando desciende la lluvia, están enterados que
en aquel escenario han de jugar una ancha y divina
función de vida.

Los árboles viven, crecen, cantan, llaman a los
pájaros flameando sus innumerables banderitas verdes y
les alargan una flexible ramita para que se columpien
o les enseñan una horqueta sólida para que en ella ajus-
ten su nido... Y los pájaros les pagan su generosidad,
cantando, devorándoles las orugas dañinas, recomen-
dándoles en las alboradas que se beban presto el rocío
dulce porque el buen gigante del sol llega a prisa,
sediento de su largo viaje de correr el mundo...

Los árboles juegan a amontonar pilas de sombra
azul bajo la pompa de sus vestidos amplios, con la cual
vuelven más dulces y más musicales y más de sueño,
las lejanías de los atardeceres.

La propiedad

El burócrata de traje lustroso, que no pierda qui-
niela y se “revienta” algún peso en Maroñas, cuando
le traen una “fija” —vicios adquiridos por generación
espontánea, cuando no por contagio en el mar de zar-
gazo de nulidad y haraganería de su oficina— acierta
una redoblona y redondea una bonita suma.

Le regala un anillo, que parece una ruina incaica,
a su novia y se toma un taxi para, con la muchacha
y la suegra, ir a visitar los terrenitos rematados.

La chica, que porque todos los días lee el mundo
social de los diarios, se considera de la clase distinguida,
coreada por la madre, lamenta la vecindad miserable
de la covacha de los paisanos, la cual sin una mano
de pintura que empareje la heterogeneidad de los dis-
pares elementos que la componen, da —realmente— la
sensación de una pobre y triste cosa proletaria vestida
de deshechos y de remiendos.

La señora se duele, patrióticamente:

—Parece mentira que el Municipio no piense lo
que dirán los turistas. Viene tanto porteño bien a Mon-
tevideo!... Y después no quieren que critiquen! Yo no
sé cómo permiten eso!

La niña suspira:

—¡Ay, Carlitos, cómo vamos a venir aquí! ¡Si no
hay nada!

Y mientras él, plagiando al rematador, enumera las excelencias presentes y las perspectivas de futuro del barrio, recorren en todas direcciones el solarcito.

A la muchacha y a la madre les interesa conocer la extensión de los dominios adquiridos; entonces el novio extiende el plano —que intenta arrebatarle la brisa— y mide, a grandes zancadas, los metros respectivos.

Aquello no conforma a nadie y como el terreno pelado no da sensación de bien definido, una impelente necesidad de límite, de cosa concreta: “de aquí, hasta aquí”, impulsa a las mujeres a invitar al seudo propietario a que lo sea realmente, marcando de manera visible “su” solar.

—Nuestro solar, recalca él, y desde el fondo de su vieja raza ávida,— del sub-fondo común de las camadas de pobladores, que desde tierras remotas han venido ansiosas de “hacer la América”— un deseo afín responde dispuesto a levantar una barrera que le diga al extraño, al desconocido, al intruso, al nada teniente:

—¡Alto! ¡Hasta ahí! Esto es de don Carlos Marietti. Propiedad, sabe. Propiedad de don Carlos Marietti!

El resultado de estas oscuras ansias coincidentes es la formal promesa:

—Lo voy a hacer cercar.

La chica, en un arrebatado alborozado, aplaude, sueña con el chalet y agrega arbolitos, caminos balastados de rojo y una pérgola con rosales, bajo la cual merendarán en las tardes de estío.

Y con la segura alianza de su madre, ya disponen plantar algo, ligustres, transparentes, tamarises, para aislarse de la chusma circundante.

El lunes, el traje lustroso brilla entre barracas y casas especializadas en cereos y construcciones baratas... y a plazo, y esa noche la amartelada pareja se inclina muy grave sobre cifras y presupuestos.

A la otra semana, un carro sólido, trae la madera dura, el alambre tejido y el carrete de agresivo alambre de púa que, en el extremo de la ligera valla, afilará sus garfios para desgarrar las carnes del que —olvidado del Código— intente violar la invulnerabilidad del solar de don Carlos Marietti.

El se viene esa tarde a contemplar la obra.

La importancia que se da en la oficina, faltando porque:

—Tengo que vigilar y dirigir el cercado de “mi” terreno.

□

Es lindo mirar trabajar.

Al espectador debe parecerle que se contagia de la noble actividad ajena. Es posible que se participe de la sugestión que sufrió el mosquito de la fábula...

Las actitudes de los obreros poseen una plástica gracia escultural. Luego ponen de manifiesto, con el sano esfuerzo muscular, el inteligente aprovechar del tiempo y el armónico distribuir de las fuerzas. El edificante apoyo mutuo, indispensable en la realización de una obra colectiva, habla de la solidaridad, del amor de los seres humanos cuando se prestan ayuda, alternan acompañados los golpes, fijan una rienda o estiran un alambre.

El, todo aquello, podía o no sentirlo tan sutil o complejamente como lo merece, pero experimentaba un gran placer viendo trabajar a los otros, placer mezclado a su orgullo de ser quien motivaba tal cúmulo de acción, de ser quien mandaba y pagaba.

Por eso adoptaba aires de capitán ante la chusma, de patrón imbuido de suficiencia y autoridad, no escatimando órdenes y observaciones que, por absolutamente inútiles, no eran —naturalmente— tenidas en cuenta.

.....

Y cuando uno de los obreros le entregó las llaves que independizaban su tierra de toda invasión extranjera... Luego de probar la eficiencia del candadito de morondanga del portón, se sintió plenamente propietario.

En realidad, como en relación a todo lo que apresa el hombre, el empleado del traje lustroso apretaba entre las manos un puñado de humo.

Para poseer integralmente su bien, quizá se necesitase la paradoja de donarse entero, de ser su esclavo, de trabajar —rudo y parejo— hasta poseerla amorosamente, como a una hembra; de roturarlo en hondos surcos, de fecundarlo con algo propio: esfuerzo, constancia, sudor, esperanza! o de hundirse a un metro bajo tierra y disolverse en jugos que aumentasen la riqueza del humus.

Pero por qué le debemos destruir su ilusión?
La propiedad!...

□

El pedacito de terreno le decía a la tierra que había quedado del lado de afuera:

—Yo no tengo la culpa...

... Los pastitos se apretaban los deditos verdes por abajo del tejido de alambre; las mariposas cruzaban volando por entre sus agujeros en forma de rombos...

Para el cielo, el sol, el viento, la luz, el aire, las estrellas, no existía propiedad ni límite, ni contrato de venta, ni aquí ni allí...

Ni aquella cosa lamentable, hedionda, egoísta y mezquina, a la cual movían pasiones enanas y alentaba bajo el traje lustroso...

Unos amores

Bajo una piel de color, dentro del pecho de la "gente de clase" —como dicen ellos— palpita un corazón, se agitan sentimientos y alientan pasiones.

Para las personas "bien" el amor es una jerarquía, es un sentimiento distinguido, que se da entre elementos decentes. No cabe en los versos y en la literatura de élite la sensibilidad del bajo pueblo, el amor de los negros, cual si entre ellos no hubiesen sueños, novias y madres!

El rubor, la galantería, la parsimonia de ese mundo misterioso e inviolado, produce las mismas reacciones de sonrisa condescendiente y compasiva que los cuadros humorísticos y pintorescos, llenos de una sana alegría infantil de don Pedro Figari.

La constitución de la República, la decantada democracia en que vivimos, iguala teóricamente a las gentes incoloras y a las de pigmentos cobrizos u oscuros, pero más las iguala —indudablemente— el ángel mojado de Ronsard, que, por ciego, ignora cuando hiere un corazón de rubia y un corazón de negra.

□

Juanita Correa, pardita subida, era sirvienta desde los ocho años.

La colocaron con unos señores —los patrones ac-

tuales y únicos que ha tenido—, y los padres la olvidaron o se murieron o quien sabe qué.

Después de un año, de dos, de venir a buscar los ocho pesos de su sueldo, no volvieron más, no dieron noticia de su existencia y el salario, que fué aumentando a medida de transcurrir el tiempo se acumuló en una libreta de ahorros, hasta formar aquella suma, fabulosa para una sirvienta, de la que era ahora feliz poseedora.

En la casa en la cual servía, habían suplido con cariño la ignominia de esa esclavitud moderna, que perdura junto al florecimiento de los progresos sociales de la humanidad.

Hay una bochornosa historia que no se ha escrito de la femenina infancia explotada y martirizada por los caritativos patrones benefactores.

Cosas tristes, feas y crueles, que a veces afloran a la superficie para que los desaprensivos un momento se llenen de horror y constaten con cuanta frecuencia muestra las uñas la fiera humana.

Es lo que apenas se descubre por entre los intersticios de los cubiles... Algún golpe aplicado con excesiva fuerza... Alguna penitencia de ayuno que agota un miserable cuerpecillo desnutrido... Alguna neumonía tomada por el castigo de dormir en un patio... Algún suicidio inexplicable...

.....

—Ustedes comprenderán— se encocora la dueña de casa— la tratamos casi como si fuera de la familia, la vestimos, la calzamos, tiene donde comer y dormir... Y después aprende a ser ordenada y trabajadora. Porque, eso sí, yo digo siempre, sin el trabajo y el orden no hay nada.

—¡Qué esperanza!

—Después la mandamos a alguna novena y a algún rosario; a la misa no se puede por los quehaceres de la mañana, sabe... La iglesia siempre es bueno, porque la religión es un freno.

—Es verdad, es un freno!

—Pero ni con esas, se explaya la dama... ¿No sabe lo que les pasó a las de Pérez?

—Ah!, son más desagradecidas!

—Cuanto se les arrima uno cualquiera, estas estúpidas se lo creen todo; se les vuelan los cascos y se olvidan de todos los consejos y las buenas enseñanzas.

—Y se escapan.

—Me lo va a decir a mí, doña Aquella. A veces no esperan ni a ser mayores de edad. Y hay que ver las responsabilidades de una.

—Sí, y es un trastorno. Hay que hacer intervenir al juez de menores y el Buen Pastor...

—Y hasta se producen gastos!

.....

Así se desarrolla la chirle y untuosa plática burguesa.

¡Ay!, las sirvientas!, no se puede vivir!; dando idea a quien las oye de que ellas son las víctimas, las mártires, las heroicas soportadoras de esa condenación vergonzante y tremenda, que no está escrita en ninguna biblia:

—¡Trabajarás con dolor! ¡Y serás vejado y humillado!

.....

Las cinco, las seis de la mañana ya ven a las chinitas, a las mulatitas sirvientas, arrodilladas en los zaguanes, cumpliendo el rito de la higiene, de lavar con jabón y cepillo y trapo la puerta del amo!

Y ha de continuarse: hay que fregar el patio y el traspatio y la cocina y el cuarto de baño.

Y estar atenta al estiletao eléctrico del timbre que, en la calle o en la habitación de los señores, reclama perentorio para una tarea o una orden.

.....

No ha pensado la parda, la zamba, la chirusa, mientras se precipitaba en el delicioso mareo de su maelstrom amoroso que del fondo de su goce fugaz e incontrolado iba a volver con aquel sagrado pedazo de materia —¡donde alienta un alma!— en la cual se va a esculpir un estropajo.

¡Y se condena furibundamente los infanticidios!

Fabriquen carne de dolor, carne de trabajo, carne de placer y de vicio, madres del pueblo, mujeres de los pobres, hembras de todos y de nadie! ¡Fabriquen hijos! Aceleren, intensifiquen la producción, que el Moloch de la máquina social reclama ese aceite hecho de carne, de músculos, de nervios, de sangre, de lágrimas, con que lubricar sus piezas feroces!

La Sociedad necesita que esos bracitos que debían acunar muñecas, que esas manos de la misma seda con que están hechas las manos de los niños ricos, empujen hasta romperse ese mecanismo absurdo sobre el cual se regodean los felices.

Aunque los abandonéis, una organización entre piadosa y de hipócrita contemplación de las conveniencias —los pichones de hombre no se pueden entregar al basurero como los gatitos o los cachorros— se va a encarregar de irlos preparando para el futuro...

Hay por ahí Asilos... Amas mercenarias... Madres postizas, industriales de la crianza de los pequeños, tristes, abandonados huérfanos!...

Brutal, como la fatalidad, la mañana corta implacable con su yatagán de oro la red azul de los sueños infantiles.

Ahí tienes el juguete del día, niñita pobre, hija sin madre, esclavita desvalida!

Pártelo como una granada.

Y atácalo punto por punto, cuidadosa, minuciosamente, para que nada quede atrás y nos pueda dar una sorpresa.

Los pisos lavados.

Los broncees relucientes.

El baño pronto.

El café con leche.

La señora quiere pan tostado.

Al mismo tiempo hay que lavar a los niños; lavarlos, soportar sus iras inconscientes, sus impertinencias mimosas, sus protestas, sus acusaciones embusteras que desencadenan los rezongos de la patrona.

Hay que atender a los proveedores y el comedor y tener los más astrosos pingajos para arrastrarse por el w. e. y la túnica blanca impecable, porque hay que acompañar a los niños a la escuela y la chinita, clinuda o pelada, es sirvienta de casa de familia bien!

Tiene que volver maneada de miedo.

Filtrándose temeraria y veloz en el tráfico.

Porque siempre se ha demorado en exceso y ha dejado algo por hacer... La jaula del canario, sucia; los botines del señor, sin lustrar...

¿Pero por qué no se hizo tiempo para lavar las medias de la señora?

—¡Esta china es una haragana! ¡Es que no quiere

hacer las cosas! ¡No se puede más! ¡Nunca le alcanza el tiempo!

Las verduras no están peladas.

Los cuartos sin hacer.

No ha sacado al perrito a hacer sus "cositas".

Las cobijas que se deben colocar al sol, en la azotea.

¡Y está sonando el timbre!

Y hay que ir al puesto por lo que no se ha conseguido.

¡Dios mío! Las buenas y caritativas señoras aun no han pensado en alguna santa Expedita para protectora de las sirvientas?

Para que confiaran en algo... fuera de la tierra y en ésta les diera alguna manita...

¡Esa gentuza!

No se la encontró la otra tarde la patrona, al volver de pasear, acodada en un balcón, la cabeza desgonzada sobre un hombro, en actitud soñadora, bebiendo con toda el alma la venenosa melancolía de un tango que tartamudeaba en la calle un organito vagabundo?

¡Y tenía todas las cosas por hacer!

Juanita Correa pudo haber sido una de esas.

Negrita, abandonada, humilde, laboriosa, poseía todas las aptitudes y condiciones para ser magníficamente explotada.

Tuvo la buena estrella de caer en casa de aquel excepcional matrimonio sin hijos, que le cobró cariño, la llevaba al cine y hasta le aumentaba el sueldo espontáneamente, sin que ella lo reclamara.

Ni siquiera vieron con malos ojos que la muchacha se enamorara.

Era natural.

Era humano.

La chica era seria. Ni los requiebros del peón del carnicero, ni las galanterías brutales del galleguito repartidor del pan, la habían conmovido, pero ante las lisonjas compadronas del guardia civil de la esquina no había podido resistir.

El prestigio del uniforme, la categoría que da la apariencia de la posesión de la fuerza, la influencia jerárquica de la autoridad que el arbitrario mecanismo social delega en un representante, a quien viste y decora de manera pintoresca y elegante, ejercen un dominio irresistible en los corazoncitos femeninos.

Aurea rama de laurel de los generales, charreteras, penachos, franjas —carmesí, verdes, azules, anaranjadas— correas de cuero lustroso, botones relucientes, espadas y sables!... ¡Salve, aparato fastuoso, arcos emblemáticos, churriguerecía policromía, que deslumbra a las multitudes, las exalta —reminiscencia de juegos infantiles— de bélico entusiasmo en las paradas militares y, naturalmente, descentra de sus ejes normales algunas vísceras del bello sexo!

□

Nada de extraño había de encontrarse, pues, en el arrobamiento de Juanita Correa viendo a su ídolo cuadrado en la mitad de la bocacalle deteniendo con un gesto de su mano taumaturga el desbocado brío de los vehículos, sacando su libretita y anotando un número para aplicar una sanción a los contraventores.

No sé qué le dijo el agente compadre.

—Prenda, voy a pedir que me petrifiquen en esta parada, pa verla siempre!

O santita o ricura... o cualquiera de esas frases

rendidas o acarameladas que tanto halagan el oído femenino.

No tiene importancia.

Ella esperaba una palabra, que, aunque fuera la más torpe, la más inexpresiva o la más pobre, su oído la recibiría como una música y su alma como una anunciación, como una revelación.

Aquella frase —virtud de una magia antiquísima, eterna y universal— iba a traer el divino misterio del amor; poseía todos los significados y encerraba todas las ilusiones y todas las esperanzas.

La negrita estaba inquieta, nerviosa y al mismo tiempo alegre y melancólica, en contradictorio fluctuar, pasando, sin razón aparente, de uno a otro extremo de humor.

La patrona era buena.

Ella se confiaría con la señora.

Y así lo hizo.

Al hacer la confidencia experimentó un pudor y una emoción hasta las lágrimas y sin saber quién era el individuo, ni qué intenciones abrigaba y ni siquiera si tenía alguna respecto a ella, lo defendió apasionadamente de las dudas y objeciones que se le ocurrieron a la confesora.

□

El indio guardia civil, que había llegado a tal profesión esquivando el cuerpo al trabajo, de buena gana hasta se evitaba aquellos plantones agotadores al rayo del sol, derritiéndose a mediodía sobre el asfalto, manejando el tráfico como de trás un muro de sueño.

Cuanto más agradables eran las penumbras bien olientes de las trastiendas de los boliches, compartiendo unas cañitas, un truco o un tute con unos amigos bien

reos que —con elástica cachaza— se pasaban las horas orejeando los naipes canallas.

O recostado contra un muro cualquiera, en una esquina anónima, fumando morosamente, para sentirle hasta el tuétano la hedionda catanga a un pucho viejo, de tabaco negro, brasilero... Conversando de mujeres con un compinche, alabando la habilidad de los "maquereaux", que son capaces de "laburar" con cuatro o cinco "minas" y que son unas anguilas para escu-rírseles a los dedos, a veces untados, de la Ley.

El indio se llamaba Jesucristo Valabrán, alias "Cristo de Plata", y por tener unas antiguas entradas por raterías, al Cabildo, había resuelto ingresar al Instituto Policial cuando arreciaba el hambre.

No tenía vocación por el oficio.

A él sólo le gustaba el uniforme por su prestigio entre las sirvientas y por la autoridad de que lo investía junto a los manates cajetillas a los que metía en vereda, porque con él "iban a marchar como fierro".

Pero, por otra parte, le era antipático porque no podía sofocar en sí el compadre innato, el rebelde y el hombre que no puede soportar reglamentos, leyes e imposiciones y además —punto importante— porque no cabía en el casco, con que los obligaban a cubrirse, su linda melena de crencha negra, lacia y lustrosa, que se echaba para arriba de un manotón, —com'un poeta, se envanecía él,— o de un golpe seco que tiraba la cabeza hacia atrás como en un escarseo.

Otra cosa era el gacho, el chambergo que se requinta flexible y dócil o se echa a la nuca, desafiante, o se tira sobre las cejas y desde cuya sombra atisban los ojos prevenidos o picarescos.

□

Juanita Correa no podía más con su amor.

No le cabía en el corazón y era deliquio y tormento que la consumían.

Enflaquecía, quemada de fiebre.

Le brillaban los ojos cual si por allí fuese a empezar a arder.

A veces ni sabía lo que hacía.

Estaba "como loca de la vida".

Era una cosa bella y sana, la fresca, exuberante flor oscura, volcándose en una ternura pródiga y generosa.

A pesar de su timidez reaparecía quinientas veces en el zaguán y encontraba múltiples pretextos para repetir sus salidas.

Iba a pasar al lado de él. Se forzaba en guardar las formas. Iba a hacerse la indiferente... Iba a hacerse la interesante...

Pero Jesucristo le tiraba una flor y quedaba como lela.

El la tenía que despertar:

—Vaya, mi chiche, que los patones la van a yetar...

Se hacía el gracioso, hablaba con la media lengua de un nene.

O le ordenaba severo:

—Camine pa su casa o le acomodo un beso en el medio de la calle.

Y la enamorada se marchaba entre confusa, ruborizada y hecha unas pascuas.

A él, —hablando con sinceridá, como repetía en sus pláticas,— no le gustaban mucho las muchachas de color —en el fondo de todos los indios hay un sueño ideal de bruto que rapta en un malón una rubia mujer desnuda— pero la pardita esa, era, realmente, una monada.

Si le caían como mandados hacer para ella los versos aquellos que él sabía de memoria:

“Mulatita, tus labios son rojos,
remeda tu talle gallardo bambú...”

Tenía un cuerpo cimbreante, llenito y bien delineado y andaba tan limpita y bien vestida que no se lo pudo menos que decir:

—Una mujercita así, aseada y hacendosa, debe ser un tesoro para un pobre.

Y la noche de esa galante manifestación se vino de particular, luciendo su impecable elegancia arraballera y la invitó a ir a la Plaza Zabala, donde en un propicio banco en sombra, la hizo gustar la miel del primer beso, el miraje de una existencia que parecía un sueño —como esos que se ven en el cine— y que tenía muchas probabilidades de transformarse en más o menos exacta realidad, especialmente cuando el interesado supo que la “munyinga” tenía más de mil “duraznos” amartillados en el Banco.

□

La señora atemperó los ímpetus de Juanita que, a pesar de su educación y del ambiente ordenado y moral en que se había criado, se deslizaba con los ojos cerrados por el tobogán de la pasión.

Hizo venir a Jesucristo a su casa.

Este fué un modelo de corrección, deshaciéndose en cortesías, haciéndose rogar para tomar asiento, terminando por hacer equilibrios en el borde de una poltrona, sosteniendo en la mano el gacho gris y mareando a la dama con sus perfumes de peluquería.

El discurso sensato y los consejos maternos de la patrona fueron oídos religiosamente y recibidos con una tan cordial aprobación y con tal copia de:

—Ésu es... Es lo que yo digo... Habla com'un libro... Sí, no faltaba más.

... Que la consejera quedó seducida, le pidió permiso para hacerle un regalito en nombre de la novia, le indicó los días de visita y hasta pudo fijar fecha aproximada para el casamiento.

El indio embolsicó el obsequio y prometió invariablemente lo que le exigieron.

Olió que existía un filón para explotar y que era necesario guardar la línea. Tomó el sermón como de un superior jerárquico. El inferior —milico, al fin— hipócrita, acostumbrado a tragarse protestas y rebeldías, por poco terminó haciendo la venia de ordenanza...

El casamiento

La novia le habló de las alianzas del compromiso. La promesa solemne del matrimonio no podía transcurrir sin aquella especie de acto mágico, que consiste en ensartar una pesada argolla de oro en los dedos, para cuyos dueños rubrica la inminencia nupcial.

—Bah, cortó Jesucristo, dejate 'e pinturas... Pa nosotros es lo mismo... Después yo ando escaso 'e vintenes...

Hubo de surgir el ofrecimiento de la interesada de correr con los gastos y él, de pasada, como quien no quiere la cosa, le habló del reloj que gastaba:

—Es un tacho viejo, q' está diciendo: cambíame.

Ella se encargaría de sustituirselo.

Pero él, en el despeñadero de la pedigüeñería, encontró otra solución:

—Mirá, es mejor que me des la plata... que yo le elijo, y en todo caso me compro alguna otra cosita que me hace falta.

La sirvienta requirió de la señora la libreta del Banco; se enteró el patrón; averiguaron una parte de la verdad, pero por aquel hilo se fueron al ovillo de que el novio se estaba presentando como un redomado aprovechador.

Trataron de abrirle los ojos a la muchacha.

—Si ese hombre sigue así, no te conviene... Además me parece que los otros días tenía demasiado olorito a caña.

—Hombres no te van a faltar.

Cómo si fuera sólo eso. Cual si ella ya estuviera decidida a "quebrar".

Cómo se veía que en los consejeros no andaba el corazón avanzando con los ojos cerrados.

Juanita Correa lloró en silencio y a la noche, aun enfurruñada, porque 'como no la querían, le estaban haciendo oposición a sus amores', se lo contó todo a su adorado tormento.

El se indignó porque lo creyesen interesado y también por lo del alcohol.

—Me calumnian, como si yo no te quisiera por vos no-más... Y en cuanto a la bebida, uno se acostumbra, pero no es vicio... Porque, qué diablos! ¿quién no toma una copeja pa entonar el cuerpo?... Ellos no chuparán, por si acaso, sus vinitos finos y su güen coñac?

El ofendido hasta planteó una cuestión de honor.

La novia se asustó. Y menos mal que pudo disuadirlo de su propósito de pedir explicaciones a los señores y endulzarle la sangre:

—Me vas a comprometer, Jesucristo. Voy a quedar como una chismosa.

—Güeno, lo voy a hacer por vos... Pero te garanto que al mejor se la doy!

Y haciéndose cargo del peligro que la desconfianza de los viejos derivara hacia aspectos inconvenientes para sus proyectos, intentó precipitar los acontecimientos.

El medio más fácil era el de llevarse a la enamorada por ahí, y asegurarla.

Con una muchacha como ella aquello era como firmar un documento.

La halagó hablándole de que le gustaría lucirla, ir al teatro, al Parque Rodó, a las cervecerías, en su compañía.

Luego la invitó.

Irían al Parque Munich a comer unas bobaditas y beber cerveza helada.

La chica consiguió permiso, limitado a las veintitrés, para la vuelta.

El fué espléndido, insinuante, amable y pegaba su golpe de traje nuevo de un color lila tirando a amatista, con su camisa rica de colorines y la corbata de seda haciendo juego con el pañuelo, que se le volcaba del bolsillo del saco cual si se arrojara al suelo, de cabeza.

Con circunloquios y rodeos, cuando creyó que la cerveza le había hecho efecto, la hizo subir a un taxi y le dió una dirección, en secreto, al chofer.

No consiguió nada.

Pese al doble, delicioso mareo del amor y del alcohol, ella no cedió.

Fué inflexible y terminó por caer sobre su hombro anegada en lágrimas.

Primero juez y cura.

Las fórmulas completas, como se lo aconsejaron los señores.

.....

No había otra solución que la de casarse de inmediato.

El terrenito estaba comprado y los protectores de la pardita no esperaban sino conocer la fecha del acontecimiento para mandarles confeccionar el nido.

□

El novio, que poseía excelentes tragaderas, lo único que hallaba atragantante era el casamiento por la iglesia. Somos así.

Fanáticos al revés; rebeldes, libres.

Y con un instinto defensivo del ridículo que quizá marque un día una característica racial.

El cura no es sólo, por agregación y lacayismo, de la casta social de los ricos, sino es un ente estrafalario, grotesco, sexualmente equívoco, cuya caricatura aflora —burla de cómico irresistible— desde los escenarios de los dramas criollos a los barrocos carnavales del pueblo.

El hombre resistió, testarudamente, lo que pudo, pero terminó por ceder más por la conveniencia de no ponerse mal con los patronos que por las inocuas razones que lo aconsejaban transar con la pantomima.

Por cierto que su convicción corría pareja con la del mismo fraile, que suministró maquinalmente, sin entusiasmo alguno, las sagradas autorizaciones sacramentales al par de pobres diablos, cuyo acollaramiento significaba tan ínfima importancia mundana.

El ministro del Señor detentaba toda la razón.

¿Cómo iba a sentirse inflamado de ardor celeste ante una incidencia tan baladí?

En realidad no es lo mismo unir una negrita sirvienta y un indio guardia civil, que demandan autorización para hacer rancho aparte, acostarse juntos y todo lo demás que sigue, casi exclusivamente por la ocurrencia de un filantrópico y maniático matrimonio burgués, que enlazar dos personas distinguidas, de la alta sociedad. La hija de un Ministro de la Alta Corte, (\$ 10.800:00, por año y los gajes), por ejemplo, con un doctorecito flamante, que empieza por ser diputado hereditario de un partido conservador y quien sabe en

que va a terminar, en Senador, Ministro o Presidente de la República... O el pimpollo de un tabaquero contrabandista, que ha robado diez millones al Fisco (que no es la Patria con mayúscula) o la niña de ese cabañero... que, por casualidad, se ganaba todas las licitaciones del Municipio'...

Sí, no se va a comparar el grisáceo, anónimo, chau-chísimo espectáculo de estos contrayentes sin relieve, que en opinión de muchas personas bien no se diferencian de los irracionales que por el uso de la palabra y la estampa de gente... y el patrón y la patrona (los padrinos) y los dieciséis pesos y los latines apurados, como entierro 'e pobre... con la ceremonia brillante, como la misa solemne, el Ave María de Gounod cantada por una contralto de la Opera; la iluminación deslumbrante del templo; la profusión de flores; las niñas de blanco, que llevan las riendas (esto los cronistas sociales lo ponen en inglés, para conseguir mayor efecto), y una concurrencia con sobra de apellidos y con autos de marca atestando las calles adyacentes al templo... y... y... (tengo temor de dar una materialista nota de mal gusto) y... el broche de oro para el desinterés espiritual del sacerdote: el chequecito!

El, con sus discretos correligionarios católicos, y sin el propósito de ofender a nadie, —Dios nos libre y nos guarde!,— opinaban que el contrato civil, ante los hombres, ante la despreciable ley del país, era un simple velo, bastante transparente, sobre el más burdo y grosero de los concubinatos.

Muy otra cosa es la ceremonia ante los únicos y exclusivos (exija la marca de fábrica registrada) representantes de la divinidad en la tierra (casa matriz en Roma). Transcendente, solemne, con fastuosa pompa,

con una aparatosidad de rito mágico, como cuadra al gusto barroco de los Dioses de segunda mano, bajo todas las latitudes, desde que fueron inventadas por los hombres.

Tal es así que para el cura, —que el Señor lo ilumine y guíe sus pasos,— el casamiento de \$ 16.00 pelados, sin una propinita, —pese a ser un sacramento impartido en sus funciones cuasi sobrenaturales,— le parecía el autorizar, lisa y llanamente, ese espectáculo degradante que nos ofrecen los maleducados perros por las calles.

¿El diablo le sugeriría tales figuraciones?

El veía reducirse su sagrado sacerdocio a la burocrática, pedestre e indecente función de un juez cualquiera, con una cinchita blanca y celeste fajándole el vientre, leyendo las heladas cláusulas de un código fósil.

Ni siquiera el sugestivo nombre de Valabrán lo conmovió.

Apenas si le chocó un poco:

—¡Jesucristo!

—Sí, señor.

—¿Cómo? ¡Qué es eso!

Era del caso deducir una irreverencia, una herejía para la religión.

¿No era una profanación del nombre sagrado?

El guardia civil explicaba:

—No sé... estoy iscrito así, hasta en la balota...

Mire, padre, yo he conocido algunos Jesuses a secas, pero como nadie se fija en eso, nunca m'importé que me hubieran fajau el Cristo... Güeno, Cristo más, Cristo menos... Me lo podía haber saeau... Si a usted le parece?... Pero es un recuerdo del finau mi padre, q'era turco el pobre, y vaya a saber porque le dió por áhi... En una de esas es nombre de familia...

Aquello trajo el descubrimiento de que el tocayo de El Salvador no estaba bautizado y los mismos señores, respetuosos cultores del orden, tan preocupados de que su unión no fuese el vulgar concubinato, se ofrecieron para "darle los óleos" a aquel hijo de nadie.

Cumplidos al pie de la letra e íntegramente los requisitos humanos y divinos y dado que en el barrio se había alzado una graciosa casilla, de madera y cine, coquetonamente pintada, allí se vinieron los recién casados a disfrutar de las prerrogativas conseguidas a trueque de tantas firmas, de tantos síes y de tantos pesos.

Un taxi, como el acontecimiento lo requería, los trajo al nido.

El auto vino gritando indiscretamente con la bocina, encandilando a los curiosos con sus faros, asustando a la noche, que le echó todos los perros del barrio, la que después, en su función de vieja y eterna celestina, les fué amontonando dulzura y silencio alrededor del rancho que, no por pobre y humilde, era menos digno de albergar al Amor!

Un rancho cimarrón

El criollo, peón estibador en el Puerto, no deja de acariciar su sueño.

Se ha venido con los suyos a contemplar su terreno e inmediatamente se ha relinchado con el viejo gaucha, que fuera el primero en poblar.

Mientras amarguean, habla con él de sus proyectos.

Su mujer, la pobre, consiguió dos lavaditos para ayudarse y le va venir muy bien el traslado.

El trota y trota buscando lo que necesita para levantar su sumario refugio y los ojos de rocío de una madrugada celeste lo ven descargando una carreta de bueyes, que se trae un girón de monte y de bañado indígenas en un montón de troncos verdes, apenas desbastados, una porción de haces de paja brava y una tanda de tacuaras elegidas.

Barro tienen a mano con la tierra negra, a la que mezclarán bosta, con la colaboración del agua del arroyito cercano y ahí andan, con el gaucha vecino, que se comide servicial, en un ágil ajetreo de horneros, hasta que, como si el campo se hubiera venido en un galope hasta Montevideo, una tarde el barrio florece en el nido rústico de un rancho cimarrón.

—Esto sí q'és lindo, amigo, —lo alaba el paisano del casucho destartado, y mirando hacia la tran-



quera,— que no habían llegado ni siquiera al portoncito en su industria rudimentaria, completa su pensamiento:

—Yo no sé por qué he creído siempre q' el hombre, como el animal vivo, bicho o pájaro, debe hacer el nido o la cueva con tierra, con hojas y con palos... Las casa 'e material me parecen lo mesmito qui un pantió'n 'e los camposantos... Me parece que jieden a di-junto!...

—Debe 'e ser así no-más, semi aprueba el amigo, que aguza una rama de tala que le servirá de asador, pues han resuelto festejar la terminación de su labor con el banquete de un costillar de capón y algún litro de vino.

□

Terminan los preparativos del asado.

Colorean las brasas fuertes, sobre las cuales caen chillando las gotas de grasa que hacen un humito acre y apetitoso, y se esfuman.

El hisopo, empapado en salmuera, anda buseando los sitios de la carne tierna que rezonga, dorándose.

Teje su trenza amistosa, que se aprieta cada vez más, el mate, cuando el viejo que espía preocupado bajo el ala del chambergo que le cubre los ojos, exclama:

—M' está gustando poco ese pájaro 'e mal agüero que si anda variando ahí enfrente.

—¿Desconfea que roncé a su gurisa?

—Colijo.

Desgraciadamente no era así.

El pajarraco era un inspector municipal que pronto hizo sentir prepotentemente sus prerrogativas.

.....

—El señor es el propietario?

—Es así.

—Me permite, entonces, el permiso de edificación?

—¡Permiso!

—Sí, a ver si se ajusta a las prescripciones...

—Permiso pa qué?, si el terreno es mío!

—Ah, el señor está equívocado. La propiedad del predio no excluye la jurisdicción de la Comuna.

El criollo calla. Lo filia. Se previene.

—Este me quiere enredar en las cuartas... Pero me v' a embromar si es brujo!...

El intruso continúa, impertérrito:

—El propietario no está autorizado a construir sin la respectiva autorización municipal.

—Qué anda mermurando?, que yo no podía poblar?

—En efecto.

—Pero si es un ranchito pa vivir uno!

—Razón de más. El retiro está contemplado. Diez metros, que respetan los futuros ensanches y el enjardinado, porque este barrio cae dentro de la zona de influencia de la rambla costanera y los balnearios... Pero rancho, señor, ranche, así como suena, ni siquiera con el tolerante permiso de "casilla para guardar herramientas", rancho no se puede construir...

El inspector habla como en los expedientes y si bien con su parsimonia y su prosopopeya comenzó por producir espectante impresión, ahora termina por calentar al criollo que, huérfano de argumentos, retruca:

—¿Cómo no se puede poblar! ¡Qué me viene aquí con cuentos! Y pa qué no vino a decirlo ante?

—Yo se lo notifico.

—Pero si andaba p'allá y p'acá al santo cuete, pa qué no se arrimó y hizo la gauchada 'e decirlo cuando ricién s'empezaba el trabajo?!

—No era esa mi obligación.

—Porque son otra sus mañas!

—Le repito que existen disposiciones tasativas.

—Y pa qué no dijo ante!?, le digo. ¿Y pa qué?! Lo dejan meter al cristiano en el remolino y después ricién le gritan: ¡Cuidau que si ahuga! ¡Vean! Usted será muy güen procurador, y que sé yo y que sé cuando, pero a mí no me va boliar y si me boleá, sabe!...

Su mujer y el amigo gaucho lo contienen:

—Hay qui aclarar, Avelino.

—Sosiéguese, vecino; son autoridá.

—¡Son autoridá! Es qui uno debía hacer un escarmento con uno de estos trompetas! Usted se sacrifica, usted se revienta, usted echa los bofes, pa levantar esas cuatro paredes de barro en su terreno, en su país, güen país de mierda! ¡pa protección de los suyos, y después que si ha deslomau y si ha empeñau y que ya nu hay nada qui hacer, llega este invitau a la fiesta, a decir, ¿a decir qué?, largó la interrogación como un puntazo, con deseos de agarrar una barreta y poner un punto final a la actividad para él delictuosa de aquel sombrío roedor de la papelería burocrática.

Este no había sentido nada...

—Consultaba una libreta negra y tomaba apuntés, metiendo ojos y narices entre sus hojas.

Corrió una mirada descolorida, hizo un gesto calmoso, pacífico, despertando de su ensimismamiento para deslizarse, conciliador:

—En fin... Hay que tomar las cosas con calma. En especial cuando son razonables. Conversando la gente se entiende.

—Es que yo tendré algún derecho, testarudea el sulfurado.

—Mire, señor, usted ha violado expresas disposi-

ciones edilicias, y si no me oye, lleva todas las de perder. Con un enrejadito de madera y unas enredaderas puede ocultarse el rancho y yo cerraré un ojo... Hacemos la solicitud... con sellado y todo... son veinte... veinte pesos... Y asunto concluído.

—¡Veinte...!

Se perdió la terminación de la frase. La promesa debía de ser de ¡veinte puñaladas!...

... Pero el viejo filósofo, que la abaraja en el aire, se adelanta, cubriendo con su voz la amenaza terrible.

—Atienda, compadre! Yo se los empiesto. Usted sabe que yo vendí mis animalitos, tengo esa platita ahí. Usted me los va devolver cuando pueda; aunque sea di a poco.

La mujer ayuda:

—Tenés hijos; tenemos ésto, Avelino... tu sudor... No te comprometas!

La rabia mareadora del estibador, se resuelve en una amenaza absurda, infantil:

—Güeno, por esta vez vamu - hacer la vista gorda... pero pa otra, se lo juro!... Yo le iba a dar veinte!...

El funcionario hace pie en la intervención conciliadora de la patrona; toma los datos:

—Dijo, Avelino cómo? Y se lleva la mano al sombrero:

—Mañana les traigo la solicitud en el sellado correspondiente.

El viejo, viéndolo marcharse, comenta:

—Mal olor le sentía al caso... Éstu es como los güesos rotos qui hay qui arreglarlos en caliente... sino siempre se sale perdiendo... Que se li ha di hacer... Es así; di algo tiene que vivir la gente...

□

¡Un rancho!

No se puede lucir la criolla vivienda campera.

No se puede ostentar la flor cimarrona ni siquiera en el vestido astroso del arrabal.

Aunque en ella se amasó el pasado y se afinó la levadura que fué madurando al país, creando sus hombres y amontonando su riqueza.

Un rancho es feo, y sobre todo, es pobre, humilde y antiguo...

Se puede tolerar la casillita, la casillita pretenciosa que dragonca de chalet; la casilla pintadita, con simulacro de decoraciones —quiero y no puedo—; y así el sueucho de latas de kerosene y tablas de cajón desparejas, pero no el rancho al cual apenas si se le permite figurar, vestido con metáforas de última hora, entre los versos de los poemas más o menos nativistas...

Las chozas horribles, tristes y antihigiénicas —hornos en estío, heladeras en invierno— sí, se pueden levantar, y lo prueban los ruidos de latas, de chapas herrumbrosas, de material de deshecho, el repetido martilleo que rueda por los cuatro costados del barrio que siente brotarle un almácigo de casuchas de las más heterogéneas formas y de los más extravagantes y bizarros colores.

El arte de birlibirloque de la necesidad, que tiene cara de hereje, según el dicho, da al pobre el don demiúrgico de improvisar de la nada su refugio...

Una apariencia de campamento dinamiza nuestro escenario.

Corte de los milagros edilicia, esta asamblea de construcciones paupérrimas que hostezan con la puerta de una boca negra o espían con el ojo de un ventanuco estrecho, empieza a vivir y hasta a sonreír con la boca

fresca de unas flores, que no faltan las latas de aceite y las macetas donde lucen rosas, jazmines o malvones.

Puebla el gringo silletero, alza un galpón el repartidor de verduras, negrean escuálidos esqueletos de aifagías y por allá, por un rincón, crecen los áridos muros de ladrillos usados de una pieza y cocina que, antes de estar terminada, ya ostenta un gran tetrero de

SALQUILA

Ropas limpias

En el transcurrir lento y seguro del tiempo, unos tras otros, llegan, con sus campanillas alegres, los carros de cachivaches, de desaparejos moblajes proletarios de los pobladores: una china vieja con dos hijas muy emperifolladas; tres familias de lavanderas con una chorrera de chiquilines; una dama obesa acompañada de un mozo muy flaco, que unos dicen que es su hijo y otros su sobrino, quienes vienen a ocupar la única casa de material del barrio...

Aparece don Juan, carnicero de un puesto en un mercado del centro; don Benito, quien regentea la arena que, allí no más, del otro lado del arroyo, refulge como una clara lámina dorada y de lejos deja percibir —dibujados sobre su limpia extensión— los camiones y los obreros recortados en negro, como grandes insectos.

Aletean los saludos, se estiran las trenzas de los palabreríos que atan al vecindario con lazos más o menos perdurables, hondos o fugaces.

Se vislumbran pasados, historias, costumbres, intimidades.

Los alambres, los cerquitos de duelas, de cañas, no cortan las frases, no son vallas para las miradas ni las curiosidades.

Siguiendo un ritmo de herramienta, alguien canta;

un carpintero silba —con todas sus escalas, la Internacional; ladran los cuzeos; rezonga una comadre y con el dilatado lloro de un niño, rebota, áspera y rotunda, una puteada.

□

La señora del hijo, que posee un nombre muy raro, eufónico y literario, doña Beriluna Monterrey, suscita infinitos comentarios.

Las muchachas de la china vieja, que se hacen amigas de dos de las hijas de las lavanderas y de la mocita del gaucho viejo, son las que —meneando la sin hueso— aderezan la novela.

Misia Beriluna, que se daba muchos aires y un tono excesivo para la humildad del ambiente, era la única que tenía sirvienta, una negrita de flacas canillas lustrosas y ojos desenejados, y gastaba unos verdosos y solemnes trajes de seda, con caireles, lo que la puso muy en vista, en condiciones de ser “cortada” por las mujeres y transformarse en víctima de esas pequeñas, pero implacables venganzas colectivas, en las cuales, al desgaire, socarronamente, todos participan, cobrándose un desaire o simplemente desquitándose de una anti-patía.

Además su nombre parecía reclamar la judiada y la rebautizaron: doña Belinuna.

Ya se supo que era algo así como biznieta de los Guerreros de la Independencia, honrosa ascendencia que le permitía disfrutar una pensión de descendiente soltera, lo que obligaba a transformar en sobrino a su hijo.

Sus ínfulas no le permitían declarar que se venía extramuros corrida por la pobreza y se escudaba en la prescripción médica que recomendara al muchacho aire libre y tranquilidad.

Decía que le habían aconsejado campo y mar y ella, tan habituada a vivir de apariencias —característica de su farolera y decadente clase media— de seguro se hacía la ilusión de que allí gozaba la salubre influencia campera y marina.

□

Después de los que clavaron estacas de mimbres y de sauces y plantaron bosquecillos de eucaliptos y del italiano silletero, que lucía su huerta como un jardín, las primeras que —visiblemente— trabajaron, fueron las mujeres, las lavanderas.

Se unió a ellas la compañera del estibador y el arroyo generoso, que traía agua en abundancia, y el sol que blanquea, en opinión de la gente del pueblo, ayudaron a sus brazos laboriosos a transformar en algo puro y cándido el contenido de las hinchadas bolsas que traían el pringue y la mugre enfermizos de la ciudad.

Y una mañana, las laderas verdes de las colinitas —aun libres de ranchos— dieron la virginal sensación de la tierra nevada.

Sábanas, manteles, cortinas, reían al sol claro, pagando en limpieza y en buen olor el noble trabajo de las sufridas mujeres.

Los alambrados se pusieron multicolores con la variedad de tonos alegres de las prendas interiores femeninas.

Las cuerdas se combaron bajo las ropas que se inflaban amenazando humorísticas fugas aéreas o flameaban locamente, incansables, como nerviosas banderas.

Los niños

El barrio pulula de vidas.

El sol, que se encuentra con el clarín de los gallos, no ha alcanzado a ver como de la boca de sendos ranchos, las sombras han parido unos cuantos botijas que, restregándose los ojos cargados de sueño, echan a correr hacia la ciudad a amasarse el pan cotidiano, pregonando la prensa, corriendo por las calles hervorosas de tráfico, saltando a un tranvía, colgándose de un bus, haciendo una pirueta a un auto, a un vehículo de reparto.

De por aquí mismo, de barrios hermanos, son los chiquilines ayudantes del lechero, peones del panadero, del verdulero, que, con la canasta al hombro, dejan las miradas enredadas en las payanas, las bolitas, los trompos, de los otros pequeños que, más felices, en esa divina inconsciencia que ni siquiera aprecia su libertad, aun no saben lo que significan los cinco o seis pesos de un sueldo y el grito airado de un patrón que tiene un reloj y posee “intereses”.

Los atardeceres son como las imantadas ramas de los árboles para esos pájaros, pichones de hombres...

Este vuelve de un “mandado”; aquel arrea una lechera; el otro pregonando —ya cansado— el último diario, “con el gran crimen de hoy y el extracto de la lotería”...

Y por arriba del mugido de las vacas, chillan los reclamos de las madres, que siempre ha de haber algún mocoso retrasado, algún pergenio que no ha vuelto al hogar:

—¡Juancito! ¡Bocha! ¡Macho! ¡Maachoo!

Se alza el humo tardo de las pequeñas cocinas.

Se encienden mortecinas y vagas luces.

La noche idílica, entre el perfume de la tierra, de las flores, de los vegetales y el canto de los grillos, se vuelve áspera y misteriosa con los conciertos inútiles de los perros lunáticos, a los cuales azuzan sus amos menudos.

□

Los botijas, con el torbellino de su dinamismo, inquietan esas calles en agraz, que aun conservan esmeraldinos lamparones de campo.

Sustituyen a los pájaros, a los cuales primero espantan persiguiéndolos a sol y a sombra, con cimbras, con pega-pega, a hondazos, con el engaño de los tramperos, llenos de reparticiones, en una de las cuales celestina inconsciente un misto "llamador", que canta frenético, desesperado.

Ya preocupan al italiano silletero que ve colorear de frutos sus arbolitos; revolucionan a las lavanderas cazando ranas a pedradas, haciéndole barreras y diques al arroyo, ensuciando sus aguas o arman una algarabía infernal, zumbando como un enjambre de abejas, patada va y patada viene, atrás de una improvisada pelota de football, que las más de las veces consiste en una inflada vejiga de vacuno o en una vieja media —rellena de diarios— de una madre o una hermana, descuidadas...

Los niños, los niños pobres, que tienen Dios aparte, —como los sonámbulos y los borrachos,— de pie en el

suelo, la cabeza descubierta al rajante rayo del sol de mediodía, persiguiendo lagartijas, jugando con piedras, con tierra, con barro, revoleándose en el suelo, luchando, peleando, imitando a los ladrones y los asaltantes, iniciando guerrillas que acribillan a pedradas y cascotazos los ranchos, hasta obligar a las personas mayores a salir a amenazar a gritos, prometiendo sobas, palizas y escarmientos para que vuelva un relativo orden.

□

Los niños pobres, para los que no debía existir el invierno, esa época cruel e implacable que hace notar más la escasez del pan en los ranchos miserables donde, a la falta de fuego, se suma la carencia de abrigo, de calzado, de la chiquillada tiritante.

La lluvia, el barro, el frío, el hambre, atan a los botijas, que marchan encogidos en los viejos sacos paternos, los que ostentan los mordiscos del tiempo por donde entra el cuchillo del viento helado.

Las manos moradas apenas si se calientan apretando un tibio mate dulce lavado que es, a menudo, su único desayuno.

Los niños pobres, que no pueden ni ir a la escuela a munirse de ese ínfimo viático de saber —aparente, teóricamente obligatorio— indispensable para la lucha por la vida, mientras desde los sagrados libros embusteros se le hace repetir al Hijo de Dios, al hombre del amor, de la humildad y de la justicia:

“Dejad que los niños vengan a mí”.

.....

Pero irrumpe setiembre entre sus días contradictorios, sus cielos dorados y azules, sus nubarrones oscuros, sus improvisos cierzos de hielo, sus calmas cálidas

y sus borrascas desapacibles, pero cae setiembre —con el anuncio de la Primavera en esas banderillas de rosada luz de los gajos de los durazneros floridos, con que se hostiliza al hoso y huyente toro del invierno— y los chicuelos saltan de su encogimiento como con un resorte vital.

En seguida son alegres y despreocupados, ágiles y saludables.

Canto de la especie, corren y ríen en el júbilo de quien descubre el victorioso milagro de la vida.

Y para imitar a la tierra que se colma de flores, intentan florecer el cielo con sus cometas de colores, en general pobres, toscas tarascas de papel de estraza, rudimentarios barriletes, que serían feos sino tuvieran la gracia del vuelo y la transparencia dorada de sus leves cuerpos de papel, traspasados de luz, nadando en el espacio, como un reflejo de las puras y diáfanas almas infantiles!



La chiquillada descubre que la mejor cancha de football es el inútil y bien cercado solar de Carlitos Marietti y, sin más trámite, levanta el alambre tejido en un sitio propicio y toma posesión del field.

Fundan un club.

Están los vendedores de diarios entre los socios; son los capitalistas más fuertes. Juntan vintenes para comprarse una pelota auténtica, con cuero y goma y su respectivo inflador.

Hay que buscarle nombre al conjunto sportivo.

Un rancho equívoco, de cajetillas de la ciudad, se lo da: Virazón.

Es una designación criolla, un tanto cabalística, que les va a traer suerte.

Aunque empiece a irles mal en un partido, en una de esas la virazón, al igual del viento marino que —en medio a la canícula de la tarde— pega un aletazo de frío, erizando las aguas y cambiando la temperatura, a ellos los va a favorecer dándoles vuelta la taba para que les eche buenas.

El “Virazón Football Club” se constituye. Nombra capitán y Comisión y ya lanza un cartel de desafío a los cuatro vientos.

Como aun no tiene palos para los goles, se invita a las canchas ajenas.

Y prepara para el futuro el field de ellos, el terreno de Marietti, quien, en una de sus visitas, descubre el estropicio, el atentado, la invasión de su propiedad!

El propietario pone el grito en el cielo, protesta indignado y presenta una formal denuncia en la Comisaría seccional.

Esto trae por consecuencia la recorrida de un guardia civil, amigo de Jesucristo, que transforma su consigna en paliq y mate amargo con su colega.

El indio, muy orondo en su casa flamante y tan hospitalario como caballeresco, tiene siempre un trago de buena caña brasilera para asentar el cimarrón.

La botijada del barrio toma sus estrategias precauciones.

No mata una mosca cuando ronda el representante de la autoridad, pero no bien se apaga la llanita metálica de su casco tras el último rancho, ya le hace los honores respectivos a su cancha preferida.

Jesucristo, que no puede redomonear su espíritu anárquico y que de civil es el compadre rotobado de “no me entriego”, se vuelve su mejor aliado.

El es quien les anuncia la partida de su visitante.

Les silba:

—¡Pibes!...

... los llama por sus nombres familiares:

—¡Chispa, Macho, Perico!, vamo, metanlé que se jué el chafe.

Se siente chiquilín, le tiene una rabia bárbara al empleadito público, pedante, al manate ese del terrenito y como es casado, propietario y no puede menos que sentirse —a momentos— persona importante, está con ganas de ofrecerse de “referí”, para uno de esos sonados partidos que hacen discutir hasta llegar a los trompis a la chiquilinada enardecida.

Don Manuelito el pajarero

En realidad, don Manuelito el pajarero, no pertenece al barrio.

Pero si exageramos nuestra investigación vamos a comprobar que no tiene vínculo directo ni con la sociedad ni con el mundo.

El estómago, lo menos noble, es quizá lo único que, cediendo a la debilidad de la materia, lo ata al engranaje de nuestro ambiente.

Vive del otro lado de lo que fué campo baldío, cerca del arroyuelo, en el linde de un bosquecillo que empieza en álamos y eucaliptos y termina en unos cuantos ceibos y otros cuantos sauces llorones.

Pero como es uno de los antiguos vecinos de estos lugares, y como su regular frecuentación del barrio, atravesándolo en sus indispensables idas a la ciudad, lo vuelven un familiar de él, corresponde mezclarlo al pintoresco escenario de nuestra historia.

Estamos convencidos que si don Manuelito pudiese, no mantendría ni cultivaría trato humano, porque —indudablemente— su naturaleza lo repudia.

Su comercio actual con los hombres es el estrictamente indispensable, y la mayor parte de las veces no saluda ni habla ni mira a nadie.

Pasa lento, sobrenatural, nebuloso, produciendo el vago temor de que, de un momento a otro, se pueda

disgregar en nubecillas ingravidas; pasa como los fantasmas o los aparecidos que los teatros nos quieren copiar de un mágico mundo inverosímil...

□

Es un rebelde, un libertario, un inadaptado y es una lástima que la brutal prosa de la vida, que la ausencia de fe y de religioso sentido de la poesía que padecen nuestros prójimos, haya corrido del mundo las creencias fabulosas, las fantásticas leyendas, los prodigiosos mitos.

Este hombre debería permanecer sentado a la puerta de su choza, como un santo ermitaño, mientras un cuervo pensase en su sustento, trayéndole cotidianamente un pan, como se ve en las figuraciones pictóricas de la Tebaida de los primitivos florentinos.

Pero la sociedad microcéfala lo fuerza a preocuparse de su existencia.

Ignoraríamos de qué vive sino nos lo contasen los muchachos, que todo lo saben y que descubrieron su nombre y sus singulares actividades.

Don Manuelito el pajarero, como su denominación lo expresa, ha encontrado en los seres que cantó Michelet un fácil medio de vida.

No sé de dónde ha desenterrado esos ogros devoradores de pajaritos, que son sus clientes consecuentes y seguros, pero que existen y pagan regularmente su bárbaro oficio lo comprueba ese repetido regresar de nuestro héroe —sin la carga que ha llevado— con su habitual cosecha de tablitas y la de sus sempiternas mamúas.

Don Manuelito dispone de una covacha de cuento infantil.

Viejas maderas, latas herrumbrosas y pedazos de

papeles embreados, lonas y arpilleras, componen su refugio lilliputiense, que anuncia que en él existe un prójimo por el humo que, por las rendijas, huye de tanta miseria y por un repetirse de rústicas jaulitas de caña —que adornan su exterior— en las cuales agitan las alas y cantan gargantillas, jilgueros, mistos y dorados.

Alguien creería que el hombre, bucólicamente inclinado hacia los encantos de la Naturaleza, ama despertarse a la aurora, mientras el mundo alado entona sus endechas.

Es lógico que se imagine que el propietario de esa emplumada familia, espíritu sensible, goce con esa fina y pristina voz de la tierra, que canta una sana alegría de vivir y de amar por la garganta de los pájaros.

No hay nada de eso.

Don Manuelito no tiene en "las hermanas aves", "if fratelli augelli", de San Francisco, sino los llamadores que, como los halcones de las cacerías antiguas, han de contribuir a que él cobre el mayor número posible de piezas.

No nos atrevemos a creer que sea indiferente a sus trinos, pero de seguro ha de pensar que eso atrae a los congéneres de los encarcelados y si la música de los cantores ablanda su alma y acaricia su corazón, él debe pedirles que no se enternezcan demasiado, pues es menester recordar el estómago.

□

Don Manuelito es madrugador.

Entre los rosas y los celestes dorados de la primera luz del alba, se le ve moverse en los albardaños del rancho con esa su grotesca facha de espantapájaros, a la cual parece que un milagro hubiera puesto en actividad.

Su traje verdoso y hecho girones, lo viste extraña-

mente con un saco de mangas que le comen las manos y lo vuelven más pequeño sobre los andrajosos pantalones acordeonados.

El sombrero es informe y descolorido, con la única particularidad de una cinta vuelta hilos flotantes.

El hombre hace fuego.

Ardilla curva a la cual le nace una interminable cola de humo, que sube recta al cielo en la mañana calma.

Es eriollo.

Prepara el mate.

Y mientras sorbe el brebaje amargo, revisa su instrumento de combate, la apretada red de hilos resistentes con la cual, dentro de unos minutos, va a tender la celada traicionera a la pajarería incauta.

Suspende de un palo la malla parda y comienza a revisarla, echando nudos de piolín allí donde descubre una falla.

A veces se enreda un poco en aquella capa calada y parece un insecto magro y negro en la red de una gran araña invisible.

Después sale el hombre con su aparejo y sus cuatro o seis jaulitas ensartadas en una larga caña, que carga al hombro.

Ya sabe donde ha de extender la red, mientras los llamadores cantan insistentes, apasionados y él, escondido entre unas matas, en la mano el hilo que, tras el tirón propicio, la cerrará de improviso, calcula el número de sus víctimas y saca la cuenta de su importe.

Vuelve de sus excursiones, de la quinta del Suizo, de los médanos, de la cantera, de la orilla del arroyo, cuando el barrio aun no ha terminado de restregarse los ojos somnolientos, cual si midiendo la enormidad de su crimen no se atreviese a hacerlo ante la plena

luz del día y ante la condenadora observación de los vecinos.

Ninguno de los muchachos se ha animado a preguntarle si no le remuerde la conciencia de atentar contra esas puras, delicadas y bellas criaturas inofensivas.

Nosotros tampoco nos atrevemos, pero imaginamos que él, aislado del mundo, no usufructuando el ajeno esfuerzo, se creería con derecho a respondernos que mata obligado —como un hombre primitivo abatía un oso o un ciervo— para buscarse el sustento...

El quizá está cansado de alquilar sus brazos u ocuparse de quien sabe qué tristes, sucios o siniestros menesteres...

En el fondo, yo sé que don Manuelito el pajarero cumple su oficio de verdugo con una enorme pena y una inmensa tristeza, que se reflejan en su rostro enjuto y desolado, en su desgarrada y derrotada figura.

Lleva consigo una tragedia tremenda ese hombre-cillo enemigo de las aves, enemigo contra su voluntad, que hasta en su silueta trasluce su macabra función y que quizá desearía, a veces, quedarse sordo para que en su soledad con el árbol y la brisa, con el campo y el cielo, en la limpidez cristalina de la aurora, no lo enternezca el lírico reclamo de sus pajaritos.

Don Manuelito pasa lentamente, pensativo, cabizbajo, meditando en sus innumerables y reincidentes fechorías.

A veces abre sus flacos y largos brazos —cubiertos de mangas excesivas— y se queda ahí —petrificado espantapájaros— como previniendo mudamente a las aves:

—¡Peligro! ¡Cuidado!

Después titubea, se agita, tambalea, y se va, haciendo escs.

Es que... (vamos a decirlo confidencialmente:) es que viene borracho.

Podemos revelarlo porque de los arrepentidos es el reino de los cielos.

El lamenta sus condenables acciones.

Está a punto de jurar que no incurrirá en nuevos crímenes...

Viene borracho.

Viene de ahogar en alcohol la desolación de su vida de asesino de pájaros!

Los enfermos

La paisana que tenía el hijo tuberculoso en el "Fermín Ferreira", consiguió sacarlo del hospital.

En éste no lo curaban y, según se afirmaba, ni siquiera le daban bien de comer.

Ella había vuelto con los yuyos y algunos emplastos, recomendados por una parda curandera que le vendió unos escapularios santos, de famosa eficacia.

El mocetón, tan bien plantado, de aventajada estatura y pecho anejo, carcomido por el mal, se desesperaba, especialmente porque no podía trabajar.

Lo había intentado, pero quién lo iba a tomar con aquel aspecto de Lázaro resucitado?

En una de sus breves mejorías cortó panes de gramilla para los jardines y los chalets de los ricos y algunos fueron coloreados con su sangre decadente.

En la arenera que regenteaba don Benito le dieron oportunidad de ganarse unas changas, cargando los pesados camiones de los constructores, pero el esfuerzo lo agotaba, lo concluía, me lo tenía tirado una semana en un rústico sillón de cuero que trajeran de campaña.

Para mejor, con aquel puntilloso concepto de su hombría y su responsabilidad, él no quería ser menos que los otros y paleaba a la par del más diestro y más fuerte, sufriendo las desastrosas consecuencias.

Fué necesario que la hermana, linda y hecha una muchacha de ciudad, de uñas cuidadas, cejas con betún y labios pintados —esos refinamientos los había aprendido en cuatro días con sus vecinas— se colocara de sirvienta en el centro, porque se habían evaporado los pesos conseguidos con la venta de los animalitos y no disponían de otros recursos que los escasos vintenes aportados por el gurí diarero y algún litro de leche que les daban las vaquitas y que podían vender.

□

En lo del italiano silletero, entre la media docena de hijos, había uno medio idiota, al que “le daba el mal”, como decían los vecinos.

Era un muchacho epiléptico, fornido, coloradote, comilón, que estaba continuamente riéndose y por la menor cuestión, sorpresa, contrariedad o alegría, reclamaba a su madre a voz en cuello:

—¡Máma! ¡Máma! ¡Máma!

Por esta razón lo llamaban Mama, y el pobre Mama, que quizá pagaba culpas ajenas en su herencia alcohólica, era trabajador y bueno como su padre, amoroso esclavo de la tierra y sustituía a aquél en la brega terrible de acarrear, desde el arroyo, el agua para las plantas y los árboles.

Los desocupados, los gandulones, que merodeaban por el barrio, lo judeaban haciéndole preguntas escabrosas, enseñándole palabras obscenas para que se las repitiese a las mujeres y lo enredaban con mentidos recados y mensajes de parte de las muchachas.

—Che, Mama, te gusta Camila? Está papa, eh?

Y el pobre incapaz sonreía con un temblor de su boca grande y húmeda y se le encendía un rayo de instinto en los ojos mortecinos.

□

Doña Fermina era otra enferma permanente.

La menopausa le repetía dolores de cabeza, que ella atribuía a causas diversas y cualquier dolorcillo o incomodidad era el “bronquite” o el “apéndiz” o rissultas de la “campanilla caída”, que tuvo cuando más moza.

Andaba continuamente aplicándose, en una gradación de la cual poseía el secreto, unos medios porotos pallares que paseaba desde los párpados a las sienes; unas delgadas rodajitas de papas y unas hojas de rosa masticadas ligeramente y que había de dejar caer “con el mal” cuando se secaban...

La doliente afirmaba que aquello era un santo remedio, que el dolor se le iba como con la mano y, naturalmente, llena de buena y humana intención, no se cansaba de aconsejar tales tratamientos.

Observaba también un régimen continuo de mate dulce con yuyos, con raíces, con hojas y con cáscaras de naranja, de molle, etc., etc.

Jesueristo, con sus ribetes picarecos, pero aparentando la cándida inocencia de un niño, repetía las lecciones, se encharcaba de mate dulce con café, y para combatir el dolor de cabeza de las muchachas barajaba rosas y papas y vendajes de almidón y vinagre y terminaba por inclinarse a los pallares:

—El poroto, doña Fermina, el poroto es lo más adato para las niñas...

□

El cuarto enfermo era el famoso Lalito, el hijo o sobrino de misia Beriluna Monterrey.

No se sabía a ciencia cierta de qué dolencia padecía. La apariencia era de que aquello le impedía tra-

bajar, pues no se ocupaba en nada.

Ellos afirmaban que no tenían suerte para encontrar empleo o colocación y si su madre, tras una heroica búsqueda y un incansable pedigüñeo, luego de fastidiar y aburrir relaciones, obligando a que le diesen algo para sacársela de encima, le conseguía un inestable destino, al muchacho, tras unos días de cumplimiento de sus obligaciones, le empezaba a doler la espalda o los riñones, le daban vahidos, y ella misma, encargada de despertarlo por la mañana, lo arropaba, lo dejaba roncar hasta las diez y terminaba de convencerlo de que "por ahora" no fuese más a su guardia, su almacén o su oficina.

Lalito andaba siempre muy abrigado, con lentes ahumados para preservarse del sol, con zapatos de goma para preceverse de la humedad, con bufandas de lana para cuidarse la garganta...

Tenía que defenderse porque era muy delicado!

Si no estaba enfermo —esto es, sino se quedaba en cama por un resfrío o una leve algia— se distraía haciendo de juez en los partidos de football; iba a pescar, llevándose gran provisión de comestibles; se pasaba las horas, echado al sol, vigilando el trampero de cazar mistos o remolineando en su casa en morosa limpieza de las jaulas de sus pájaros o en la prolija elección de los pelitos que iba a dejarse para adaptar su incipiente bigote a los preceptos de la moda, que dictaban los ridículos astros de la pantalla...

Y porque también tenía su corazoncito, cuando anochecía, procuraba encontrarse a solas con Cora, la hija mayor del silletero o con unas de las chinitas que-rendonas de la vecindad.

Cuando a Lalito, en una de sus rachas periódicas,

le daba por haragancar de firme, lo hacía con todas las de la ley.

Le gemía a su mamá, más o menos auténtica:

—Hoy no sé lo que tengo... Me duele todo el cuerpo...

—Trancazo seguro... Adivinaba la señora y le recomendaba:

—No te levantes. Te voy a mandar buscar los diarios.

El le pedía, también, cigarrillos.

Leía en la cama, se dormía otra vez, se tomaba sus ricos candeales calientes, fumaba despreocupada, sibaríticamente.

Y todavía agregaba, a veces, malhumorado:

—¡Pucha, cómo me aburro! ¡Qué vida esta!

.....

Alguna vecina, que no había visto en todo el día al gandul, se interesaba con la tía:

—¿Y Lalito?

—Ah! no sabe? Lo tengo medio clueco al pobrecito.

—Mire, no? Y cómo sigue?

—Ahora ya está un poquitito mejor.

Un hombre de ideas

Uno de los casuchos más miserables, construido con el corriente material heterogéneo de cinc y tablas, levantado por un obrero que encontró ocupación en el Cerro y no pudo venir a habitar su covacha, dió asilo a Ramón Sabadell, que, realmente, ocupó por vicio un carrito para traer sus enseres, que cabían —fácil— en una carretilla de mano.

Nuestro clima inconstante, de cambios tan bruscos como imprevistos, nõ ha calentado aún y el nuevo vecino, a las seis de la mañana ya se está bañando, semi desnudo, al aire libre.

El gaucho viejo, cuyo terreno linda por el fondo con el del recién llegado, y que andaba por allí con su mate, tras darle los buenos días, lo interroga, admirado:

—¿No tiene miedo de algún refriau?

Sabadell lo informa:

—Yo no me resfrío nunca.

—Y algún aire, con ese baño?

—¿Aire? Eso debe ser una invención para venderles las consabidas barritas de azufre, que estallan cuando sacan el daño...

Al retintín de burlona crítica que viene en las frases, contesta el criollo:

—Y muy güeno, q' es el azufre! Yo lu he experimentau.

—Lo bueno es no tener que necesitarlo. Y eso se consigue así.

Después de la ablución, el hombre se entrega a una gimnasia metódica y complicada, abriendo brazos y piernas; doblándose por la cintura, haciendo vaivenes y contorsiones y poniendo remate a su mojiganga con un ágil y violento zapateo.

Entre tanto espeta su prédica al oyente temprano, quien se consigue una erudita retahila de términos extraños y de medios de curación por los procedimientos que, según él, indica la Natura, con mayúscula.

Socorrida condición del dolorido es la de lamentarse, y de quien cuenta con un enfermo en la familia, mencionar su caso y oír con interés aun la más absurda divagación sobre su tratamiento.

El gaucho viejo no puede ser excepción:

—Yo tengo un hijo medio apestau... pero nu es nada de enfermedá pegada o venida di adentro. Es resulta de una cáida, di una rodada. A cualisquiera le puede pasar... El es camperazo; pero ya ve, la disgracia no tiene hora... El muchacho se machueó un poco y no se hizo unas friegas a tiempo ni tomó algún güen yuyo... Facilitó... Nu es nada; nu ha de ser nada... Fué el caso que después vino un doctor...

—Los doctores, en general, son unos ignorantes y unos negociantes...

—No, los hombres saben, porque pa eso estudean... Pero una cosa es saber y otra muy diferente es curar a un cristiano.

Ramón interrumpió una nueva sesión de gimnasia: el punto era demasiado importante:

—La medicina oficial, en algunas partes, es un aspecto de la gran ciencia de curar. Cuando los médicos,

una vez recibidos, empiezan, esto es, cuando comienzan a conocer el organismo humano, se lanzan a recetar una serie de drogas de las cuales el cuerpo no sabe cómo defenderse. El organismo hace lo posible por librarse de esos venenos y, cuando no puede más, natural, revienta! Si la vitalidad del enfermo se impone, si vence a la enfermedad y al médico, —ya ve, es uno solo contra dos!,— es el doctor el que se gana la fama y si el tipo canta para el carnero, al matasanos siempre le queda la última palabra y... el derecho de pasar la cuenta.

Ya Sabadell se ha venido al cerco, poseído de su apostolado, y deja admirado, casi boquiabierto a su oyente, que sólo reacciona cuando el orador, que deja al alcohol a la miseria y jura que a él ningún asesino le abrirá la panza, se mete decidida y encarnizadamente con la carne, “generadora de toxinas”.

—Tocino, dice?

—No, no, camarada; las toxinas son los venenos que se producen al descomponerse la carne, los cadáveres en putrefacción... Los cadáveres que devoran, pues, no comen otra cosa que cadáveres, los que comen carne!

—¿Cadáveres? ¡Dijuntos!

—Sí, muertos!

—Epa, amigo, intenta contenerlo el paisano, como si aquello fuese una grave ofensa colectiva a los carnívoros, a los criollos, a los que viven a lo perro, a zoquete y pulpa.

Sabadell no puede admitir la interrupción.

—Sí, camarada, difuntos!, ¡carne podrida!, como suena.

—Carnecita fresca, amigo... u oriada... un güen asadito...

El contrincante insiste, recalcando:

—¡Cadáveres! ¡Animales muertos!

Y lo subraya con la repugnancia de quien siente náuseas.

El criollo socarrón está tentado de retrucarle:

—¡No los vamos a comer vivos!, cuando el amor a su hijo le hace pensar que es mejor no ponerse mal con ese “mocito, medio curandero”, que, a pesar de la divergencia de ideas, en seguida le cayó en gracia por lo “francachón y güenazo”.

Y termina por aducir:

—Pues pa eso los mata uno... Pere no me va a negar lo sabroso q' es un puchero de auja o un asadito de costillar...

Ramón no se da por vencido, le agrega que la carne le da asco y empieza a enumerarle sabores, virtudes y efectos de cuanto cereal y verdura produce la tierra.

□

Sabadell, hijo de catalanes con la tenacidad y hasta la testarudez, un poquitito áspera, de su raza, está habituado a tales polémicas que, aunque aparentemente lo irritan, lo sitúan en su verdadero elemento, encantándole y embelleciéndole la existencia.

El naturismo, —la salud del hombre—, y los problemas sociales, —la organización del mecanismo en que actúa,— son para él la razón de la vida.

El primero, el que le da aliento y persistencia; los segundos, los que le dictan la norma y la ley, en absoluta concordancia, como que la salud perfecta prepararía el hombre sano y libre, capaz de interpretar y vivir la verdadera Humanidad.

□

—El que no es hombre de ideas sí que es un muerto que camina, sentenciaba, parafraseando las frases del Lisandro de “Los Muertos” y tenía una seriedad grave cuando exigía una consecuencia, que él sabía dedicarle a aquel personificar un ser viviente y activo, sintiendo y pensando.

No se cansaba de repetirlo, cual si lo quisiera meter como una cuña en la cabeza de los otros y le daba una solemnidad y un énfasis inconsciente a sus frases, sin perjuicio que en el fondo era, tanto como sincero, sencillo y bueno.

Sus convicciones profundas y arraigadas, en su temperamento ardiente, lo volvían un fanático y era encontrar quien lo contradijera o trenzarse en discusión, que abandonaba la ocupación en que se encontrara y no volvía a ella hasta hacer enmudecer al contrincante o terminar la controversia levantando los brazos al cielo, tomándolo por testigo de la “cerrazón” del contrario.

Afirmaba a voz en cuello y viniera o no al caso:

—¡Yo soy un hombre libre!

Y a fe que lo era.

Naturista convencido y practicante, vivía con cuatro verduras, —que ahora él mismo había empezado a plantar,— con unos gramos de fruta y miel y unos vintenes de pan integral, diarios.

No gastaba en ropa, que en su casa, invierno y verano andaba semi-desnudo, ni en barbero, que se amañaba a rebanarse la greña, dejando las más de las veces que su barba áspera, hirsuta, multicolor —rubia, castaña, colorada y negra— creciera a gusto, semejándose más que a un adorno piloso a un lomo de erizo.

—La botica no me va a robar un centésimo, se

jactaba, ni la cochina prensa burguesa me va a distraer un minuto que puedo destinar a algo siempre más digno que emburrarse de mentiras.

Poseía varios oficios, que ejercía cuando se presentaba la ocasión.

Era pintor, electricista, medio mecánico, arreglaba máquinas y primus, entendía de flores y decoración de jardines y, lo principal, era jaulero, ocupación de la que preferentemente vivía.

Remarcábase cierta contradicción entre su trabajo de construir cárceles para los pájaros, siendo él tan amigo de la libertad, pero se defendía con un fácil sofisma, que, en general, nuestros prójimos hallan con facilidad el medio de justificar los más chocantes renunciamientos:

—Si dejando yo de hacer jaulas, no persiguieran más a las aves, renunciaría a mi oficio.

Sabadell también fabricaba cometas, pero esto lo hacía desinteresadamente, como recetaba sus baños, sus tizanas y sus vendajes hidroterápicos o sus curas de sol.

Y si en lo segundo podía hacer peso un subterráneo propósito de crearse adeptos, de propagar sus creencias, en lo otro existía como una necesidad de dilatar un rincón de niño que le restara en el alma y de apurar los mismos goces puros e inocentes que veía reflejarse en sus abundantes parroquianos.

Sus aéreos barriletes, sus estrellas, sus luceros, sus barcos de alegres colores, de colas ágiles, de flecos zumbadores, pronto le granjearon la unánime simpatía y admiración de la botijada del barrio.

El afecto de los mayores lo conquistaba con su buena voluntad para prestar un servicio, para ayudar en cualquier menester.

Ahora, en cuanto a dar un consejo o una receta para aliviar una dolencia o a ir a cuidar o a hacer una aplicación a un enfermo, aquello ya era para él un apostolado, lo tomaba como un deber, observaba todas las solicitudes de un padre o de un hermano, aunque chocaba a veces su despierta actitud proselitista, a menudo tan falta de política como sobrada de suficiencia.

Pero él era así, de una pieza.

Poseía su buena colección de libros y folletos —en general de propaganda— y como sus tareas le dejaban bastante tiempo libre y le agradaba la compañía y la discusión, la enramadita —bajo la cual transcurrían sus horas de labor, alisando maderitas, pintándolas y doblando los lustrosos alambres de sus jaulas,— se veía concurrida con la presencia de Lalito, de Jesucristo —que continuamente estaba dando parte de enfermo en su Comisaría— del italiano silletero, que tenía sus pujos de socialista, y del paisanito tuberculoso, que miraba triste a los circunstantes, oía silencioso las controversias, mientras tosía y tosía desgarradoramente.

Esos eran los concurrentes habituales, pero no faltaba nunca algún jovenzuelo que paraba la oreja ante las novedades que se exponían. El eriollo estibador se arimaba a la rueda cuando le era posible y a menudo asistían a las reuniones desconocidas, que parecían ser correligionarios del dueño de casa, que venían en procura de un apoyo a sus ideas y quizá una restauración a sus fuerzas, pues, casi siempre demostraban ser muy buenos clientes de los boniatos asados que preponderaban en la alimentación del catalán.

Las bochas

Una bocina aúlla desesperada, lamentando que no se machuque, exprima y martirice más ese día la carne proletaria.

Los maragullones, que han cumplido su proficua caza marina, volviendo a los sauces de las lagunas del Parque Durandean, inciden una fugaz teoría decorativa en el cielo dorado de crepúsculo como en un biombo japonés.

Los árboles se azulan, empollando polvo de sombra.

De dos o tres puntos, aprovechando la vulnerabilidad de las anchas calmas de la tarde, irrumpen trepidantes rumores de klaxones, de rodados, de motores, que, tras las paredes transparentes de la distancia, resuellan el sacudido dinamismo de la ciudad.

La calma se ahonda como una saudade.

En el aire de gasa florece la poesía del alma de las cosas.

La hora se vuelve más idílica con el mugido largo de una vaca nostálgica de la querencia y el grito premioso y deshinchado de una voz maternal que clama por un pergenio, que se dijera extraviado entre los descomunales peligros de las leyendas.

Las colinas de arena, los árboles cuyas hojas murmuran, los ranchos, que ennegrecen y ahondan los ojos

de las ventanas, todo se prepara como para una transfiguración.

Hay un minuto mágico de inminencia de suceso sobrenatural.

¿Qué va a suceder?

Es el instante de la poesía y el sueño.

¡Vamos a asistir al milagroso nacimiento de las estrellas!

.....

Entre tanto ha aparecido don Juan, robusto, sanguíneo, despechugado; los brazos al aire —haga frío o calor. Trae una sonrisa —como un clavel— en la boca. Al hombro una bolsa, con una preciosa cosecha de frutos, los nueve cocos negros de las bochas, cuidadas como otros cuidan la prole.

Se detiene ante uno de los endebles portoneitos de tela de araña, y grita:

—¡Don Benito! ¡Eh, don Benito!

Este ha de aparecer, mostrando en el rostro carmínico anaranjado de sol el júbilo de sus dientes fuertes, el chispear de sus ojillos claros.

Como don Juan, ha trabajado, se ha reventado todo el santo día en los más variados quehaceres, pero es un niño fresco ante el reclamo del juego.

La hora, los gritos, la cotidiana costumbre han hecho aparecer como un conjuro a Nicola, otro compañero infaltable y a don Dionisio que, muy envuelto en roja faja vasea medio cuerpo, de arrastro las chancletas, trae a remolque su reumática pierna, cuyos continuos dolores no le impiden ser socarrón, dicharachero y quizá lo predisponen a marcarse en su característica de puteador de grueso calibre, de puteador idealista, desinteresado, vocacional.

Así como Nicola sonríe con su carota pétrea de máscara griega y despacha escasas palabras por su enorme boca de rictus casi invariable, don Dionisio putea.

Por que sí, por que no, por que quién sabe?, —como en el cuento del italiano,— hasta por higos verdes.

Si una cosa le sale bien, si le falla, si llueve, si calienta o se nubla el sol, etc., etc., todos son pretextos, justificativos y razones para que este académico del juramento y campeón de la escatología, exhiba su verbal riqueza expresiva.

Puntúa, subraya, acentúa su discurso con su ingente y espectacular provisión de interjecciones.

Las posee de un graficismo, de una fuerza, de una eficacia, de una originalidad, que es pasmo, asombro y admiración de los entendidos.

¡Este don Dionisio, artista de la puteada y el insulto, que se distingue netamente en su buen humor y es un júpiter tonante en sus broncas y en el paroxismo del culto que rinde a su tocayo mitológico, el alegre dios de los pámpanos... Que don Dionisio, será cojo, ¡por Baco!, pero no es manco... para doblar el codo.

□

Esos cuatro hombres diversos no tardan un minuto en acordar la partida y, a los pocos momentos, —en campo que varía según las alternativas del tiempo, pues no poseen cancha oficial,— empiezan su prolija y matemática lidia.

Hay que ver la arrimada clásica; la precisión de los arrastres, que agachan al jugador hasta el suelo; las apuntadas, cerrando un ojo, cuando don Juan, movido por el resorte de un envión, con tres elásticos saltos de jaguar, dispara su proyectil esférico que elige el

“pichín” o la bocha contraria para marcar un chanta tres o un chanta cuatro.

A la expectativa ansiosa ante la jugada, sucede el comentario pintoresco.

Don Benito atribuye el desacierto —si lo hay— a una imprecisión de cálculo, a un error de distancia, a un último rayo de sol que lo encandila... Culpa a un “bostezo”, a un salto imprevisto que un accidente del piso ha provocado a su bocha, que pasa por arriba de la contraria.

Ya es don Dionisio, que grita que “por un pelo no es melena” y rubrica la expresión sutil con un rosario de ajos y cebollas, que tiembla la tierra.

Los jugadores no tienen prisa.

Veteranos, avezados, estudian las jugadas, miran y remiran; calculan las posibilidades y se acercan unánimes cautelosos y graves, cuando una alternativa difícil motiva dudas sobre un tanto.

Un golpe de vista y se opina.

La mirada entendida compara hasta el milímetro.

La rayada,... la lisa...

Pero aun se recurre a la cuarta, al gemo y los dedos o el palito que mide parsimoniosamente y es el árbitro definitivo.

Sin “calentarlos”, el juego los entusiasma, los exalta y los apasiona, y eso que al decir del académico:

—Por la archiputísima madre que nos recontra mil parió!, no jugamos ni por un vaso 'e vino.

La partida tiene espectadores y comentaristas.

La gente ha vuelto del trabajo, dispone de tiempo y obedeciendo a la característica nacional ya está en tren de volverse hincha de una de las parejas...

.....

La tarde se ha cerrado fugaz como una sensitiva de colores.

Ellos continúan impertérritos, bocha va y bocha viene, hasta que, como fantasmas o aparecidos, en el paisaje negro, vagan, se pierden, nadando en la sombra, distinguiéndose por el choque seco de las maderas, las habituales expresiones de sus comentarios y las rojas estrellas de fuego de sus cigarros.

Un baile

Los vecinos se soportan bastante bien, viviendo en una discreta armonía.

Aparte de doña Beriluna, amurallada en su privilegiada categoría de mantenida por el Estado, que en el fondo es el Pueblo, —y en resumidas cuentas somos nosotros, los que agachamos el lomo, como concluía Sabadell,— los demás fraternizan en sus encuentros, en las conversaciones a través de los cercos, se toleran las más o menos frecuentes incursiones de las gallinas y, en recíprocas gentilezas, se prestan esos pequeños servicios a los cuales se ven obligados los pobres.

Un chiquilín de doña Esta va a lo de misia Aquella.

—Manda decir mi mama si tiene un diente de ajo qui haga el favor de prestarle, que después se lo va devolver.

O las planchas o la podadora...

O una cebolla o unas ramitas de perejil...

Algún domingo un gurí va haciendo equilibrios de un rancho a otro, llevando un plato de raviolos con que se hace o se paga un obsequio y no falta tarde lluviosa y fría en que el gaucho viejo no invite a comer chicharrones calientes o ya es doña Fermina la que hace tortas fritas y amontona un cardumen de muchachas alegres y jaraneras alrededor de su mate dulce.

Otro lugar de cita obligada es el de las peregrinaciones crepusculares a "la bomba", como denominan vulgarmente al surtidor público de las aguas corrientes, donde el pobrerío, por lo menos, encuentra el agua gratis. Gratis, aunque no fácil, pues a su alrededor se aglomera tanta gente que, especialmente en verano, deben aguardar turno hasta muy entrada la noche.

Cuando empieza a bajar el sol, con los recipientes más variados, van cayendo los vecinos.

Damajuanas, baldes, latas de aceite, jarras; latas de kerosene con un asa de alambre, traídas entre dos en un palo, arrastradas en un carrito que parece de juguete... citan —en procura del líquido esencial— a los representantes de todas las casitas del contorno.

Aquello se transforma en la plaza, en la feria, en el diario hablado, en el corazón sensible del barrio.

Es fácil divulgar desde allí una versión, una noticia, un acuerdo.

Y que decir de esa tierra, magníficamente abonada, para que prendiese y se reprodujera exuberantemente una mala suposición, un comentario equívoco, una hablilla de esas cuya fuente se ignora y tiene la virtud de cambiar, desfigurarse, agigantarse al saltar de unos labios a otros.

Aunque diese mal resultado, era loable aquella ágora democrática donde, codeándose, los pobladores cercanos tenían mayor oportunidad de conocerse y quizá entenderse.

Hasta Lalo, —contagiado al parecer de las ideas del catalán o por lo menos independizado de los ranchos prejuicios maternos,— aparecía por allí, donde podía ver a Cora o a alguna otra pebeta a quien intentaba arrastrar el ala...

Allí doña Fermina, madre afortunada de las dos lindas criollitas, anuncia el baile, que se propone realizar el sábado en su casa, despidiendo a Camila, que se emplea en el centro.

Porque una orquesta era muy cara, no se resolvían a contratar música de profesionales, pero le iban a pedir al estibador que llevara su guitarra y como habían descubierto una nueva habilidad de Sabadell, que tocaba cualquier pieza de música con un peine y un papel de seda, ya tenían con que "dar unas vueltas en familia".

La fiesta iba a resultar mejor de lo que se esperaba, pues Lalo, muy cumplido, se ofrece para llevar el fonógrafo de su casa, pidiendo sólo en compensación que "le saquen permiso" a la gringuita, pues si el padre anda en la mala es capaz de no dejarla ir.

La mandan buscar a la hermana del enfermo, que está de mucama fina en Pocitos; en el trabajo, disfrazada con un uniforme de terciopelo negro y una encrepada coronita de espuma de puntillas en la cabeza y, cuando sale a la calle, de sombrero, guantes, cartera y tacos altos, no se diferencia de las señoritas hijas de los patrones.

Se suman a ésta, dos mocitas de una lavandera, una tercera de otra, las gringas del silletero, las muchachas de la casa y las mamás.

Juanita Correa, acompañada de su esposo y unos amigos de éste, —pues se necesitan "piernas" para la danza,— se viene con el traje de casamiento, completándose, con los mozos del barrio, una reunión que manda fuerza.

Los jóvenes (la juventud siempre es exagerada, porque la sangre le hierve más pronto que la del elá-

sico San Genaro milagroso) se exceden un poco en el quebrarse demasiado en los tangos, en pegarse con exceso a la pareja para no perder el compás y en el descubrir —demasiado a menudo— que la muchacha se fatiga mucho, lo que los impulsa a sacarla a tomar el fresco, demorándose, en oportunidades, más de la cuenta.

.....

Bueno, es que esa noche hacía un calor que invitaba a estirarse plácidamente sobre la hierba fresca, perfumada y muelle.

Natural que siempre hay gente mal entretenida capaz de estar reloj en mano para tomarle el tiempo a un casalcito que sale a mirar las estrellas.

Hay quien cultiva los malos pensamientos.

Las lenguas se mueven...

Surgen las suposiciones de los mal pensados...

En fin...

.....

Por lo demás si Lalo, celoso, se peleó con Cora —la cual despechada se arregló con Ramón— encontró un natural equilibrio acomodándose con Inesita, la más chica de las hijas de la dueña de casa, que le probó inmediatamente que sabía querer y no andaba con remilgos y "lo v-i-a consultar con mi mamá"...

La fiesta no decayó en entusiasmo en toda la noche.

En la habitación reducida, de desparejo piso de tablas, en la cual los danzarines giraban sudorosos, mudos y apeñuscados, resonaba tanto el taconeo de las parejas, que a veces ni siquiera se sentía el gangoso rezongo musical del fonógrafo.

Era lo de menos.

La cuestión era girar, más o menos rítmicamente, incrustado en la compañera como un mejillón en un peñasco.

Tal es así que como el repertorio de discos con bailables era reducido, sucedió que después de sobar valeses, machichas, tangos y rancheras, Lalito, que con unos vasos de cerveza tenía ribetes de humorista, puso el Coro de los Herreros del "Trovatore" de Verdi, traduciéndose a marcha solemne —muy bien bailada, por otra parte— el melodioso repiquetear de los martillos sobre los yunques.

Los cercos

Al barrio le nace un alma de pueblo en el apretado verdor de los cercos.

A los postes desaparejos y a los alambres áridos, la naturaleza les cuelga frescos mantos de hojas, a los cuales las primaveras esmaltan con las flores azules, violetas y lilas de las campanillas, o las decoran de blancas estrellas, en las cloróticas y enormes corolas de los Don Diego de Noche o en las diminutas y perfumadas de los jazmines del país.

Más allá los taxes, los mburucujacs, lucen sus flores o sus frutos; exhalan sus aromas, protegiendo las casitas de las miradas indiscretas, prestándose —sin embargo— de atalaya por donde se filtra la curiosidad de sus dueños... De las viejas que —mientras chupan su mate dulce y mastican sus "pancitos" con grasa— andan refistoleando; de las mozas, que todo lo quieren saber...

.....
Quizá porque en el portoncito las ven desde el rancho o es más difícil sustraerse a la vigilancia paterna o porque no hay sitio sino para una de las muchachas, las dragonas, las novias, tienen sus entrevistas con sus rondadores o sus elegidos por sobre los rústicos cercos o a través de improvisados ventanecos entreabiertos en el hojerío.

Dulces promesas, juramentos románticos, ternuras acendradas, se confunden con el cuchicheo de las hojas que agita la brisa y es posible que, por cada beso enamorado que cambian los juveniles labios ardientes, nazca una flor de esas que amontonan color y perfume sobre los curvos y verdes hombros de los cercos.

Como los árboles, como el maravilloso palio del cielo, como las suaves calles de tierra —blandas de grama— estos leves, ingrátidos muros de verdura florida están como invitando a que la vida se encauce en un río cordial de armonía y de amor.

La lucha cotidiana, áspera y sin tregua, irrita y encona las almas, pero no es la naturaleza la madrastra avara de sus dones, es la sociedad, movida por el egoísmo de los hombres.

Por eso de todo esto se desprende un himno de ternura y de amor.

Los cercos parece que supieran que pueden hacer bien y se desangran generosamente en esos cálices de seda brillante y perfumada.

□

En la hora matinal, pese a los reacios a la belleza, a los indiferentes a su encanto purísimo, a los que un velo de preocupaciones y hasta de dolor enturbia su visión, sin hacer distinciones, con una emparejadora igualdad amorosa, estallan en el verso de color de su mejor poema y alargan a todos los ojos su poesía.

.....

Cercos del barrio que, en la mañana y en la tarde-cita, cantan por las múltiples bocas de las flores una humilde canción de pueblo.

La virazón

El barrio es apartado, tranquilo, laborioso.

Tiene horas de quietud casi perfecta, cuando todo el mundo está en sus faenas u ocupaciones.

Por eso, uno de sus extremos se vuelve el sitio ideal para el escondrijo del rancho o la "casita" de solteros.

Por allí se alquila una casilla escondida entre un exuberante bosquecillo de acacias y ligustres: tiene hasta un ancho portón, propicio a la entrada de autos.

Un mozo que seguía una tarde a una chiquilina, lo descubre.

Le pasa la palabra a los compinches.

—Una cosa macanuda para "programas".

La toman de inmediato.

Un camión se trae dos juegos de muebles nuevos y buenos, con ropero de espejo y t ualet, poltronas, unos cuadros —láminas de revistas picaresecas con féminas en la intimidad— y alguna chuchería, mesitas, almohadones, floreros, que dará idea de confort y de lujo, porque ya sabemos que ese elemento que requiere cierto marco que es necesario preparar.

.....

La patota, con las milongas correspondientes, inaugura la sede con guitarreos y cuchipanda.

El escándalo es regularcito .

Cantos y gritos resuenan toda la tarde hasta preocupar un tanto al vecindario, que, en Jesucristo, que lleva la palabra del orden, encarnando la protesta, se vuelve una violencia agresiva proclamando la necesidad de una acción en común para expulsar por la fuerza a la manatada indecente y bochinchera.

En realidad llegan a ciertos extremos condenables, pues a raíz de un ruidoso concurso eligiendo reina de la fiesta a una de las fáciles damiselas de la asamblea, resuelven izar en el palo de la bandera de la casilla su linda, leve y diminuta camisa de seda color verde mar...

Es explicable la reacción del vecindario.

La indignación crece, tomando mal cariz.

Pero Sabadellí, que habla despectivamente de la morralla dorada, pese a lo que se podía suponer, es quien provoca el vuelco de la tolerancia.

—¡Bah, bah... todo el mundo hace sus porquerías... Ellos cayeron en este rincón de la misma manera como le sale a uno un grano en cualquier parte del cuerpo... Esas no son provocaciones, son pavadas... Para darles una lección se necesitaría una solidaridad general y cuando esto se consiga, otras son las patadas que hay que dar!... Mientras no se metan con nosotros, que se traigan hembras, que se emborrachen... A ellos no los vamos a corregir ni a moralizar... Son unos corrompidos; en una de esas hasta unos degenerados. Es el ambiente. El fruto de la sociedad. Tienen derecho a arrastrarse a la cueva a las burguesitas recalentadas, que obedecen a la necesidad de desahogarse, como lo mandan las leyes de la Naturaleza.

—Sí, pero agarrarnos a nosotros de... de...

Qué ganas de decir "alcagüetes", pero le parecía a Jesucristo que no era la frase exacta, virulenta y expresiva que se necesitaba, y volvió a repetirla.

Ramón continúa, cual si estuviese dictando una conferencia:

—No es que ellos conozcan, admitan y practiquen el amor libre, pero —en el fondo— el resultado es el mismo.

Las mujeres del oficio son, casi se puede decir, pobres proletarias, como nosotros. A las otras, a las llamadas decentes, se les abren más los horizontes.

—Usted lo dice en joda, compañero; yo sé lo que se les abre.

—Me refiero a su diferente manera de estimar la moral.

—Diga lo que diga, insiste el guardia civil, nuestras familias...

Pero el catalán le corta el mojigato resuello:

—Mire, don Jesucristo, los hombres son los hombres. Si a usted le parece vamos a no meternos en los asuntos ajenos, así como no nos gusta que se metan en los nuestros.

Y quedan en eso.

□

Los mozos, obedientes al proceso de sus juventudes despreocupadas y desaprensivas, con ese dualismo de una moral gazmoña en lo que afecta o interesa a lo propio y una amoralidad y un libertinaje sin freno para aplicar a los demás; con la manga ancha para lo que beneficie o satisfaga todos y cada uno de sus apetitos, utilizan la casita para sus más o menos inescrupulosos e inconfesables fines.

Pescan con el anzuelo de las promesas matrimoniales; con los regalitos o el vanidoso relumbrón del auto; con sus figuras estilizadas, limpiatas, bien habladas y mejor trajeadas de mozos bien.

Vienen misteriosamente con damas veladas...

Vienen descaradamente con chicas audaces, que lo desafían todo, como jactándose de hacer su sacrosanta voluntad...

Vienen a engullir raviolos, a devorar corderos, a emborracharse, a discutir con una pasión y una exaltación enfermiza sobre el tiempo que dan los caballos de Maroñas, sobre la desoladora estupidez de la supremacía de Nacional y Peñarol o sobre esa discrepancia fofa y mal oliente de los partidos políticos, los blancos y los colorados, que, como garrapatas insaciables, siguen prendidas, glotonas y excluyentes, en el lomo de la res... pública.

Arrastran a la casita a alguna esposa insatisfecha; a alguna señoritinga romántica, que suspira en espera de un alma afín y un contacto de espíritu superior, que satisfaga sus indefinidas aspiraciones de incomprendida... y, como cuando no hay pan buenas son tortas, cuando ralean las conquistas y las almas selectas, recurren a cualquier yiranta o a alguna condescendiente profesional de cabaret.

Cuando se habló de encontrarle una denominación al refugio, surgieron títulos innúmeros, en general cursis o procaces, pero alguien —más que refiriéndose al salto-térmico del vienteillo marino, llamando la atención sobre el cambiante humor de las mujeres— propuso “La Virazón”...

... El nombre cayó en gracia, y se aceptó.

Como vimos, les gustó hasta a los muchachos del football.

.....

“La Virazón” termina por ser una piedra de toque para templar la exterior o visible honestidad del barrio.

Doña Beriluna por poco se santigua cuando pasa por sus inmediaciones o siente nombrarla.

A algunas muchachitas se les van los ojos tras su follaje y casi todas las miradas andan por allí, espiando, filiendo a las visitantes que, —entre dos luces,— vienen en automóvil... A las que —con los múltiples pretextos de sus salidas a misa, a clase, a la academia— llegan por la mañana, a la siesta, de tarde.

Como las cloacas, las tabernas, los prostíbulos, la ciudad necesita ese desagüe que, al margen de las acartonadas conveniencias sociales, haciéndole una martingala habilidosa a la consagrada e hipócrita moral burguesa, intenta corregir o enmendar esa plana embrollada, ilógica y contradictoria del amor.

A veces se desarrolla por allí un paso de comedia, con un marido que no puede sorprender a una esposa adúltera; un cuadro de sainete, con un cajetilla al cual la mamá le da por llorar traiciones y penas más o menos reales.

De pronto pega un zarpazo el drama, echa un ramalazo de sombra y de sangre la tragedia: dos rivales intentan matarse; una chica, que comprende demasiado tarde que ha caído en las uñas de un canalla, resuelve suicidarse y es necesario que la Asistencia Pública inquiete el corazón del barrio, que naturalmente, es noble, curioso y sentimental.

—Los burgueses se divierten... Los burgueses juegan a la vida; toman el mundo por vaina, sonrín Sabadell...

Pero, de pronto se agría su gesto, una virazón de odio, de rabia y de desprecio le rebosa la boca de malas palabras:

—¡Hijos de puta, inconscientes!, pero un día se les va a acabar!, sentencia, áspero y sibilino.

Chismes

Como en el cuidado jardín se atreve la mala hierba o en el prado la ortiga que hiere o el "pelo de perro" hirsuto, tenaz e inútil, en las imprevistas asambleas de la "bomba", en las entrevistas callejeras, en las visitas o en los bailes, aparece —como una venenosa floración— lo único definitivamente condenable del barrio, las habladurías.

En aquel microcosmos alientan las eternas pasiones y las eternas debilidades humanas, quizá acentuadas por la falta de control, de quienes ni siquiera tienen noción de ello y vueltas más dominadoras y absorbentes por la unilateralidad de las almas.

Cosas chicas para el mundo, en la frase del poeta criollo y que, por la misma razón, necesitan ese pulular malsano de reñores, puntillos, envidias y celosos resquemores de amor, para una vida, que no por enana, deja de poseer un perfil y una importancia.

Nuestro romántico idealismo querría que todos esos espíritus sintiesen levantados impulsos, aspiraciones nobles, anhelos heroicos, pero mientras alguien lo justifica, expresando: "es así la vida...", otros vemos en ese alentar disminuido y triste, la consecuencia del ambiente, de la miseria, de la incultura, de la ignorancia.

□

Entre tanto las comadres menean lengua, con un

especial placer de inventar versiones, de repetir los dichos, convenientemente aderezados, corregidos y deformados.

No falta la solterona o la poco agraciada, que se vuelve áspera y vigilante custodia de la moral, porque incapaz de despertar interés y a fin de valorizar el tesoro de su decencia, ha de ver agigantados los más veniales pecadillos de las vecinas y ha de suponer escandalosas novelas naciendo del simple saludo de dos personas de opuesto sexo.

Otras "charlan" obedeciendo a instintiva cuestión de táctica defensiva. Cuantos más chismes se lanzan al ruedo, más se diversifican y se diluyen los que pasan de boca en boca, como un hueso que se disputan los perros.

Así doña Fermina, para contrarrestar los "falsos" que se levantan sobre sus pimpollos, no tiene inconveniente en poner como un trazo a Cora y a su hermanita, las cuales, según su autorizada afirmación, —¡las vi con mis propios ojos! — habían batido el record de las dilatadas salidas la noche del baile.

—¿Qué iban a hacer?, se interroga hecha un basileo. Y ella misma se responde en un precipitado mascullar de las frases:

—Yo no sé, y frunciendo los labios entre despectiva y condenatoria: ... Pero si la gringa grandota, esa estúpida, con el pretexto de que Lalito, —pobre Lalito— qué joven tan fino, un día que se divierte, bailaba o no bailaba con mi menoreita, q' es la inocencia en persona, en buena hora lo diga, era del caso que ella no se separaba del catalán, que con su pan se lo coma... Pero que no se ponga a hablar de los otros, porque, cuando se apagó la lámpara y a ella se la tragó la

noche bien sabemos a dónde se fué... Y no valen pretextos de buscar el gas etileno...

¡Y la otra más chica!, ¡qué me dice? Parecía una mosquita muerta y todo el mundo la ha visto que anda con el Cristo de Plata. ¡Alabado sea Dios, un hombre casado! Ya no hay respeto para nada. Ni que viviéramos entre infieles. Mis muchachas, —Dios las libre!,— no novean con hombres con compromiso. Es verdad que su señora es negra y todo, pero es la esposa legítima y es muy güena, no despreciando a los presentes.

Y las barbaridades que hizo él, que hasta le pegó a su mujer porque le hizo una reflexión!

Efectivamente, Jesueristo, que estaba en sus mejores momentos, no se cansaba de repetir mientras —en los cortes del tango— doblaba a su compañera, cual si la fuese a partir por el medio:

—¡Linda cosa el baile!... Y más así, si es familiar y decente...

El, que ya había obtenido los favores de la condescendiente Cora, disponiendo de sobrados ocios para dedicarse a donjuanear, le había echado el ojo a la gringuita chica y para no perder pieza del baile, a cada momento llevaba un amigo para que sacase a dar unas vueltas a su señora.

Juanita Correa era naturalmente celosa, y ahora con sobrada razón, y de ahí surgió el incidente.

La esposa le echó en cara y le afeó su proceder. Lo hizo con cierta altanería y en un tono de reproche y crítica inaguantables.

Estaba mal la infidelidad, pero además se daba un bochornoso ejemplo en el barrio, donde él se había hecho el interesante a propósito de "La Virazón", todo

ello sumado al abuso que significaba meterse con una menor...

¡Y un hombre que, dado su estado, lo primero que debía hacer era pensar en su casa!

Jesueristo, para hacer primar sus razones y sus derechos no supo recurrir a otros procedimientos que a los tan radicales y expeditivos de la fuerza bruta: le aplicó un contundente soplamocos a su consorte y la llevó a tirones a su domicilio, donde la dejó encerrada con llave.

Entre tanto se desahogaba vociferando:

—¡Yo le voy a enseñar quien soy yo! ¡Porque yo soy muy macho! ¡Muy macho, aquí y a dónde quiera! Y donde están mis pantalones no ronca ninguna pollera! ¡No faltaba más!

Y otras cuantas expresiones enérgicas, desafiantes y agresivas, que iban in cresecendo bajo la invisible batuta del alcohol.

Y se volvió al baile a continuar su conquista.

□

Lo de Cora era diferente.

Imprevisto para sus suposiciones.

Ella creía que sus picos pardos con Ramón, iban a terminar en la arena, quizá lo deducía pensando en la copla:

"El amor de las mujeres
es escribir en el agua
y echar firmas en la arena."

Pero no, el hombre de ideas, que por principio tomaba muy en serio todas sus cosas y que era un decidido partidario del amor libre, la instó a "hacer vida" con él, y ella tuvo necesidad de pelearse con Lalo para prepararse el terreno.

.....

También se propaló que Trinidad —así se llamaba la hija bonita del viejo gaucho— mantenía una relación sospechosa en el centro.

Los charlatanes se escudaban en el refrán: cuando el río suena... Y la verdad o la fantasía pasaba a la circulación sin esa reserva o discreción que puede evitar esos galimatías de: dice Fulana que le contó Mengana, que le dijeron de buena fuente..., que en oportunidades sólo lo desenredan o echan sobre él una sombra inescrutable, las afiladas y venenosas uñas de la tragedia.

.....
Lalito, el pobre!, se había encamotado con Inés, pues el despecho, que lo llevó a ella en el primer momento de la desavenencia con Cora, se transformó en fogoso e irrefrenable amor y el día que Misia Beriluna debía ir a la Caja Nacional de Ahorros y Deseuentos, —ella todavía la llamaba Monte de Piedad,— a cobrar la pensión, se enfermó “que no sabía lo que tenía” y le gimoteó a la tía o mamita o lo que fuera:

—Esta mañana tuve una especie de vahído y no quisiera quedarme solo... Por si preciso algo... Tú debías llamarme a algún vecino cercano, de al lado

—El Sabadell ese, prefiero que no ponga los pies en casa .

—Y entonces?

—Si querés te la llamo a doña Fermina.

—Callate, que me marea con su charla... y después incomodarla.

—Y qué hacemos? Entonces no voy al Monte.

—No, mirá, pedile que me la mande a Inésita.

.....
Lalito hubiera querido que aquello lo viese todo el barrio.

El tenía que rehabilitarse.

Era público y notorio que le habían birlado la dama.

Pero, sobre eso, ya había demostrado que a Cora le daba la importancia que a su primer camisa, no dejando de ir a las reuniones de Ramón, donde —de tardecita— continuaban charlando el estibador, Jesucristo, el enfermo y algún otro vecino, mientras ella, la muy desfachatada, como una gran señora de su casa, iba y venía con el mate.

—□□□—

Las ranitas verdes

Mientras la porcelana azul del cielo luce sin la más mínima mancha de una nube; mientras brilla el sol de oro y cantan las cigarras, y los churrinches arden, escarlatas llamitas vivas, en los postes y en los alambres zumbadores; mientras las tardes se desmayan en los brazos lánguidos de los crepúsculos, nadie sabe de la existencia de las ranitas verdes; el mundo no conoce su encanto, su don y su milagro.

Pero, de pronto en el plumón blanco de la nube, en el eje roto de la tarde, en el puñado de ceniza que nubla el ojo del sol, surge su canto que, como una saeta, vuela a horadar el odre de las nubes infladas de agua.

No se sabe donde están, de donde vienen las ranitas verdes.

Nacen quizá de la esperanza de los pobres, de las súplicas, de la amargura de los que esperan todo de la divina indiferencia de los cielos.

Una hoja nueva, fresca y verde, que se ha condo- lido del dolor de la tierra, de ese pecho que arde y se agrieta bajo el fuego del sol, es la que canta, es la que llama a la nube opaca y grávida y apaga el sol y empolva de gris la tarde y desata con su canción de palillos y cristales los largos y finos hilos de la lluvia.

Todas las bocas ansiosas, la de la tierra parda, la

de los pequeños surcos ardidados, la de los sauces sedien- tos, la de las plantas mustias, la de los pastos y la del arroyo, están latentes en el ritmo de la ranita verde, que es la transparente hojita de un árbol y que, luego de cumplida su misión, se va a volver de nuevo una hoja de tantas, hermana de las otras.

Las hojas saben que una vez cada una, han de ser la ranita verde que canta y anuncia la providencia de la lluvia y siempre están inquietas, moviéndose impa- cientes, esperando ser las elegidas.

Los chiquillos que ignoran la transformación mila- grosa, corean:

“Que llueva, que llueva,
que el sapo está en la cueva!”

¿Qué? ¿No saben tampoco que es todo lo contrario? ¿Qué cuando va a llover el sapo jardinero surca su mundo, porque los insectos se agitan sobre la tierra y salen a la puerta de los hormigueros, las hormigas rei- nas, gordas y lustrosas, que los sapos barren de un golpe subitáneo con la guadaña de su larga lengua pegajosa y roja?

¡Llueve!

En la historia del barrio tenía que entrar este canto a la lluvia de estío y a su precursora, a su anun- ciadora, la ranita verde, cuyo mimetismo la hace con- fundir con una hoja.

La lluvia es un regalo para el barrio, para el pobre, para las plantas.

La lluvia es un regalo para los niños que salen felices a mojarse, a corretear por los ágiles aroyuelos turbios y que empiezan a amasar el barro dócil con que crean sus armas de guerra, sus barcos, sus animales, sus grotescos y encantadores monigotes.

Lluvia de verano, alegre ruidosa, que lustra los árboles, las hortalizas, las flores, los ranchos, las calles y repiquetea juguetonamente en el lomo de cine de las casillas, ahora coquetonamente barnizadas con lucientes colores húmedos.

Jesucristo abandona el instituto policial

Juanita Correa estaba justamente indignada con el bárbaro proceder de su marido... pero si le quedaba un adarme de libre juicio, fuerza le era reconocer que Valabrán era —en el fondo...— bien bueno, un pedazo de pan.

Los mimos y los cuidados que le dispensaba cuando ella volvía de la colocación; los bizcochitos, que expresamente para ella, le encargaba al panadero; el mate dulce, cortesmente cebado por él y las caricias y palabritas lisonjeras, ¿no valían nada entonces?

Aquel lenguaje rendido y amoroso, que a pesar de costar tan poco rinde tan alto interés...

—Morochita querida; tesoro d' él, si ha cansau mucho hoy? El maridito no la va molestar más, queriéndola?

—Y santita, y cosita, y golosina y una inagotable copia de arrumacos y tengue -lengues, que dejaban chiquita a la legendaria música de las sirenas.

Asimismo el no dejarla levantar los días que ella tenía libre o cuando los patrones iban de paseo a Buenos Aires o a veranear a Punta del Este.

Entonces la servía en la cama, le ponía pena si se levantaba si hacía frío y él mismo iba a la cocina; se

encargaba del almuerzo y la cena, barría y hasta lavaba los platos.

¡Una monada!

Natural que aquello no sucedía siempre, pero daba la pauta de su buena voluntad —que a veces no pasaba de un aparato...— y servía como para recordar que era un modelo de esposos.

Es verdad que últimamente, cuando el baile en lo de doña Fermina, no se había portado muy bien, porque nadie iba a admitir aquello de hacer conquista con Paulinita, a su vista y paciencia!

Y lo que ya no admitía perdón y excedía la más bien intencionada tolerancia, el remate de la fiesta, era lo de habersele ido la mano, como asimismo el bochorno público de que la sacara del baile poco menos que a tirones!

A Juanita, el sólo recuerdo de las humillantes escenas le encendían la cara en una llamarada de vergüenza, se ahogaba de indignación, se le llenaban los ojos de lágrimas y ante la magnitud de lo acaecido, considerándolo tan “imposible” y fuera de lugar, llegaba a culpar el hecho hasta a la influencia misteriosa y fatal de algún “daño”.

En este tren y en el temor supersticioso de la brujería, se ablandaba, perdonaba, enternecida:

—¡Pobre Jesús!, en una de esas él no tiene la culpa...

Y ya se le ocurrían otros pensamientos favorables a su compañero, prevaleciendo el arraigado prejuicio de los derechos del hombre, de su poder y su autoridad.

Rumiando el problema, iba a los extremos de la contradicción.

Casi lo justificaba.

—Al fin, es mi marido... Y yo le dije algo que no le gustó... Todo el mundo tiene su genio... Y después, si había tomado alguna copita...

Sin proponérselo, sin pensarlo, su cariño la forzaba a ser defensora de quien la maltratará y la ofendiera.

Es probable que su amor se reforzara con aquel concepto extraño y absurdo que hacía de su hombre un ser fuerte y dominador.

Como inconscientemente, rubricó sus cavilaciones afirmando:

—¡Es mi marido!

□

Entre tanto, cuando él, deshecho, a la mañana siguiente del baile, volvió a su hogar, como ella readquiriendo la personalidad ofendida, lo reeriminara y él iniciara una serie de blanduzcas consideraciones, la esposa amenazó:

—Si te sirvo de estorbo no tenés más que decírmelo, que yo sabré lo que me corresponde hacer.

A él no le gustó.

La mujer, considerándose instintivamente en terreno firme, insistió por táctica.

Y Jesucristo que la tomó en serio y que ante la seguridad del derrumbe de su situación, no hubiera titubeado en propinarle una paliza en regla, como le pareció que —por el momento— no era el género que convenía, lamentó compungido:

—¡Gueno, qué le vamoj-hacer, tan feliz que-era uno! ¡Qué v-a-ser de mí? ¡Soy un desgraciau!

Y se sumió en una desesperación muda, muy apropiada al sueño que lo dominaba y a los últimos humos de la borrachera, aun no disipada.

Cuando se la sintió a ella en la falda, sollozando, conformándolo, lloró también, e hicieron las paces.

Ese día él se lo pasó durmiendo y ella solicitó permiso para volver temprano de sus obligaciones.

El continuó alargó su descanso hasta el punto que, habiendo faltado cuarenta y ocho horas a su servicio, se presentó un sargento a averiguar qué le sucedía.

—¿Que es eso, Valabrán?

—Creo serán dolencias pasajeras, mi sargento.

—Ah!, está enfermo? ¿Quiere que le mandemos el doctor?

—¿Le parece?

—En caso contrario hay que aplicarle las disposiciones disciplinarias y va a estar en carácter de detenido por desertor, con imaginaria en la puerta.

—No se andan con chicas, superior.

—Es de orden.

—Pero como yo tengo la contrata terminada...

—Ah, sabandija!, lo que usted anda buscando es la baja.

—¿Cuál baja?... Sí a mí me gustan las regulares...

—¿Zorro viejo!... Pídala en forma pa no ensuciar la foja... Yo creo que usted ya se puede jubilar, no?

—Unos añitos tengo... Vamu a ver...

Y ya le salió el dueño de casa, ceremonioso:

—Pero por qué no se baja, sargento, a tomar unos amarguitos?

.....

Vino el médico que le descubrió una carrada de enfermedades y le dió quince días de licencia.

Cuando terminó ésta ya tenía definitivamente resuelto no matarse más con aquellos plantones, aquellos solazos y los inclementes días invernales de viento y de frío.

Y engrosó el contingente de los Lalos & Cía., pudiendo sacarle bien el jugo a las tibias mañanas, tan suculentas, al decir de los dormilones; demorarse sin preocupación ante los frescos vasos de cerveza de los cafetines y recreos, en las playas, en el Parque Urbano, donde le gustaba recorrer los puestos de diversión, tirando algún tirito al blanco, unas argollas a los cuchillos, comiendo pororó azucarado, churros calientes o fainá y pizza para acompañarlos con unos tacos de vino.

Pudo descabezar unas siestas morrocotudas y luego de ellas vestirse con prolijidad, peinarse y perfumarse, cual si saliera de manos del peluquero, para después, lento, compadre, quebrallón, repartiendo sonrisas y saludos entre los conocidos, ir a lo del silletero, a ver al enfermo o a lo del catalán a tomar unos matecitos, a pasar el rato...

Amistad y alcohol

Parecería que dos tipos tan antagónicos como el italiano silletero y el ex-guardia civil no podrían congeniar jamás.

Pero no era así.

Sucedía todo lo contrario.

El indígena presumido, perezoso, donjuanesco y jugadorazo —desde el medio y medio de las carreras hasta las redoblonas de la quiniela— producto genuino del ambiente, convergía íntegramente hacia el alcohol.

El italiano despreocupado, que ostentaba una virtud por cada vicio del criollo, hallaba su vértice en idéntica sequedad de garguero...

El extranjero era lo que se llama un verdadero burro de carga para el trabajo.

Alisaba prolijo los armazones de madera de sus sillas, tejía habilidoso sus asientos y ahora que se habían puesto de moda aquellas pajas pintadas para fondos y respaldos de sofás y sillones de hall, recibía encargos de hacerlos por docenas y juegos, lo que le daba por resultado hasta poder hacer economías.

Terminados los trabajos comprometidos, salía cargado como un hércules de circo, y se recorría a pie Montevideo, pregonando su mercadería:

¡Silleté!... ¡Sillé!... ¡Silleté!... ¡Sillé!...

... Discutiendo con los clientes, que todo se lo quieren llevar de balde... o fiado; haciendo rebajas y tomando la mañana, el mediodía, la tarde, en todos los boliches propicios, que eran todos los que hallaba en sus giras. La hora del almuerzo lo sorprendía ya en el Puerto, en Paso Molino, en el Cerrito de la Victoria, en Villa Muñoz, donde, sentado en el cordón de la vereda, se comía unas lechugas, unos pepinos, unas rodajas de salchichón y vino, vino bastantito, quizá para equilibrar el frugal piscolabis.

A la vuelta, un tanto accidentada de sus incursiones, bailando las mamúas con la torre de sillas sin vender, pareciendo ahora el hércules equilibrista, cuando llegaba a su casa se lavaba la cara, se asentaba el estómago con unos hinojos, unos apios, o unas cebollas crudas y se ponía a rociar las plantas, ayudado de Mάma, a acomodar la tierra, a arreglar los pabellones de cañas de los porotos o los zarzos de los tomates si era tiempo de éstos.

Antes de la salida del sol, curvo sobre sus almá-cigos o plantando los repolios o los cebollines; mecánico, preciso, absorbido por su tarea, parecía una cosa de la tierra, un dios humilde, oscuro y bueno, que la fecundaba u oficiaba sus ritos creadores.

Jesueristo, cuando mucho, se incomodaba para acercarse a verlo "cinchar".

Ese instintivo prurito de superioridad del criollo, que no quiere estar supeditado al dominio de lo exterior, que tiende a liberarse de los yugos brutales que impone la materia y sus necesidades, esa aparente haraganería, que es una larva del ocio fecundo, de la serenidad del moroso contemplativo —cantada y exaltada por los poetas y los filósofos— le fermentaba a Jesu-

criso en sus fuero interno y lo predisponían al desprecio de aquella forma inferior de actividad.

Sin embargo superaba tal estado espiritual y daba sitio en su alma a la valorización del foráneo y bastardo esfuerzo.

Al expresarle su admiración colmaba de una satisfacción inocente y pura al trabajador, que no se sentía menos halagado cuando el indio compadre, que le robaba de pasada un beso a Paulinita, lo elogiaba:

—Pero lo que yo más almiro es su aguante p'al copetín! Ust'es de ñandubay, don Batista!

Y ahí sí, se volcaba sin tasa y sin límite el entusiasmo y el aplauso del entendido ante la proesa del artista, del maestro!

Esto y alguna invitación:

—Vamu a matar el bichito... haciendo alusión a ese punzar del estómago que creen sentir los bebedores cuando no le han servido su respectiva ración a sus acostumbradas vísceras, los identificaron...

Como el catalán se encontraba con Lalo en la enervada de un filósofo, —que ambos leían y suponemos que ninguno de los dos comprendía,— Nietzsche, ellos hallaban su punto de convergencia en el boliche, y más que por la chiquilina, —pese a la suspicacia de su esposa,— Jesucristo buscaba al silletero por su coincidencia de afición a echarse, si no el mundo, que otros se echan a la espalda, todo el líquido alcohólico de éste entre pecho y espalda.

Excelentes manyines, especialistas reconocidos, cada cual posee sus preferencias; pero ecléticos, gustan todos los grados de la rica escala de licores que se ofrecen a los paladares voluptuosos e insatisfechos.

Primero escollan en sus caprichos.

Como es de imaginarse, el gringo está por el vino; el criollo por la caña.

Discuten interminablemente, aunque la diaiética es monopolizada por el cañista, mientras su contrincante, que parece apagara su entusiasmo como esos fuegos artificiales de sorpresa, testarudo, despierta de su modorra para insistir:

—Mah ii vino é il mecor!

Entre tanto repiten, incansables, las libaciones.

Al italiano se le avivan los recuerdos.

Habla de su aldea, de las ferias, de las campanas, de Vittorio, de Garibaldi.

Sabe que por sus campañas grasas, en las cuales las vides alegran el paisaje con sus guirnaldas, sabe que por allí anduvo el jocundo Baco, que dejara de su paso la eglógica costumbre de los sonoros y alados cantos de las vendimias.

El cobrizo no duda —en su ignorancia— que la caña era oriental —aunque viniese de La Habana— y quizá inventada por el padre Artigas, a cuyo monumento de la Plaza Independencia el único defecto que le encontraba era de que el Precursor no llevara una limeta entre los cojinillos.

Interiormente está a punto de hacer del asunto un problema internacional.

El vino — la caña.

Uruguay — Italia.

A veces se pone cargoso, se le hace un nudo de rabia adentro, pestañea y aprieta los dientes:

—Gringo de m... Qué gana 'e encajarte un mango!

Después, sin transición, salta a la burla:

—Güirfano belinúm, cómo se ve q'estás mamau, que no sabés lo que decís!

Ríen los dos.

Y continúan chupando.

Pero es incómodo estar pidiendo copas diferentes y por fin, el ingenio de Jesucristo encuentra la solución, el justo medio del filósofo, y, cuando beben juntos, eligen la grapa.

No por eso los peludos son menos descomunales.

En el período álgido del travaso, el silletero, taciturno, no atina sino a beber y a beber.

El indio, que tras varias fases, de alegría descosida de súbitos enojos o de megalomanía, se pone baboso y tierno, lo aconseja respecto a Cora:

—Dejelá, don Batista, pobrecita, que se dé su gusto en vida...

.....

—¡Qué amolar con las cuestiones! Dios nos da las achuras p'aprovecharlas, no pa dejarlas amojosar!

—Ma si yo no le dico nada, declara el aludido... Ella e dueña...

Valabrán pasa a la otra hija:

—Y en cuanto a Paulinita... Ah, Paulinita, hay que dejarla sola, es campiona. es una ricura!, y le prometía:

—Mire, don Batista, el día menos pensau l'enceajo una patada a la negra, me divorcio y me caso con Paulinita.

—¡Ma nó!, se opone asustado el italiano. Ma per qué? Si doña Cuanita e una muquer muy buena!

Jesucristo lo abraza y llora:

—Porque yo la quiero, don Batista... Porque yo la quiero una cosa bárbara a la pebeta!...

Y vuelven los dos, scsteniéndose mutuamente.

Vuelven borrachos para escándalo del barrio, para diversión de la botijada y como el silletero quiere ir a cuidar su quintita y como al indio le ha dado la chifladura por trabajar y quiere ayudarlo, entran en ella, llevándose el portoncito por delante y van a caer abrazados entre los sureos, a dormir la mona bajo el profundo cielo estrellado que, junto con aquel idilio, mira los otros amores del barrio, que triunfan en su libre plenitud!

El "recreo" de Juancito

No había nada que hacer. Eso que llaman civilización invadía el barrio como una creciente.

Con una pierna en la ciudad y otra en el arrabal, nació un boliche. Ese que trajo la novedad de una radio chillona y abrió una cancha de bochas con las características de reglamento y la casi obligación de que don Juan, don Benito, el famoso puteador y el grave Nicola, trasladasen a su bien aplanada superficie de conchillas su incansable y trashumante contienda.

Ahora, remedo más ciudadano, como una parodia escapada de las famosas y lujosas cervecerías del centro y de los teatros por secciones —donde se sirve la astra-canada gruesa, la precocidad de los sketch de subido color y la lunfarda compadrada del malevaje— en un terreno vacío, con endeble y heterogéneo material, se improvisa el ambiente pintoresco y estrafalario del Recreo.

Consiste en una casilla, alargando la visera de cine de su techo para proteger a algún posible parroquiano, de esos recalitrantes que no se van ni cuando llueve... Allí está el mostrador, el servicio, el botellerío y con la rudimentaria instalación para asar los pollos "alio spiedo", la cocina, cuyo "maitre" es el mismo patrón, Juancito, quien le da el nombre al comercio y que,

cuando viene el caso, se encasqueta un ampuloso y blanco berrete de cocinero y un delantal impecable, con el cual se maneja al caminar. Su personal —los dos mozos— gasta también este último indumento.

Más adelante —como un homenaje a la tradición— se alza una enramada de gruesos troncos y techumbre de ramas de eucalipto. En ella, un paisano viejo, vestido de gaucho y que no conoce más campos que el del Chivero, Maroñas y los Bañados de Carrasco, cuida los sábados y domingos los corderos despanzurrados sobre una reja de ventana —que hace de parrilla— y los asados al asador, que excitan el apetito al expandir su agradable olor por el barrio.

Mesitas y sillas de hierro, desarmables, pintadas de un tono verde chillón —como los enrejados de tablitas que forman las dos artísticas y aristocráticas glorietas, que ostentan el título de RESERVADO — se diseminan por el sitio esperando los clientes, que ya caen imantados por los "con cuero", los choricitos, la cerveza helada, la buena caña y el mayor atractivo consistente en un tabladillo enlenguado, levantado sobre media docena de barriles.

En este tinglado de un Maese Pedro hampón, empiezan a producirse los payadores nacionales, con sus guitarreros; las cantadoras de tangos populares, que gimen como gatas en celo; el imitador enciclopédico, que hace de alemán, de pitueco afeminado, de catalán y de napolitano y algún prestidigitador de frac verde y camisa ajada, como alguna "bailadora" y tonadillera española, con traje de lentejuelas y mantón de cambalache, especialista en "canzonetas" del Vesubio.

El Recreo peludea precariamente cinco días a la semana. El patrón, el gaucho falsificado y los dos mo-

zos se aburren, fumando, cambiando chistes y dicharachos con los escasos clientes, hablando de la "chicoria" —expresión con que designan a la crisis— pero el sábado y el domingo se mueven, atendiendo a la multitud que "toma la fresca" y come y bebe, espléndida, desahogada, alegre, riéndose, aplaudiendo, diciéndole cu-chufletas a los artistas, entusiasmándose con los complicados y expresivos mandoneones, que parecen hechos para rezongar las pasionales, entrañables y turbias ansias del suburbio; y estimulan a los cantores nacionales, muy orondos con sus botas de hule reluciente, sus bombachas negras y su vinecha inútil, tan artificiales como la china, el rancho y el pingo, que mencionan mientras tiemblan armoniosas las nostálgicas voces de las guitarras.

El público es barullento, desasosegado e inquieto, no faltando los borrachos, a veces llegados en patota de otros barrios, que vienen siguiendo la "garufa" y que, cuando las orquestas típicas se duermen en los ritmos de los tangos lánguidos y quebrallones, reclaman a grito herido que se repita "La Cumparecita", se ponen de pie cuando suenan sus acordes y exigen que los demás los imiten, con el propósito de armar gresea para divertirse.

Los mozos de "La Virazón", muy engominados y perfumados, fumando cigarrillos ingleses, se vienen con lustrosos y firuleteados pijamas, a dragonear a las muchachas.

Casi todo el barrio desfila por el Recreo.

La gente que va o vuelve a pie para los baños del Buceo engrosa su clientela.

Jesueristo se trae a su señora y a alguna amiga; Lalo viene con su novia y doña Fermina, a quien le

gusta la "grasiosa" y sólo se echan de menos el catalán, a quien sus convicciones prohíben frecuentar tal ambiente y el silletero que, temprano, ya está durmiendo su última tranca.

Es una diversión barata y tonta demasiado ese letrero de

"ASAO ALA CRIOYA. 10 LA PORSION",

tanto como el programa, siempre variado con nuevos artistas y con algunas otras faltas de ortografía, de rigor, dado que Juancito, el patrón, con el quehacer que tiene no puede andar con tantas sutilezas...

Una vida

La juventud es explicablemente imprevisora.

Vive el presente .

Y lo vive con un frenesí exaltado, como en el temor de que pueda faltarle el tiempo de beberse la última gota de su vino.

Imaginémonos si ese presente es de goces y placeres.

Eso pasó con Trinidad.

Irreflexivamente, porque era sincera y porque era pura, se entregó al Amor.

Se dió entera.

Convencida de que aquel sentimiento imperioso y dominador lo exigía y lo merecía todo.

Bonita, y natural y femeninamente coqueta, cuando entró de sirvienta en lo del doctor y diputado Pastorini, iba preparada a caer en la primera y suave red que se le tendiera.

Podía ser un guardia civil, como el de Juanita Correa, un chofer, un muchachón, entre los repartidores que frecuentan la casa rica en donde servía.

Fué algo mejor para su ingenuidad y sus vagos anhelos: el hijo del patrón.

Fué ese ejemplar de proveedor anónimo de los asilos, de los mismos asilos que después las señoras mamás, las muchas veces abuelitas de los pequeños desvalidos,

regentean, envaneciéndose con su obra filantrópica y caritativa de damas benéficas.

Fué una de esas reencarnaciones del señor feudal, que continúa cobrando derecho de pernada entre "las pobres chicas que tienen que servir."

Lindo mozo, elegante, limpio, luciendo suntuosas batas de seda, blusas búlgaras o rusas bordadas, mientras estudiaba, tan perfumado —según él sin quererlo, que en caso contrario no es distinguido— de dejarla zahumada a aguas de Colonia finas y a tabaco rubio, cuando la abrazaba y besaba, que eran todas las veces que la tenía a tiro, jugando en las primeras cautas y deliciosas escaramuzas amorosas.

El la fué preparando bien, porque la quería "una amantecita que sabe lo que hace", como le repetía cínicamente.

Ella era dócil, tierna y sumisa.

Le iba concediendo sin reservas y sin premeditadas gradaciones, lo que él se tomaba, tan dispuesta a haber terminado por donde empezaron o viceversa.

Tenía una ingenuidad exenta de cálculo y no podía preocuparse de defender lo que concedía tan amplia como generosamente, procediendo así porque sí, porque lo quería como una loca y sin esperar nada, sin otras promesas que las absurdas e incontrolados de la exaltación amorosa, se le entregó.

Fueron unos meses gratos, dichosos, encantadores.

Una verdadera luna de miel, que precisamente coincidió con un viaje a Río de Janeiro de los papás y la familia del niño.

El le había adquirido un ajuar regio, con ropas interiores de seda y pijamas, cuyos pantalones la hacían reír a desternillarse...

Con dos camas arreglaron un cuarto matrimonial, que hasta tenía a la Virgen Santísima en la cabecera. Lástima que aquello terminó y las otras mucamas, envidiosas o desbancadas, olieron algo y empezaron las habladurías.

.....
Hasta que por las hábiles preguntas del interesado y sus insinuaciones se le revela la realización de su única aspiración, de su bello sueño: va a ser madre; ¡Va a tener un hijo de El!

Al fácil conquistador maldita la gracia que le hace semejante novedad.

La muchacha, —hasta ese extremo llega su ingenuidad,— confía que será compartido su júbilo.

El hace una cara de disgusto.

—¡Qué clavo!

Y le expresa, con cierta reticencia, algo que le resulta incomprensible.

Y le agrega:

—No te preocupes, que no te va a pasar nada.

□

Habla con algún compinche estudiante, se entiende con jóvenes médicos amigos y ya planean el pasaporte para el otro mundo al huésped indeseable.

Viene a tiro hecho:

—Tengo todo preparado.

—¿Todo qué?

—Mi hijita, no hay que perder tiempo; ahora la cosa es fácil...

—¿Qué es lo que querés?, indaga ella.

El, sin andar con sutilezas y sensiblerías, define crudamente:

—Pero, mujer, el aborto!

Trinidad cambia de color, cual si le alcanzaran un puñal y le propusieran un crimen.

El le nota en el espanto de los ojos, en la palidez del rostro, el horror, y recién cae en la cuenta que no la ha convencido, pero no piensa que tampoco ha hecho nada para conseguirlo.

Intenta suavizar la aspereza:

—M.rá, nena... eso te compromete a vos y me complica la vida a mí. No me conviene que los viejos sepan... Si nos hubieran descubierto, la cosa, mal o bien, se hubiese arreglado, no habiendo consecuencias; pero esto! Esto hay que hacerlo desaparecer, cortarlo por lo sano... Hasta nos va a estorbar, sabés... Si lo sacamos del medio, vamos a poder seguir lo más bien...

Ella sale de su reconcentración para increparlo:

—¡Vos no me querés! Y ante esta aventurada afirmación en la cual no puede creer, estalla en sollozos.

Está tan sensible; necesitaría ternuras y mimos. Como si quisiera convencerse de lo contrario, agrega:

—¡No me has querido nunca!

El niño la calma; se desespera por impedir que los oigan, pues la tiene en su cuarto, como de costumbre.

—No seas bobita... Ahora me vas a salir con eso... Mirá, dejamos pasar un tiempo.. Los viejos me van a dar plata para un viaje a Europa, y si estás sola te puedo llevar o sino te pongo una casita... Sé razonable...

Mirá, vos no sos un capricho... Sos la mujer que he querido más en mi vida!... Hacé lo que te pido... Es bien para los dos... ¿Querés?... Vas a la casa de un amigo de confianza; es un momento y listo.

Ella ha perdido el empaque que parecía de desafío y de encono; ha vuelto a ser amorosa, tierna y humilde, pero como si lo fuera hacia adentro y, contra todo lo

que él espera y supone, le contesta lacónicamente, simple, pero firme y resuelta:

—Nó.

Es una negativa entera: ni insolente ni miedosa; llana, como madura de íntima convicción, de natural meditación.

El, porque deslizándose por la epidermis de lo entrañable y lo trascendente no puede comprender la pura reacción que se manifiesta, desnuda y sana, aun insta.

Agotadas las súplicas, descende a las amenazas.

Se fastidia y llega a la grosería, suponiéndole las malas intenciones de la zorra aprovechadora que lo piensa explotar.

Trinidad le responde, sencillamente:

—¡Vos no me conocés!

El patroncito, la mira tan linda, tan seria, tan entera, que está con ganas de darle un abrazo y un beso de cariño y de admiración, pero sabe que debe continuar argumentando...

Le sombrea el futuro, hasta le pronostica que va a perder la colocación.

Que él no sabe que va a hacer...

Ella no contesta.

Luego llora, dulce, resignadamente, con la hermosa cabeza de niña grande doblada sobre el pecho.

¡Es una madre!

Sí, ya lo es!

Le está dando lágrimas —salobres y amargas— al hijo que se forma, para que le sean más fáciles de soportar los dolores, las penas, las miserias que —necesariamente— ha de encontrar en la vida!

□

Lo que hace mal es el no revelar su estado a sus padres viejos.

Comprende que, dadas las ideas de ellos, la infausta nueva no puede ser bien recibida.

Y calla.

Calla irreflexivamente, como con cierta íntima esperanza de algún desenlace inverosímil, imposible, de muerte de ella, de sus padres, de un imprevisto casamiento, de un milagro que vuelva a fundir en su sangre y en su carne el fruto de su amor.

.....

En lo de Pastorini, el personal de servicio ya suponía la existencia de las —por él consideradas pecaminosas— relaciones, pero no constata el hecho hasta que ella, de improviso, se siente mal.

Una bien intencionada, quizá celosa y envidiosa, le lleva el parte a la señora, la que viene hecha una furia, escandalizada de la sinvergüenza que da aquel espectáculo en una casa decente y de la mejor sociedad!...

Naturalmente, atribuye el chiquilín a todos, no pudiendo admitir, ni siquiera remotamente que “el guacho” —se deslengua la distinguida dama cuando habla de los pobres— pertenezca al alhaja de su hijo, o al buena pieza de su dignísimo esposo, que —cuando puede— hace lo mismo con las otras sirvientas...

La patrona manda buscar un taxi para hacerla conducir inmediatamente a la Maternidad.

La muchacha se niega a subir al auto si la llevan al Hospital, y pide, llorando, que la conduzcan a su casa.

Así lo hacen.

.....

Anochece.

Es primavera.

La ciudad ya está llena de verdes hojas adolescentes, de vuelos de golondrinas, de muchachas vestidas con telas claras, en los balcones y los zaguanes.

Se confunden, se diluyen aun los carmines, los azules, los oros, los ópalos luminosos del crepúsculo.

Al llegar al barrio un vaho de perfumes de las plantas, de la tierra mojada por los riegos de las pequeñas huertas, desvanece a la paciente.

Jesucristo y Batista vuelven borrachos, abrazados, mascando una "Bandiera Rossa" incomprensible.

Sabadell se pasea en taparrabos, en compañía de su amante.

Los vecinos están sentados delante de los ranchos, de las casillas, que ya arden como hornos, y una ronda de pequeñuelos entonan el

"Andelito, andelito de oro,
un sencillo y un marqués..."

... Cuando sonando la bocina irrumpe el automóvil que sorprende al vecindario y enciende en la perrada vigilante un chisporroteo de ladridos.

—¡La Trinidad!

Los padres se adelantan, temerosos.

—¿Qué sucede? ¿Viene enferma?

El hermano tuberculoso, que tiene la opresión del enorme puño de la fatiga hundiéndole el pecho, mira triste, desde su sillón, mientras se le vuelven más verdes las cuchilladas de sus mejillas chupadas y de sus ojeras y se le afila la nariz y los pómulos puntiagudos.

La compañera de trabajo que la acompaña, baja del taxi, y con cuatro palabras entera a la madre.

Lo sabe el viejo.

Se miran, se comprenden.

Piensen —quizá— que hay que postergar para mejor oportunidad el ajustar cuentas, el enojo, la indignación.

El gaicho ha deglutido como un trago amargo.

—¡Hij...!...

Tasca el freno.

Hace de tripas corazón.

¿Habrá que hablar de moral, cuando el suceso entra un poco entre los gajes del oficio de... pobre?

Urge resolver lo relacionado con la embarazada.

—Don Ramón, grita el criollo, usted q' es tan servicial y sabi algo pa todos los males, dénos una manito.

El catalán, corre como está, medio desnudo:

—¿Qué pasa?

—Tamos miaus de los perro, amigo... Mire el regalo... que nos trái la gurisa... tiene que desocupar...

Descienden a la muchacha desmayada.

Sabadell le pide a Cora:

—Vieja, pronto, calentá las dos ollas grandes con los primus.

Se aglomeran los curiosos.

—¿Un ataque? ¿Un síncope? ¿Qué fué?

Desde el interior del rancho llega la respuesta: la parturienta clama, aúlla, en su sagrada tortura:

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Mama! ¡Mama, querida! ¡Me muero, mama!

Los borrachos, sentados en el suelo, se miran interrogantes.

La lengua chismosa repite:

—No vé, tanto lujo, tanta parada! De algún lado había de salir... Qué decía yo? ¿Qué fué?

Enmudece el coro de voces infantiles de la ronda.

Ya ha venido Cora, diligente, con la ropa limpia, con un gran latón, con el agua caliente.

... Tras los dolidos gritos extinguidos, un lloro infantil sentido, insistente, anuncia una nueva vida.

Para esperarla, para agasajarla, ya está ahí la noche tibia, con su fiesta de estrellas, con sus vuelos de luciérnagas, con su música de grillos!

□

El improvisado partero se lava en el patio del rancho, comentando:

—Con un tratamiento de dos semanas, no hubiera dado un grito... Con todo no nos podemos quejar; la cosa salió muy bien para ser primeriza.

Y el gaucho que aún no ha tenido tiempo para ponerse a pensar, detenidamente, aprueba:

—¡Gracias a Dios!

—¡Hombre!, se maravilla, fuera de sí, el fanático, ¡se necesitan anchetas! ¡Todavía le agradece a Dios!

El paisano, el abuelo, que se siente tan viejo para malgastar fuerzas en discusiones, energías que debe destinar al cariño de aquel nietito, "llovido del cielo", se corrige entre amargado y conciliador:

—Gracias a Dios... es un decir, porque sobre el asunto, vecino, sobre el refalón este de la gurisa, casi, casi q' es mejor no hablar...

Amor libre

Salvo contada excepción, los habitantes del barrio estuvieron unánimemente a punto de indisponerse con el catalán, por su desnudismo.

Se afirmaba que hasta prescindía del taparrabos para gozar sus dilatados baños de sol.

Era una ofensa que anduviera en cueros.

Restos o resabios de las mojigaterías o pudibundeces ridículas heredadas de la colonia, han generalizado en el pueblo el concepto de que mostrar las partes pudendas, aunque no sea en voluntaria exhibición, es un agravio inadmisibile.

De ahí que se espanten hasta de los niños desnudos.

En cuanto a la moral en lo que respetaba a su unión —sin juez y sin cura— con Cora, la única voz que se alzó indignada y condenatoria fué la de misia Beriluna.

Tal manifestación comprometió a Lalito, pues los vecinos vieron en esa execración un reflejo del pensamiento del distinguido joven.

El se hacía el desentendido y el indiferente, pero la procesión le iba por dentro.

Se sentía disminuído, rebajado y a los que encontraba y podía les explicaba sus conceptos amplios y liberales de hombre trotado y corrido.

Para contrarrestar la versión, no tuvo más remedio que acentuar sus relaciones con Inés.

Pero sucedió algo más curioso, que Cora —la primera convencida de los celos y el despecho de su ex—reanudó subrepticamente los amoríos antiguos, con gran satisfacción del muchacho, que no podía eludir la atracción sensual de la compañera del naturista.

Era mucha mujer esa Cora —potranca frisona, en el despectivo juicio de doña Fermina— esa Cora, rubia, grandota y abundosa, de muslos de columnas, caderas anchas y senos altos, con una boca fresca y jugosa, que parecía hecha para todos los besos del pecado... Era mucha mujer sólo para el vegetariano que, por sus principios, cultivaba la moderación y la mesura...

Y menos mal que habían inventado esa generosa teoría del amor libre, que Ramón preconizaba con entera fe, pues de lo contrario no sabemos que hubiera tenido que hacer esa muchachona linda, sana y robusta, para quien el descolorido y flacuchín de Lalito resultaba un aperitivo aguado...

Primera amazona de un mundo de equilibrio y armonía sexual, luciría en su escudo color de fuego y con mucha justicia —si se permitieran tales emblemas— el lema equitativo de: “a cada cual según su apetito”.



Sabadell aboga con éxito por Trinidad, sin dejar de vituperar al cochino de burgués que se había abusado de la ingenuidad de la muchacha.

La abuela calla, arrobada en las monerías y las precocidades del infante, que ya la conoce y alarga hacia ella las manecitas regordetas.

El gaucho viejo, que tras tiras y aflojas ha terminado por ceder...

—Porque uno no v'a echar a la calle a la infeliz esa, que al fin es su hija ni v'a degollar al angelito que no tiene culpa e nada

... todavía mueve hacia un lado y a otro la cabeza en gesto dubitativo, y repite:

—En fin, es así... todo tiene su qué y su cómo.

El único que conserva una mirada dura y una amenaza trágica en sus ojos opacos es el enfermo, que, sin embargo, se emociona viendo al lindo bebe rollizo, que una noche desaparece con la madre.

Al mozo bien quizá le remordió la conciencia.

Quizá le continúa el capricho por la paisanita en flor.

La cuestión es que recoge a sus víctimas, les pone una casa, a donde puede ir a verlos la viejecita, inquieta y melancólica desde su alejamiento.

Ramón opina que si el padre de la criatura, —el burgués, como lo denomina con desprecio y con lástima, compadeciendo al desgraciado incapaz de ganarse el pan, como de sentir el amor y la solidaridad social,— decía, que si el burgués mantenía al purrete y no abandonaba a la madre, se podía considerar el asunto bastante encarrilado...

—Porque en la sociedad futura los hijos se van a hacer así; por aquí, por allá, a donde venga bien y a uno le acómode. Estos son ensayos. Experimentos. Adelantos inconscientes de la sociedad del porvenir. Lo que si que la sociedad del mañana, mejor organizada, se preocupará más racional y científicamente de los ciudadanos pequeños, esto es, los que están naciendo...

Prolongaba su perorata:

—Todos están contestes en que el problema sexual está lejos de ser resuelto. Los sentimentales y los retar-

datarios hablan del amor, como si fuera una gracia divina, indispensable para la generación. Esas son macanas! No se ha descubierto ninguna diferencia entre los hijos de dos enamorados o de dos desconocidos. Con una de las partes que quiera, alcanza y sobra. Es simplemente una ilusión lo de que el asunto no es sólo carnal. Los que han echado a perder más el fenómeno son los poetas. Por eso los echaba Platón y los echan los Soviets de sus dominios. La poesía de ellos es un adorno, un firulete burgués, es el alcohol del amor...

¿Qué se cree que es el predominio del obrero y la lucha contra los intelectuales? Es claro: dar su sitio al sentido común y limpiar los mecanismos de precisión del grano de arena...

Lalito, que es quien tiene más lecturas y que en la práctica no se aparta un ápice de lo predicado por el catalán, y hasta a veces se excede en celosa ortodoxia, es quien —hipócritamente— discrepa con él, y le opone serios reparos.

—Es que usted no cree en el espíritu, porque no cree en Dios.

—¡Crear en Dios! Dios es una frase, una fórmula, una manera de querer decir lo que no se sabe.

—Pero el amor nace del alma.

—Sí, y se desarrolla en la carne, igualito que en los animales.

—Pero nosotros, racionales, nos diferenciamos fundamentalmente de los seres inferiores.

—Sí, en la inteligencia que nos atribuimos y en la pedantería con que nos caracterizamos. Es sabido que dos animales de sexo contrario, perros, chanchos, conejos u hombres, cohabitan, y, aunque no exista esa alma

que usted regala a los últimos, el resultado es exactamente igual, la multiplicación, la aparición de un perrito, de un chanchito, de un conejito y de un chiquilincito!

... Que se va a criticar, pues, a Trinidad? Que haya utilizado otra cosa que el alma para amar? Ha hecho bien, requetebién, y creo que es de felicitarse por la comprobación de que le segregan bien las glándulas y porque ha hecho un muchachito perfecto, como parece ser el que parió.

.....
Estos argumentos se los hizo y se los repite al padre de la muchacha.

—Es razón, le aprueba el gaucho viejo, entendiéndolo apenas lo que le conviene, pero lleno de ilimitada admiración hacia el vecino que, sin tener estudios:...

—Habla mesmamente com' un doctor!

Y repite:

—Es razón... Luego ordenando sus ideas y dando por sentado que las teorías oídas no son realmente nada del otro mundo, expresa:

—No hay que dir muy lejos p'hallar comparanzas Yo y la patrona, com'usté y la Cora no somos casaus... Y me dicen que misia Meriluna, con todo y lo fruncida q'es, tuvo el sobrino, el mocito ese, sin casarse, porque si se casaba perdía la pensión y que sé yo y que sé cuando...

Y si la vida es ansí... hizo bien la pobre.

La muerte

Tan hecho para la vida!, tan lleno de vida!, quizá por eso mismo, el barrio necesita —para que resalte más su fecundidad y su vitalidad— apagar algunas de aquellas existencias menos plenas y menos irradiantes.

La vida está hecha de lentas y repetidas muertes.

Pero en la naturaleza la muerte o pasa desapercibida —nunca vemos los restos de las pájaros, de las mariposas, de los sapos— o es bella, especie de men-tempsícosis, simple avatar de las cosas.

Se marchita la flor, se aja su seda aún perfumada, para transformarse en el fruto sabroso, azucarado, estuche estupendo de la semilla promisor, persistente, perenne...

Las estaciones ruedan armoniosas y los árboles se despiden de sus hojas que fenecen, vistiéndose con la pompa carmín, gualda y oro del otoño.

Sólo en los animales mayores y en el hombre la muerte es triste y fea.

La inmovilidad noble en el cielo, en el mineral, en el vegetal, es en el ser dinámico el primer peldaño de la degradación hacia la corrupción asquerosa.

Qué desolación la de ese pobre caballo huesudo, peloso, llagado, que hunde entre las patas delanteras la testa claudicante y muere en un sitio baldío, abandonado de los hombres que lo han torturado y explotado!

Nada hay más horrible, más angustiosamente trágico, más repugnantemente desagradable y repelente, que ese pie descarnado, velloso, de uñas amarillas y sucias de un difunto yacente bajo una sábana de dudosa blancura.

Para peor, una alianza de miedo macabro, un amasijo de terribles amenazas para la otra vida y una niebla de superstición religiosa, envuelve al cadáver en una veneración de fúnebre y oscura tristeza.

La muerte es fea y es sucia.

Peor que el gusano de la metáfora en la lozanía de la rosa, la carroña pone una mancha chocante en el canto jocundo de la alegría de vivir.

Pero son los hombres, los hombres estúpidos y pequeños, los que quieren eneresponar el barrio, el barrio que posee su sol y su tierra, lujuriosos y salubres, sus árboles, sus follajes verdes y bien olientes, sus pájaros y sus flores, sus niños que ríen, sus casitas de colores sus muchachas lindas, con sus sueños, con sus besos, con sus espasmos de amor!

□

Más que el acentuarse de la fatiga del enfermo, la fiebre continua y extenuante y aquel sudor viscoso que lo consumen, al padre lo impresiona desfavorablemente un graznido de lechuza, que siente en la alta noche.

Se santigua, por costumbre, y reflexiona:

—El hijo debe estar muy mal!

Se levanta a verlo y lo halla dormido, desencajado, respirando como con un silbido ronco.

Madrugando como de costumbre y anda aguaitando a Sabadell —al único a quien tiene confianza— para consultarlo.

Tiene el propósito de referirle sus aprensiones fun-

dadas en la mala agüería del ave nocturna, pero termina por no animarse:

—Esta gente pueblera se rei de nuestras cosas...

Y como el hombre es algo adelantado v-i-a tener que darle la razón hasta en eso!...

Reduce su pregunta a la enfermedad.

El catalán insiste en sus principios.

—Hay que tratarlo por el estómago para renovar la sangre... Pero, había que haber empezado hace mucho para conseguir algún resultado. El mozo, en el estado en que se encuentra no aguanta.

—Entonces a usted le parece que la cosa va peor?

—Sí. El naturismo —como nadie— no hace milagros.

Con todo le aplica unos vendajes, le da jugo de frutas con miel y recomienda:

—Sáquenlo afuera no más, que por lo menos respire aire puro y se le alegre la vista.

Y ayuda a instalarlo en su sillón de cuero bajo la protectora sombra del ombú.

.....
En la sofocante tarde de verano, los árboles, la tierra, las cosas, respiran un vaho denso, cargado de olores heterogéneos.

Con el perfume del mar y de los eucaliptos, viene, se insinúa, el acre olor de los hornos que queman sus ladrillos.

Los jejenes andan bravos, picando las piernas y los pies desnudos.

Temprano empiezan a desfilar los vecinos, en su búsqueda de agua, hacia la bomba.

Llegan gritos de niños y un roto rumor de tráfico hirviente de la ciudad, rezongo sordo quebrado de bocinazos que aúllan o relampaguean prevenciones.

De la rambla que costea las playas viene un ronear de motores y de escapes de autos.

La vida!...

.....

El enfermo, lacio como un trapo, en su asiento rústico, gime:

—Tata, agua, que mi-ahugo.

Suda y le castañetean los dientes de frío.

—¡Caracho!, el hijo, lamenta el anciano... y atropella preguntas:

—¿Le duele algo? ¿Tiene frío? ¿No quiere tomar?...

El otro contesta apenas:

—Sí...

El padre, medio embarado, grita:

—Telma, traí un jarro di agua y mi poncho! y mientras constata que está medio agarrotado, insiste en sus averiguaciones:

—¿Y qué le duele?, amigo.

—No, señor, no me duele nada, pero me falta el resuello...

Ya llega la madre, que da de beber y arropa al sufriente.

El da voces a Sabadell y en esa habitual parsimonia del criollo cumplido, se disculpa, ceremonioso:

—Siempre incomodándolo, don Ramón; haga el favor de venir q' el hijo nos está asustando.

El reclamado, solícito, salta el cerco.

—Vamos a cambiarle el vendaje.

No tienen necesidad.

El muchachón, quizá sin saberlo, se despide, con dos frases infantiles, hondas, entrañables:

—Ma...ma, ma...ma... Tatita!, y se lleva las dos manos al pecho, intentando incorporarse.

Está muerto.

—¡M'hijo!, alcanza a articular el gaucho viejo y girando sobre sus talones, se desmorona, cae, redondo, fulminado, con el corazón roto.

—Ataque cardíaco, explica el catalán, mientras intenta auxiliarlo, y constata:

—No hay nada que hacer.

La madre vieja, acabada, golpeada, era hecha de algo más resistente, aunque no menos sensible.

El dolor se puede cebar en ella, que aguanta, estoica.

La pobre china tiene una pena silenciosa, impresionante.

Ni frases ni sollozos.

Se ahoga un poco y calla.

Le queda la cara extática, los ojos fijos; llora muda, como impasible, emocionando aquellas lágrimas silenciosas, llenas de la resignada desolación de lo irremediable.

Sabadell y Cora empiezan a resolverlo todo.

El gurí menor —el otro no ha vuelto de su venta de diarios— lleva la noticia a Trinidad.

Otros chicos de la vecindad propalan la dolorosa nueva, que se recibe con sorpresa y compunción, dando lugar la coincidencia de las dos muertes a las variadas y sentimentales suposiciones.

Ramón se viste, agarra unos pesos y se va a encarregar los ataúdes, a correr algunos trámites.

Misia Bériluna manda a Lalito a pulsar el ambiente, a explorar las probabilidades de que se admita la venida de un sacerdote de la iglesia de Malvín para que, si no puede expedir un salvoconducto, dé por lo menos una recomendacioncita a aquellas almas, que seguro que, si se van *así no más* no van a poder entrar al Cielo...

El mensajero ni abre la boca al respecto.

Jesucristo que, por rara coincidencia no está borracho y asiste a la partida de bochas de nuestros conocidos, levanta el juego, hace algún oportuno comentario de circunstancia y prometiéndose hacerle alguna escapadita a su mujer, mal disimulando su contento, le grita a Paulinita que pasa:

—Tamos de velorio.

Investigaciones

A la pintoresca expresión, con caídas al lunfardo, con que Jesucristo comentó las manifestaciones de la prensa:

—Los diario tan haciendo un pamento bárbaro con el merengue del asalto.

... Se podía realmente reducir el truculento escandalismo cultivado con lujo de detalles para alimentar las bajas pasiones del pueblo.

Efectivamente, se había cometido un crimen execrable y nefando. Unos bandoleros, que, afirmaban los periodistas, se escudaban en avanzadas ideas filosóficas, habían acribillado a balazos a unos infelices empleados, quienes, por una mísera soldada, debían custodiar ciertas sumas de dinero que despertaron la codicia de los malhechores.

Un robo premeditado, una brutalidad ininteligente, un apresuramiento reñido con las prácticas comerciales en boga —como expresaría Barrett— habían conmovido a la Sociedad y aguzado el apetito de los grandes cotidianos.

Estos ejecutaban el asalto con más sangre fría y precisión más matemática. Ofrecían ensangrentadas, detectivescas páginas atrayentes, que les rendían ventas cuantiosas, las cuales, a su vez, convencían a los

mercaderes del interés de avisar, lo que configuraba un negocio redondo.

La industria del asalto, para la prensa y para el comercio, era tan lucrativa que la estiraban hasta lo inverosímil.

Como todo Montevideo, el barrio padeció la fiebre del asalto.

El crimen era el eje de todas las conversaciones y la botijada imaginativa, con pistolas de caña y pañuelos que les cubrían la nariz y la boca, se emboscaban tras los cercos de follaje y figurando las detonaciones de las armas, irrumpían en la calle, gritando: “Arriba las manos!”.

Los detalles fidedignos, los gritos y las posturas, los copiaban de los diarios que no escatimaban minuciosos pormenores, planos, dibujos y trucos fotográficos.

Lo malo fué que las imaginaciones se excitaron y la avidez de conseguirse un montón de pesos, aun a trueque de una pésima acción, impulsó a alguien a atribuir al catalán ingerencia en el asalto y a delatarlo para cobrarse la prima de \$ 5.000:00, que ofrecían la Jefatura de Policía y el Banco de la República.

Misia Beriluna, que no encontraba a nadie honesto ni decente, fué la anónima heroína de la hazaña.

La estirada y etiquetuda señora pensionista, partía de un generalizado concepto sobre los ácratas, capaces de todo e integrantes de una misteriosa y siniestra sociedad secreta en la cual se tira a suerte para asesinar a reyes y presidentes de república y cometer atracos o falsificaciones de moneda.

Para ella, Sabadell, el acusado, era un pasable vecino, hasta podía no ser malo, pero... era anarquista y eso bastaba para sospecharlo de cualquier fechoría.

En realidad tales principios o ideas no habían sido expuesto o confesados por Ramón, pero todo el mundo se los atribuía y luego era fácil deducirlos de sus inclinaciones, sus ocurrencias y sus costumbres.

¡Amor libre, no comer carne, andar desnudo!

Y sumado a esto la tremenda irreverencia de no creer en Dios!

El, podía ser que no fuera el del asalto, pero seguro que algo tenía que saber.

Esa gente se entiende entre ella.

Era indudable que había estado en la reunión donde lo resolvieron.

Muchas de estas sutiles disquisiciones se dejaban entrever en su epístola.

Pero lo que terminó de perder al naturista fué el ser designado catalán.

Anarquista catalán = pistolero catalán.

Evidente.

Irrefutable.

□

En Investigaciones, el comisario Pulvirenti se frotaba las manos relejendo la denuncia; especialmente la literatura de que estaba impregnada, coincidía con sus conceptos:

—¡Aquí hay un hilo!

... E inmediatamente solicitó una entrevista urgente con el Jefe para dar la batida al barrio.

Teléfono, motocicletas, autos.

El anónimo llegó a las once de la noche y a las cuatro de la mañana ya volaban diversos camiones de tropa del ejército armada hasta los dientes, y dos automóviles de altos empleados de policía, con el acoplado de las motocicletas para los partes urgentes.

.....

La aurora insiste en dar manos de rosado claro en el techo del cielo y cuando espesa la tinta, va apagando alguna estrella.

Los gallos clarinean su júbilo porque el color nuevo anuncia el fracaso de la noche.

Algunos perros retrasados disparan dispersos ladridos automáticos a las últimas sombras o a sus postreras pesadillas.

El barrio duerme en el filo del alba cuando lo sobresalta el rumor de los máusers, el metálico golpear de las bayonetas y las voces de mando algodoadas de sordina.

Rodean cuatro manzanas.

Aprietan el sitio y empiezan los golpes en puertas y ventanas y las intimaciones solemnes en nombre de la ley...

Hay que hacer las cosas bien, ajustándose estrictamente a todas las prescripciones constitucionales... porque han aparecido milagrosamente los reporteros periodísticos que se salen de la vaina por encontrar algún pretexto para tejer la nota efectista que puede ser grandilocuente, sentimental, filosófica, contra los suburbios pululantes de malevaje o... contra la policía.
¡Ojo, pues!

El principal objetivo de la batida es el anarquista catalán, como ya designan a nuestro hombre de ideas los sabuesos pesquisantes.

Para asegurar su captura, descubren que Lalito, como epilogo de una visita a su novia, se ha quedado a hacerle compañía en lo de doña Fermína, precisamente porque estaba la noche muy oscura y los diarios prevenían que se tomaran prudentes precauciones contra los asaltos.

Se enteran que Juanita Correa tiene la cara de todos colores, consecuencia de una trompeadura que le ha propinado su ejemplar esposo, que para eso no está jubilado...

Comprueban la intrusión de algún otro desconocido en casa ajena (la de un viejo coronel en la residencia de la dama pensionista se pasa diplomáticamente por alto) y en cada uno de estos paseaderos nocturnos, se identifica un sospechoso y lo mandan a los camiones, bajo fuerte custodia.

Cuando le desgonzan a culatazos de máuser la puerta del naturista y éste resuelve levantarse, ve volar la ventanita con gran estrépito de vidrios y precipitarse por ella, vociferando, al comisario Pulvirenti y al auxiliar Crispín, que traen los ojos desencajados y las manos erizadas de terribles pistolas:

—¡Manos arriba! ¡Manos arriba!, le intiman con voces agudas y desconocidas, cuyo timbre se resiente de una afonía peculiar, que gente sofisticada y hurgadora de tiquis miquis, atribuye al miedo.

Sabadell que, por la consiguiente, despampanante sorpresa, ha titubeado en obedecer a la orden perentoria, no sabiendo si creer a sus ojos ante cuyo asombro gira el film entre grotesco y trágico, deja caer una tohalla que tenía en las manos, quedando como vino al mundo.

Cora no atina a cubrirse con nada; obedeciendo a la intimación, se ofrece —a los ojos policiales— más sólida y más fina, al levantar los brazos que le sutilizan las formas.

El comisario, con el alma vuelta al cuerpo, viendo disiparse el temido peligro, pues venía convenido que el feroz delincuente se defendería como un tigre, ante

la Eva y el Adán que se cansan en su forzada posición, comenta con socarronería:

—Mire qué promiscuidad para dormir!...

El tal vocable, en la autorizada y castiza boca del hombre de la ley, posee un complejo y profundo sentido, significando simultáneamente la inmoralidad, el vicio, la degeneración que el detenido confirma al responder a la pregunta de:

—¿Es su esposa? ¿Es casado?

—Es mi compañera.

Ya olía él la criticable existencia del concubinato.

Pero hasta así, desnudo, un asaltante no es de facilitar, por lo que manda a Ramón:

—Salga así para afuera!

... Sin siquiera permitirle que se cubra las promiscuidades...

El Adán quiere hablar, intenta oponerse a que los periodistas lo fotografíen y lo ridiculicen, pero lo enmudece un grito cortante del funcionario que, sin más ni más, ha resuelto manosearlo con el humillante tuteo despreciativo:

—¡Callate, anarquista! ¡Ya sé con quien me tengo que ver!

Cora puede echarse unos vestidos arriba y luego le alcanza un pantalón a su marido, que, en el patiecito de la casilla, previa la aplicación de las "esposas", soporta el primer interrogatorio:

—¿Usted es Ramón Sabadell?

—Para servirlo.

—Anarquista catalán.

—Obrero uruguayo.

—¿¡Oriental!?

—Sí, señor; hijo de catalán y madre uruguaya.

Nacido en Montevideo. Ahí tengo los papeles. Se los puedo enseñar.

—¿Serán falsificados?

—Dados por las autoridades. Tengo hasta el carnet policial. Si la dejan a la muchacha se los puede alcanzar.

Y dirigiéndose a ella:

—Cora, están en la cajita de madera.

Tal información desconcierta un tanto al comisario, que manda a los subordinados:

—Acompañen a la mujer sin perderla de vista... Y que les dé botines y un saeo y sombrero para el sujeto este.

Y vuelve adentro a incautarse de los papeles y los libros del detenido.

El asunto se complica bastante porque hojean y desencuadernan un centenar de volúmenes del "ácrata" y cavilan suspicaces sobre anotaciones de baños de vapor, pediluvios y abluciones, que el naturista anotaba sumariamente sin pensar que la justicia un día iba a suponer que en aquellos signos había fórmulas químicas y abecedarios convenidos para planear asaltos y atentados.

A pesar de su inocencia absoluta y de no hallársele nada comprometedor, de poder comprobar que no se movió de su rancho el día del hecho, lo hacen ayunar algún día, lo privan del sueño —para que declare— y en compensación le propinan copiosas trompadas y patadas, quizá para avivarle el recuerdo de sus fechorías pasadas como para que se resuelva a hacer las extraordinarias revelaciones que existen... Sólo en los "mates" de los científicos detectives...

Los castigos —al fin de cuenta —se los ha merecido.

—Por retobau... como expresa el operador, pues el catalán es duro y no desarma su gesto altivo y el asco de su mirada de desprecio...

Y lo otro son simples consecuencias del propósito de aclarar que mueven a la justicia y a la prensa.

□

Fotografías de frente y de perfil, algún estirado artículo científico, donde se probaba que dado el pragmatismo, las prominencias frontales o la forma de las orejas, era imposible dudar que se estaba frente al criminal nato... El paseo por el patio de Investigaciones, para el "manyamiento", o sea el reconocimiento por parte de los sabuesos que observan de tras los negros antifaces inquisidores, para reconocer al delincuente en cualquier circunstancia.

Y después, tras un "no ha lugar", a la calle, a darse por muy bien servido si no se lleva un hueso roto; enriquecida la experiencia con unas cuantas novedades y el acervo mental con un concepto que se ignoraba:

—Que existen organizaciones oficiales que dejándolas solas, si se presenta el caso, fabrican malhechores tan perfectos de confundirlos con los auténticos...

Lalito consigue empleo

En la redada policial, entre nuestros conocidos, habían caído el italiano silletero y su hijo incapaz, el "Mama". A este último lo tomaron en graves contradicciones...

Cuando los periodistas lo retrataron, acompañándolo de un epígrafe: UN SOSPECHOSO COMPAÑERO DEL CATALÁN LIBERTARIO, hacían notar el fingido aire de idiota que, para despistar, habría adoptado el precoz delincuente.

Jesucristo fué detenido porque tenía como libros de cabecera "El único y su propiedad" de Max Stirner, "El a. b. c. del comunismo", obras de Bakownine, Lenin y Sorel y varios folletos, facilitados por Ramón y que, entre paréntesis, le habían proporcionado más sueño que enseñanzas.

Lalito fué víctima de su amoroso entusiasmo por la sabrosa Inés.

No le valieron las excusas de marras ni que doña Fermina pusiera el grito en el cielo, por lo que pudieran decir... Ella no desconfiaba —en absoluto— de las buenas intenciones del joven Monterrey, que había pedido formalmente a la novia y hasta le había regalado el respectivo anillo de compromiso...

Se explicaba que un chico "de familia" como él,

criado con tanto mimo, tuviera temor de irse solo a altas horas de la noche. Aunque vivían cerquita, las precauciones nunca están demás...

—Los señores de la autoridad deben comprender...

El comisario le impuso silencio y no siendo, como no podía ser, satisfactoria la presencia de un extraño en casa ajena y enterándose que éste frecuentaba la casa del anarquista, dieron con él en la cafúa...

"Máxime teniendo en cuenta"... como informaba en el parte el correcto funcionario, "que la vecindad de los domicilios y la relación amistosa con el presunto pistolero R. S. puede proporcionarnos material de investigación."

Doña Fermina se fué en camisa a lo de la tía de su futuro hijo político, la que no se quiso valer de la influencia de su coronel para defender a Lalito, pues dejándolo llevar daba la apariencia de que ella sufría en carne propia el rigor de la ley, alejando la sospecha de su infame delación.

Ensayó alguna lagrimita, abrazó compungida a su imprevista visitante, encontró argumentos para tranquilizarla, prometiéndole que su sobrino cumpliría con Inésita, desvirtuando así las malas suposiciones que pudiera provocar la accidental presencia nocturna en su domicilio.

.....

Estas gentes y algunos otros vecinos, previos bien-educados empujones, vigiliadas forzadas y directo conocimiento del helado portland de tumba de los calabozos, fueron restituídos a su libertad, sin perjuicio que los aparentemente sospechosos sirvieron de pasto a la curiosidad malsana del pueblo desde las columnas de los periódicos e hicieron el forzado desfile del manyamiento ante los detectives disfrazados.

Doña Beriluna encontró un hermoso pretexto para ir a ver a unos generales y coroneles y a unas yuntas de doctores, para imponerlos del atentado de que fuera víctima su sobrino y exigir su rehabilitación.

Luis Alberto Monterrey era un joven bien, culto y honesto, descendiente de los Guerreros de la Independencia y no era del caso tolerar lo sucedido. Era necesario corregir el equívoco. La policía —la justicia— no podía cometer un error...

Pensar que el muchacho había ido a hacer una visita a su novia y se le había hecho tarde, en noche sin luna y con la notoria amenaza de los asaltos...

En cuanto a sus ideas no podían ser sino las muy cívicas, patrióticas y de orden y legalidad que cuadraba a un retoño de aquellos heroicos precursores de la nacionalidad, que regaron con su sangre generosa los feraces campos de la patria, prestando servicios tan preciados como que todavía los seguían pagando en interminable prebenda...

Misia Beriluna no perdió tiempo. En cada visita y en cada queja, pedía un empleo para el pobre chico, a quien era necesario ayudar y estimular, pues no sólo quedó muy deprimido sino que, a raíz de las noticias propaladas, era de suponerse que nadie querría abrirle sus puertas.

Directa responsable de aquello era la autoridad. Consecuencia: ¡Lo tenía que emplear el Gobierno!

A tal efecto fué cosechando tarjetitas redactadas en todos los tonos: líricas, patéticas, sentimentales, cívicas, que la dama esgrimía y manejaba en cada oportunidad con esa consumada innata habilidad de los

uruguayos, el pueblo clásico del compromiso, la pechada y la pedigüería.

Los cotidianos volvieron a publicar su retrato rectificando las anteriores, equivocadas informaciones, tejiendo el elogio de ese modelo de sobrinos de una tía sola, desvalida y sin coronel, a la que faltó un pelo para que le endilgaran: virgen y mártir.

En un diario importante —posiblemente conservaban en estado de eficiencia un candidato frustrado para Jefe político— le propinaron una descomunada paliza retórica a la policía e influyeron para que se ubicase al joven y meritorio correligionario.

Se imponía la idea inicial.

¡Lo tenía que emplear el Gobierno!

La tía no se daba paz.

Desenfundaba los sueltos de los diarios, —que llevaba recortados en su cartera,— hablaba de la necesidad de hacer casar al muchacho, porque ahora sucedía que con tal medida también se rehabilitaría a la niña de Avalos Beresterain, la famoso y ardiente Inesita, en cuya reputación se cebaban las murmuraciones.

Era aquel uno de los más formidables argumentos y ella no lo desperdiciaba.

¡Los políticos son tan sentimentales cuando no se tienen que “rascar” el bolsillo! Sumemos a eso el interés de dar una solución honesta al problema indudablemente precipitado por la indiscreción y falta de tacto de la policía de investigaciones.

Hasta que la Municipalidad, de ubre tan maternal y dilatada, le estira un pezoncito —de los innumerables de Diana de Efeso que posee— y el manoseado y perseguido Lalito se encuentra con un nombramiento de Vigilante de Obras Municipales.

La designación tiene la virtud de obligarlo a perder el tiempo, con horario fijo, zangoloteándose de extremo a extremo de la ciudad, en tarea tan inútil como muchas de aquellas calles ciegas que mira construir, por las cuales ni había pasado antes ni pasaba ahora nadie.

.....
La gotera de vintenes mensuales, el encontrarse con un sueldo en la mano, le reforman la sicología, lo vuelven más de orden. Le halla razón a su madre criticándole la asistencia a los conciliábulos anarquistas del catalán...

Se casa con Inesita, tanto porque está "metido", cuanto por las instancias de la tía, que se considera obligada a cumplir sus juramentos a diputados, generales, senadores y concejales, que maldito si en su fuero interno se preocuparán de tales moralidades de segunda mano.

En cuanto a lo del amor libre, aquello es para él una comodidad que puede continuar practicando, sin perjuicio de que jamás echará raíces en su mentalidad de chico bien, con la ascendencia que conocemos y ya con un empleo público.

Una revolución

Al barrio, de la noche a la mañana, le nacía una casilla; más tarde una de esas clásicas casitas de pobre de una pieza y cocina y un corredor, que luego se cierra —aparentemente— con ese endeble envarillado formando rombos, que nos lleva la vista.

Unos camiones le traen el regalo de unas decenas de postes de cemento armado con un bonetito poligonal en la punta; llegan rodando, jugando al progreso, dos mastodónticos carreteles de cables negros; hormiguea a su alrededor una comparsa de hombres vestidos de azul, que van y vienen —lentos— con sus herramientas... Y la luz eléctrica pasa al galope por allí, cual si tuviera prisa en llevar el confort a la casa de un burgués rico que, del otro lado de nuestro mundillo, se puede pagar ese lujo.

Casi tienen luz...

Un poquito de menos suerte que con el agua, que se puede ir a buscar gratis, aunque está a quince cuerdas y su conducción es engorrosa.

Sabadell, a quien el rodillo de la cárcel, en vez de aplanarle los ímpetus y verujones revolucionarios se los ha puesto más puntiagudos y agresivos, vuelve más rebelde que nunca y tiene —con sobrada razón— motivos evidentes para despotricar contra la sociedad.

El ser perseguido le ha creado más simpatías y él, sin querer explotarlas, las aprovecha, porque en el fondo lo halaga su creciente prestigio de hombre de acción y de hombre de ideas.

Gente extraña, desconocidos, extranjeros, lo han venido a visitar, a traerle su palabra de aliento, a regalarle folletos, proclamas y periódicos.

Por una parte estas solidarias voces, estos aplausos y estos apoyos y por otra los vejámenes a que lo sometieron durante su encerrona, lo meten de lleno y entero en lo que fué siempre su inclinación: la rebelión contra lo establecido, que él considera desordenado, arbitrario e injusto.

Perora enconado:

—Lo obligan a uno a sacar las uñas!... Que digan los vecinos, los que me conocen, si yo me he metido alguna vez en algo como para que cualquier "perro" analfabeto lo venga a manosear a uno y hasta a humillar, castigándolo impunemente.

Los encargados de guardar el orden —no me haga reír con este "orden"— crean los rebeldes y los subversivos.

Con un montón de tipos burros como los que nos vinieron a prender, se prepara un plantel de revolucionarios.

La sociedad nos desafía: tenemos que responderle mostrándole los puños y los dientes!

□

Unos desequilibrios de finanzas, colazos de la feroz carnicería de la gran guerra europea; unos malos negocios, con aspectos de estafas —pistolero aristoerático— de remotos explotadores y acaparadores, pegaron

sus tarascones en nuestra exígua riqueza y el Uruguay también comenzó a tambalearse económicamente.

El peso se depreció.

Oscuras maniobras de tiburones tragaldabas enturbiaron las aguas de los negocios internacionales y algún discurso político —sutil como un hipopótamo— del E. S. Presidente, agregado a repetidas torpezas de nuestros avisados expertos bancarios y estadistas, dieron al traste con nuestra vidriosa estabilidad.

El barquinazo se siente en las partes más débiles.

El mal reparto, que da "il boccone del prete" a los ricos, corta grandes rebanadas de miseria para el proletariado.

Los bolicheros elevan los precios y reducen los fiados.

Empieza a mermar el trabajo.

Gente que se ve obligada a lavar en casa, le cruza los brazos a las lavanderas.

Sabadell ve reducida la demanda de jaulas.

El silleteero huelga.

El estibador apenas si saca para comer él y los suyos con los dos o tres escasos días de trabajo semanal.

Una porción de ranchos y casillas ven devueltos a sus senos a los hombres aburridos, airados, ociosos, que no saben que hacer con aquellos domingos improductivos que se arrastran —como una lombriz solitaria— de lunes a lunes.

Unos oradores callejeros se aprietan un día —en el corazón del barrio— alrededor de una bandera roja —y desde ese modesto cajón de kerosene desde el cual quizá se han dicho las mejores y más hondas verdades— le dieron forma y le pusieron un orden a lo que todos sabían de su propia miseria y a lo que debían saber

con relación a las trapisondas politiqueras y al desbarajuste del dinero —que se exprime al pueblo— y se gasta en lujos, en vicios y en la milicada gorda, haragana y despreocupada, para la cual no existen alquileres, desocupación ni crisis.

Los propagandistas predicán la acción directa y aconsejan ponerla en práctica saqueando los almacenes y asaltando las jardineras de reparto de pan y carne.

Las palabras exaltadas rebotan en la incomprensión y la indiferencia.

Una vida demasiado mecánica, material y opaca, no ha habituado al pensamiento y la meditación.

Aquello puede —quizá— excitar la rabia; no iluminar la sombra de fuera y la tiniebla de dentro.

Aparte de Sabadell, que queda con el montón de semillas, los oyentes alzan los hombros:

—Bah, uno está acostumbrado a trabajar!

Una cosa es decir.

—Sí, metasé uno...

La incitación, el desafío a la hombría de los machos, sacude a las mujeres, que chillan —alborotadas— la fácil y enorme expresión:

—¡Pan y trabajo!

—Trabajo para tener el pan; que no somos mendigos.

—Y no queremos ser ladrones!

—¡Ladrones!, medita Sabadell... ¿Qué quiere decir ladrones? ¡Palabras! Contra eso también hay que combatir... Que el pobre se apropie de un pan para llevarle a sus hijos y es un ladrón?

.....

En el barrio, como en un cerebro afiebrado, han quedado zumbando las palabras, chocando entre sí, so-

nando a hueco, a aceros, a llantos, a maldiciones, a puteadas!

Las palabras cargadas de significación, vivas, con alma!

Vivas como nosotros.

Pan. Trabajo. Robo. Venganza. Hambre. Ladrones!

Codos en las rodillas.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Manos callosas e inactivas.

Rabias sordas, indefinidas, oscuras.

Odios testarudos.

Y esas mismas manos rudas, gruesas, callosas, no sirven para nada tapando los oídos que, a través de las más anchas murallas oirán siempre el vagido del nene débil, el reclamo de pan del botija hambriento!

Los hombres van, vienen.

Sin rumbo.

Marcados de inacción.

Jesucristo, que del bracete de Batista, vuelve borracho del boliche, ya está agarrando la tonada del himno de Turati, y bérrea:

“Avanti, popolo,
alla riscossa,
bandiera rossa,
bandiera rossa!”

□

Por el Cerro ponen en práctica el consejo expeditivo de la apropiación por la fuerza de los artículos de subsistencia.

Aquello solivianta al barrio.

Hay que hacer alguna sonada.

Los manates de “La Virazón”, con sus continuas farras escandalosas, en las cuales tiran la plata que

les debe costar muy poco ganar, se están poniendo insoportables...

Cuando cae como una bomba una inesperada noticia:

¡Trabajo!

Se van a hormigonar las calles del barrio.

Es verdad que casi todos míseros propietarios —que aún no han cancelado el valor del solarcito— van a tener que estar pagando durante quince años la gabela ineludible.

—Bah, se verá... De aquí a allá...

Lo esencial es solucionar lo inmediato; ganar para comer.

Descubren al empresario.

Poseen los brazos musculosos, la costumbre de ser explotados, el hábito de la bestia de carga... Tienen los estómagos a media ración... Además, cuentan con las mujeres y los hijos que comparten sus angustias.

No basta.

Se precisan cartitas, tarjetas, influencias, "muñecas".

En aquel momento, Lalo, el vigilante apuntador, le trae una nota al contratista y éste manda a un peón a poner ese letrero simple, inocente y trágico, para los que no saben qué se va a poner ese día en la olla ni con qué se irá a comprar la carne o el pan...

NO HAY TRABAJO

NO SE NECESITAN OBREROS

... Que, por asociación de ideas recuerda el infantil juego de las esquinitas

NO HAY PAN

El pueblo está jugando a las esquinitas.

Es el niño sin sitio, inquiriente.

Corre un poco nervioso; con su procesión adentro. Va con una cara triste y grave e interroga seriamente:

¿HAY PAN?

Y es el Gobierno el que responde con indiferencia:

NO HAY PAN...

... Haciéndose el asombrado, disimulando su secreto, porque él sabe dónde están las arcas llenas y los graneros mal habidos...

La consecuencia es que el pueblo se ve precisado a decirle a los acreedores, dándose vuelta los bolsillos:

NO HAY PLATA

Y hasta el castillo roqueño —emolumentos gratias, jubilados y pensionistas de la Nación— al cual está adherida Misia Beriluna, siente conmovidos sus fundamentos solidísimos.

—¡Qué horrible! No se ha pagado el presupuesto, por Dios!

□

Ramón Sabadell —por solidaridad— acompaña a sus vecinos.

Tiene que elevar un poco la voz —como un orador— para hacerse oír de sus compañeros:

—Ahí tienen una lección más clara y más fuerte. Ustedes pueden quedar indiferentes ante la palabra de los propagandistas de días pasados. ¡Pero no ante esto! ¿Qué me dicen?

¡Cincuenta hombres! 100 brazos sanos y fuertes que se levantan para reclamar trabajo y que alzarían quinientos quintales o pararían en una hora veinte barricadas son vencidos por una tarjetita que no pesa lo que una pluma!

Griten ¡viva la patria!, ahora. Pónganse las divi-
sitas blancas y coloradas; tiren la hombría y la ver-
güenza a un lado y vayan a pedir limosna!

Es lo que les queda por hacer.

¡Si ahora no piensan!

Cuando yo digo que necesitamos que nos enciendan
pólvora abajo de la cola para movernos!

.....

¡Ustedes sabrán lo que tienen que hacer!”

.....

Hombres mohinos. Cejijuntos. Gestos duros. Puños
crispados.

Una saliva amarga dando asco en las bocas, que-
mando las gargantas ahogadas.

El único que habla, mejor dicho, que putea, es
don Dionisio.

—¡Si sabremos lo que tenemos que hacer!

Tras un rumor confuso, pies mecánicos y fríos me-
tales, y una polvareda, materialización del orden social
que se defiende con todas las armas, hasta con las pro-
hibidas... hace su aparición la policía.

Es recibida con gritos hostiles y agresivos.

Un oficialete joven, nervioso, compadre, quizá mie-
doso, lleva —instintivo— la mano al revólver de regla-
mento.

Los guardias civiles rígidos, pálidos, amartillados,
prontos.

Dos camiones bufando y boqueando desembarcan
nuevos contingentes uniformados.

El barrio está calificado de peligroso.

Hasta debe tener su prontuario “sucio”.

La muchedumbre, que no persigue ningún definido
propósito, burlándose del tan descomunal como inútil

despliegue de fuerzas, se empieza a desgranar, desga-
nada, lenta, pero con una oscura borra de rencor.

□

El naturista constata:

—Ve como nos vienen a provocar. No es otra cosa
esto.

Jesucristo, completamente revolucionario, condena:

—¡Son unos carneros! En los momentos en que de-
bían estar con sus hermanos!... Pero manda fuerza
la tumba segura!...

Los hombres se hablan, se secretan, se entienden.

En el interín ponen sus complicadas siluetas en el
barrio las monstruosas máquinas macedoras de piedras.

Las mujeres fluctúan entre el esperar el milagro
de que sus varones sean llamados a trabajar y el temor
de que el catalán —leía mucho para que no se le
desconfiase— fuese a hacer alguna barbaridad.

No sucedía nada.

No; algo nacía, crecía, maduraba!

Entre los grupos se corrió la idea de ponerse a
trabajar por sorpresa o impedir la labor por la violencia.

Al día siguiente, a primera hora, había que asal-
tar las máquinas, las pilas de bolsas de portland, las
herramientas.

Alguno apocado o sentimental, pregunta:

—¿Y los otros?

—Que se arreglen.

—Ya les buscarán acomodo.

—Son también obreros...

—Pobres...

—No; son medio proletarios y medio políticos;
gente de los clubes; los que traen en el pecho el salvo-
conducto de la tarjetita.

—Enemigos, al fin...

—Son recomendados, tienen padrinos y si les partimos la cabeza de un adoquinazo, no van a morir infiel, como dice el refrán...

□

Muchos, por la nerviosidad, están despiertos a las cuatro de la mañana.

Algunos no han dormido. Se han revuelto horas y horas en el camastro, acumulando rabia, maldiciendo la mala estrella, gastando coraje.

Salen grises, torvos, decididos.

Otros amarillos, como un limón; el manchón negro del pelo sucio sobre la frente, igual a una mala idea!

Temprano, se sitúan estratégicamente cerca de las máquinas y cuando los capataces, luego de mirar los relojes, dicen vamos con los silbatos mecánicos de las trituradoras...

Asaltan palas y carretillas, picos y rastrillos, saltan a las plataformas de las máquinas ya encendidas e inician la tarea.

Se producen pequeños choques.

Los obreros desposeídos intentan reaccionar.

Los capataces gritan, corren, quieren organizar la defensa.

Unos atacantes, enarbolando las herramientas; otros esgrimiéndolas como armas, vociferan:

—¡Pan y trabajo!

El catalán, que prevé el conflicto entre los propios trabajadores, interviene dando voces.

—Calma, compañeros! No pierdan la cabeza! Un momento! ¡Atiendan! Hablando se entienden los hombres! Hay que evitar líos entre nosotros! Reclamamos un derecho sacrosanto: el derecho a vivir. No pedimos

o no exigimos sino trabajo. Un turno de trabajo. El pobre, que está sacrificado, pide un poco de sacrificio al que está mejor. ¡En nuestro barrio la gente no come! Y que se entienda que si hemos de morir no queremos que sea de hambre!

Los capataces lo observan.

Los obreros terminan por fraternizar y cuando la policía —que no sabemos quien avisó— llega a escape, no sólo resuena un entero y unánime:

—¡Abajo la fuerza!...

... Sino que zumban sobre sus cascos una bandada de pedruzcos.

Una piedra inteligente le dice un secreto a la oreja de un comisario y éste desenfunda rápidamente el revólver y empieza a hacer disparos como un loco.

Los subordinados se salen de la vaina por imitarlo con tanto gusto, pero llega el Jefe de Policía con su estado mayor —pues se teme una revuelta— y los capataces explican —a su manera— el asunto.

Aparece el contratista y altos empleados del Municipio.

Llaman a unos obreros.

Se parlamenta.

Se arregla todo.

Se acepta lo aconsejado por Sabadell, pero, acusado éste de ser el promotor de la asonada, es detenido.

Se enteran sus compañeros.

Se revuelven indignados:

—¡Por qué lo prenden? Si hay alguna culpa la tenemos todos. ¡Que nos arreen a todos o a ninguno!

Vuelven a empuñarse picos y palas, a recogerse piedras del suelo.

—¡Es un abuso! ¡Es una injusticia! ¡Es una cana-

llada! Es porque él habló y dijo lo que teníamos que decir.

¡Que lo suelten! ¡Que lo larguen! ¡O no se trabaja!

Entre los superiores policiales algún sicólogo, con un dedo de comprensión de la muchedumbre, vió mal parada la situación, entrevió inevitable un inútil choque sangriento, y Ramón —pese a otros que opinaban:

—Así se envalentonan, y cría ala esta sabandija!...
Fué dejado en libertad.

.....

Ahora tuvo tiempo de arreglar sus papeles, preca- viéndose de la "razzia", que no se hizo esperar.

Esa misma noche, con el mismo espectacular des- pliegue de fuerzäs habitual, es detenido el terrible subversivo.

Lalito, desde la protectora sombra de un árbol cer- cano, presencia la aparatosa pantomima.

Está esperando para ir a consolar a Cora.

El pobre Lalito que fué quien se ocupó de avisar a las autoridades los prolegómenos de la protesta del barrio y el conato de revolución, va a ver premiado su celo con un merecido ascenso.

Al fin, además de alcahuete profesional, es pa- triota, correligionario de los que están en el candelero y —aunque en línea un tanto oblicua— descendiente de los heroicos guerreros de la Independencia.

.....

Esta vez no le salen todos sus proyectos a pedir de boca.

Cora, que nunca ha podido consigo mismo, ha lle- gado a comprender, a apreciar y a querer a su hombre.

Por eso, quizá, adivina —primero que nadie— la catadura del hijo de la viuda y ayudada quizá por un

eneono de viejos celos, lo ataja cuando va a entrar:

—Todavía venís, careta... Te crees que no sé tus porquerías! Mirá, no hablés y andate, que yo seré una puta, pero no soy una sinvergüenza!

La pasión de Jesucristo

¡Jesucristo trabaja!

Sin proponérselo, sin desearlo, se encuentra con una herramienta en las manos, con un número en la nómina de obreros del hormigonado, y con un jornal.

El ex-guardia civil, ha caído en el borbollón de lo que él designa pintorescamente con el elástico nombre de merengue.

Un poco por alguna lectura, otro por la prédica del naturista y porque tomando parte en reuniones y conversaciones se ha comprometido hasta el punto de que él mismo constata que ha cambiado radicalmente de manera de ser y de pensar.

El vivía muy bien en el cómodo oficio de esposo mimado y despreocupado y cuando su mujer insistía —con mucha habilidad— sobre la conveniencia de que se buscara ocupación, él le esquivaba el cuerpo con gran diplomacia y, a lo más —no quería comprometerse ni de palabra— hablaba vagamente de un probable reenganche en el Instituto Policial, para conseguirse un aumento en la jubilación.

Pero hasta eso había aventado el huracán de las nuevas ideas.

Ya no quiere ser más milico.

Perro a sueldo de la burguesía.

Ha evolucionado.

Le halla dignidad al trabajo.

Lo entiende como un deber y como una obligación.

Hasta como un medio para reclamar derechos.

El resultado de sus flamantes conceptos se refleja en su alejamiento del boliche.

Naturalmente que todo esto —a excepción del efectivo paréntesis al beberaje— se cimenta en la teoría pura...

Ahora, frente a la práctica, ahora que tiene que doblar el lomo, constata que la raíz de su evolución no ha llegado a sus músculos.

A pesar de que no trabajan más que cuatro horas, piernas, brazos, riñones, cintura, muñecas, se le resisten al manejo incesante de la pala, a empujar las carretillas de hierro que, haciendo equilibrio sobre tablones desaparejos, ruedan cargadas de gravilla, de arena, de portland...

La trituradora exigente, mástica metódica y feroz como un monstruo de pesadilla, en un ensordecedor ruido de sus dientes de acero moliendo piedras, reclamadas sin tregua por su apetito.

Y a las voces lacónicas y secas de los capataces se vacían las bolsas de cemento y gira —dinámica polea— el bajorrelieve magnífico de los obreros sumariamente vestidos, lustrados de sudor y de sol, haciendo marchar una inacabable teoría de carretillas.

Para mejor la urgencia de la colada de la mezcla impone un apresuramiento extenuante.

Ciertos puestos ni siquiera permiten encender un cigarrillo.

Como siempre y derivando de su antigua ocupación de poste con ojos de las boca-calles, a Jesucristo le com-

place el contemplar la ajena actividad, pero le pesa enormemente participar en ella, ser héroe en aquel poema del esfuerzo y la energía humana.

—¡Pucha!, pa qué me habré metido?, se lamenta para sus adentros, desencuadernado y dolorido, mientras se busca un pucho y remolinea procurando hacerse cargo de las tareas más livianas —aunque gane menos— y no acomodándole ninguna.

Según él, los capataces lo persiguen.

—Es qui uno es oriental, hiju el páis! ¡Lo quieren hacer víctima a uno! Es qui han de ser rusos, o el diablo que los crió, estos carcamanes!

Ya le habían prevenido:

—Valabrán, si usted sigue haciendo sebo, vamos a vernos obligados a suspenderlo.

—¡Yo sebo! Reviéntese uno y cinche com'un burro pa esto!

Y queda rezongando, asomándosele el compadre, que se echa en cara no haber echado a rodar al cafeteador y largado el trabajo.

.....
Interrumpe una vez el ritmo de la labor porque se le descalza la alpargata o tropieza hasta lastimarse o tiene que mirar para atrás que se le va cayendo la faja... y lo mandan dejar la carretilla:

—Está suspendido!

El protesta en voz alta.

—¡Qué joder! Lo tienen entri-ojo a uno! Echenmén si quieren, pero haganlón de frente y digan q'es porqui-uno es un rebelde!

Como en un mecanismo sensibilísimo el incidente repereute de punta a punta de la calle.

Se alzan las cabezas. Inquieren los ojos. Vuelan los preguntas.

¿?

Corre, en nerviosa vibración el comentario:

—Le quieren hacer una injusticia al compañero Jesucristo!

La huelga afloja las tuercas de las máquinas y la voluntad de los brazos.

Dos impulsos combaten en Valabrán, el del haragán que lamenta no haber dejado correr la bola para que lo echasen y el orgullo de volverse de improviso el personaje central de un acontecimiento trascendente.

Se ha quedado arqueado sobre la carretilla, mascullando puteadas.

Lo rodean.

—Es que le ha pasau algo, compañero?

—Natural que sí... ¡el calambre! Un calambre fenómeno en una pierna y estos animales se crén qui uno es de fierro! El capataz creyó que yo aflojaba! Si será gringo bruto! No sabe que un criollo no afloja!

Y se retira con todos los honores.

.....

Lo viene a ver el médico del Banco de Seguros.

Lo examina y le descubre un reumatismo, que el indio tiene que meter en cama una linda semana.

La alarga a diez días y luego se levanta. Camina con pronunciadas precauciones afirmándose en un bastón, demostrando con muecas y gestos que aquello le duele una barbaridad, hasta el punto de apenas permitirle venir a contemplar como los otros se desloman en el trabajo.

La tapera

La madre de Trinidad, con los chiquilines, — el camillita y el que, cuando tenían la vaca repartía la leche,— se va al centro, abandonando todo, absolutamente todo, en obediencia a las órdenes de su hija, que retrasmitía la de su distinguido concubino...

El viejo ombú que se sintiera remozado cuidando otro nido gaucho, protegiendo aquella nueva familia, que se terminaba de disgregar, se vuelve a quedar solo y triste sobre la covacha abandonada.

Del rancho destartalado está naciendo la tapera.

El viento chichonea con él. Hoy le afloja una tabla; mañana le desclava una lata y la sacude como una mano loca insistiendo en llamar a la muerte que ha estado por allí unos segundos...

La lluvia se le mete insistente por las rendijas y una vez que empapa bien el suelo, invita a entrar a los yuyos y a los bichitos, a quienes les gusta el frescor y la sombra.

Las guías de la gramilla van borrando los caminitos de tierra del terreno.

Los caballos y las vacas de la vecindad, rascándose contra el alambrado enclenque, hacen caer los postes, lo que les permite entrar a pastar o procurarse protección del sol o del agua.

Los chiquilines de la vecindad —de día— juegan a las escondidas, a la piedra libre y a los ladrones.

Y un tiempo, mientras los muros se conservan en pie y son todavía aprovechables, se corre la patraña de que la tapera está asombrada.

De noche, de pronto, se ven resplandores fugaces, luces que se encienden y apagan, puntitos de fuego que van y vienen:

Salen de allí cuchicheos y ruidos extraños.

Alguien cree percibir bultos que entran sigilosos, apretándose contra el silencio de mal agüero que se amontona destilándose de la sombra del viejo ombú.

La superstición popular de nuestra gente campesina que pronostica una futura tapera donde se alza el clásico árbol criollo, parece encontrar confirmación.

Hasta aquel mismo abandono imprevisto de todos los enseres, hecho por la viuda del gaucho viejo, ha impresionado y prestado perfiles extraordinarios al suceso.

Para el estibador, para la leyenda, el coposo ombú como un dios maléfico apagó las vidas e hizo una fatal sombra de piedra sobre los ranchos que terminaron por caer en informes ruinas, sobre las que nacieron, tristes, las cicutas hediondas y los palán-palán desolados...

.....

Para la realidad...

El burguesito rico, que le había puesto casa a Trinidad, consintió en que ella llevara a su madre junto a sí, pero con la condición de no traerse ni un alfiler ni un trapo con ella.

Había que contar con el pasado.

Había que poner un cordón de desinfectantes entre la nueva vida fácil, alegre, lujosa —las rentas del

viejo eran sólidas— y aquel foco de microbios, de microbios de todas clases!

Que el aire, el sol y la lluvia, se encargasen, si querían o podían, de purificar la tapera infecta, de matar los gérmenes nocivos...

¡Los microbios!

Allí pululaban de todas clases.

De tuberculosis, de pobreza, de miseria, de trabajo, quizá hasta de rebeldía y subversivismo.

¡Uff!

Alguien vela en la noche

Ramón Sabadell, detenido por tercera vez, ahora sí por agitador reconocido, —como consta en su pronuario policial,— ha sido identificado como propagandista de credos exóticos, disolventes y antipatrióticos...

—Exóticos!..., comenta él, —cual si el hambre no tuviera ciudadanía legal en esta mi tierra!

La policía ha tenido que interrumpir un discurso suyo incitando a la huelga revolucionaria, nada menos que a los obreros de la limpieza pública, a quienes, por depender del gobierno, la Constitución de la República les prohíbe reclamar colectivamente cualquier beneficio.

El subversivo ha vuelto hético, enfermísimo de la cárcel, donde casi lo matan con la alimentación, un “tratamiento” carnívoro, nefasto para su organismo.

El hombre de la libertad continúa componiendo primus, construyendo jaulas, regalando sus bonitas cometas a los niños, sirviendo sin interés a todos los vecinos que recurren a sus conocimientos y su experiencia, intentando aliviar penas y dolores, y acariciando más ahineadamente sus sueños sociales.

Acentuadas sus teorías —que rayan en lo maniático— de una alimentación mínima, su sobriedad extrema lo ha conducido a una delgadez impresionante.

Su fe lo mantiene y lo alimenta.

Derrocha una actividad insospechable. Cumple sus funciones de labor, trabaja amorosamente el terrenito y siempre está dispuesto, con verba inagotable, a exponer sus principios o a defender con vehemente pasión sus teorías.

El repite que es de acero.

Por lo menos, parece construído de cuerdas de du-ros tendones oscuros.

Su estado nervioso, casi febril, le insufla una energía latente y perpetua, que no necesita del largo reposo ni de la modorra de los que se ven precisados a rendir culto a las laboriosas digestiones o a la pereza de las indigestiones mentales, quizá más nocivas que las primeras...

Por eso, a menudo su luz está encendida hasta muy tarde de noche.

Es que, como resultado de la lucha y de la meditación, se le ha vuelto un acendrado misticismo la preocupación de la salud del cuerpo, del alma, de la inteligencia de sus hermanos.

Quiere prepararse, quiere capacitarse.

Hacerse digno de su papel.

A veces, cansado, luego de estar horas y horas doblado sobre los libros, persiguiendo orden y claridad en sus ideas, oscuro y heroico estudiante de la más profunda y humana ciencia de la vida, sale a su jardinillo, al aire, a la noche, a respirar, a meditar...

Asciende los tres o cuatro tramos de la escalerilla de un "belvedere" de madera, que ha improvisado, y mira...

Le parece que crece, que entra en el cielo.

Grandioso y hondo, el silencio nocturno —con la sugestiva belleza y una especie de vivo temblor de las

constelaciones— lo solivianta, lo reconforta, lo anima.

Le da un sereno coraje; le infunde como una voluntad y un tesón férreos.

Él sabe que es muy poca cosa —algo así como una diminuta palabra en el gran poema— pero se emociona pensando en su inmensa y trascendente misión.

¡Hay tanto que hacer!, y él puede realizar algo de ese esfuerzo a que están obligados los que sienten y comprenden; los que aman y los que esperan!

□

Cual si oyese el respirar del mundo —(hay un atenuado roncar de la ciudad, un como reprimido y sordo sollozo del mar)— siente como un subterráneo latir de pecho de gigante, que sube y baja rítmicamente.

El barrio duerme.

El barrio vive.

Mira el cielo.

Cree desentrañar una lección de las encendidas estrellas que, distantes, lejanas, remotas, algunas ya muertas, persisten en dar su vida en luz!

El cielo duerme.

Los astros velan.

¡Alguno tiene que estar despierto!

Mira.

Las casitas humildes tienen los ojos cerrados.

Duermen, como sus moradores, que mañana se levantarán, curvos como forzados, a sudar sobre su condena, a unirse a un yugo, a entregar un pedazo de vida a cambio del mendrugo, a hurgar quizá en la lata de basura la pitanza de la miseria...

¡Pero será posible que pese eternamente sobre el hombre esa maldición bíblica? ¡Que todos los días, ¡siempre!, se despierten para ser bestias de carga, para

ser carne de cañón, para ser recua lamentable y explotada?

Pensar que allí hay niños que en la magia del sueño han jugado con los ángeles!

Que hay vírgenes anegadas en las dulzuras de las albas de amor!

Que hay madres con manos de seda para los infantes que van a llegar!

Sobre eso reflexiona Ramón Sabadell, y expresa:

—¡Quizá algún día despierten!

Para luego, lleno de fe, alzando el flaco brazo y apretando su puño negro, como en un augurio y una amenaza, afirmar:

—¡Despertarán! ¡Los despertaremos!

Sigue la vida

Como una blanca y precisa incisión en la mórbida carne del barrio, entre la gleba, las casas, los follajes, corre la franja de hormigón de la calle, que parte por gala en dos a nuestro escenario.

La calle se va a prisa; huye con miedo de ensuciarse de chusma...

Se va al galope, hacia los balnearios aseados y coloridos, donde la gente se tuesta al sol, chapotea en el agua, gasta energías inútiles con frenesí deportivo, divirtiéndose inoperosa.

Se marcharon las máquinas ruidosas; desapareció el reumatismo de Jesueristo que, restituído a sus cómodas funciones maritales, recayó en su dolencia incurable —el cultivo del copetín— en compañía de Bautista el silletero, quien, siempre coherente y consecuente, no varía.

Don Manuelito el pajarero, solitario y más achicado en sus flotantes vestimentas de espantapájaro, tiene que irse mucho más lejos para conseguir sus cosechas de aladas víctimas.

Las lavanderas golpean las ropas, cambiándose chismes, echando de menos las lindas colinas verdes, a las cuales devoran los chalets pretenciosos, que van desfigurando la proletaria fisonomía del paisaje.

Ha llegado la luz eléctrica en veinte o treinta focos mortecinos...

Doña Belinuna, más señorona y más echada para atrás, consigue que le aumenten la pensión, porque dicha medida patriótica entra en las inteligentes conmemoraciones y los oportunos festejos del primer Centenario de la República.

Lalo amontona escrofulosos Monterrey - Avalos... Compra otro terreno, agranda la casa, anda en tratos para adquirir un Ford de segunda mano. Se dice que es muy considerado por los "correligionarios" y que pronto van a proponerlo como candidato de algo...

Paulinita, que se ha hecho una chiquilina preciosa y parece más joven que antes, viste con un lujo y una elegancia que hace "hablar" a los vecinos, (¡es tan mala la gente!). Se ha hecho de un novio, uno de los pitucos de "La Virazón", que a veces la lleva o la trae en automóvil; está matriculada en la Universidad de Mujeres y va a seguir Derecho...

Cora, más modesta y más calma, no abandona a su marido y no da tanta importancia a sus invariables conceptos sobre el amor libre.

Marietti, aquel de la propiedad, de "esto es mío", traspasó sus solares...

Hay vecinos que pueden pagar el agua —que esca-sea en estío— y un paisano buscavida, ha puesto un barril sobre dos ruedas y vuelve de la "bomba" con unos gritos nuevos en las mañanas veraniegas:

—¡Aguaterooo!

Don Juan, don Benito, don Dionisio el personaje de los juramentos, Nicola, con el hormigonado y el poblarse del barrio, han andado peregrinando tras sus inestables plazas de deporte y han terminado —definitivamente—

por hacerse parroquianos de la bien cuidada cancha de bochas del almacén.

□

Los hombres hacen sonar sus pasos de mañana, a mediodía, de noche, yendo, volviendo de sus ocupaciones.

Muchachitas de labios pintados, polleras cortonas y senitos agresivos, salen o vuelven con envoltorios en paños negros, cual si llevaran amortajadas a sus frescas juventudes... Sí, allí llevan las costuras, resultado de largas horas dobladas sobre las máquinas de coser, para cumplir los encargos de los registros y magazines del centro.

Otras ya conocen el espinado camino de las fábricas. Algunas, quizá, sendas peores.

Se han levantado unas antenas de radio y al pasar por las casitas, los ranchos, las casillas —como antes un ladrido de cuzco— le salta ahora al transeunte una canzoneta de Tito Schipa, un discurso de Fernández Carabanchel, una vociferada proclama del Presidente de la República o un tango reo de Carlitos Gardel.

□

Una línea de autobuses pasa a escape por la calle hormigonada.

El dinamismo de la ciudad, el ruido, el tráfico, la inquietud, el vicio, la neurastenia, día tras día, con la porfiada insistencia de la marea marina, están dando el asalto al barrio.

Huyen los pájaros.

Los cercos de enredaderas se vuelven de áridos ladrillos.

Corren a los pastos y a los yuyitos de las veredas cuidadas.

Hacen una curva más alta los maragullones viajeros de los crepúsculos.

.....

Amor.

Dolor.

Nacimientos.

Muertes.

Pan.

Sudor.

Trabajo.

Desocupación.

Hambre.

Pero todo, todo, ¡absolutamente todo! cercado, legislado, subrayado de orden.

ORDEN.

Orden: los guardia civiles, con el oficial de ronda; los anónimos que delatan a los subversivos; los cobradores de impuestos que van a golpear frente a las verjas de los chalets, en los portoncitos de los ranchos, a presentar un recibo que explica que la República está bien organizada y que, si no se ahonda mucho, se le puede confundir con un país civilizado.

Aquel idílico mugido de las vacas de los atardeceres, ha sido sustituido por el clamor triste y cansado de los canillitas que anuncian los diarios de la tarde.

Han instalado un comercio que, para despistar, anuncia en su letrero: "Mensajería y salón de lustrar calzado", pero cela el clandestino de carreras y "lleva" quinielas.

¡Se progresa!

El barrio tiene el juego, el alcohol, el vicio.

Sólo de una cosa se han olvidado.

En el barrio todavía no se ha abierto una Escuela.

.....

Sí, porque no se usa llamar así a un sitio como la covacha de Sabadell, quien desde su fermental entusiasmo está irradiando la luz, bebida ávidamente en sus lecturas y en la Vida, cuyo vino —amargo y fuerte— le comunica esa convicción de triunfo que ilumina y que lo ilumina.

Ese resplandor, que en su alma cuaja una pregunta que se transforma en una afirmación:

¡Despertarán un día los hombres!

¡Despertarán, o los despertaremos!

ÍNDICE

	Pág.
El campito	7
El remate	11
Una casa de hombre	17
Unos árboles	23
La propiedad	27
Unos amores	32
El casamiento	44
Un rancho cimarrón	51
Ropas limpias	58
Los niños	61
Don Manuelito el pajarero	67
Los enfermos	73
Un hombre de ideas	78
Las bochas	85
Un baile	90
Los cercos	95
La virazón	97
Chismes	102
Las ranitas verdes	108
Jesucristo abandona el instituto policial	111
Amistad y alcohol	116
El "recreo" de Juancito	122
Una vida	126
Amor libre	135
La muerte	140
Investigaciones	146
Lalito consigue empleo	154
Una revolución	159
La pasión de Jesucristo	172
La tapera	176
Alguien vela en la noche	179
Sigue la vida	183